

Recordando el ayer

Algunos dijeron que habría problemas. Tenían que surgir. Los problemas siempre habían rodeado a Rafe MacKade, como si formaran parte de él. Seguía siendo tan atractivo como siempre, con el don, o el castigo, del aspecto duro y rebelde que compartían los MacKade. Cualquier mujer que tuviera sangre en las venas se fijaría en aquel hombre de paso largo, que parecía retar a cualquiera que se cruzara en su camino.

En cuanto a la recién llegada, Regan Bishop, era preciosa, aunque algo estirada. Sólo faltaba por saber si sería inmune al legendario encanto de los MacKade.

Al parecer, no iba a ser así.

Prólogo

LOS HERMANOS MacKade andaban buscando líos, como de costumbre, algo que no resultaba tan fácil en la pequeña localidad de Antietam, en Maryland; pero lo más divertido era buscarlos.

Cuando se subieron al Chevrolet de segunda mano, empezaron a discutir sobre quién conduciría. El coche era de Jared, el mayor, pero a sus tres hermanos no les importaba demasiado.

Rafe quería conducir. Necesitaba un poco de velocidad, recorrer las carreteras zigzagueantes pisando a fondo el acelerador. Pensaba que tal vez así podría huir de su humor sombrío, o, quizás, encontrárselo frente a frente. Si lo vencía, sabía que seguiría conduciendo hasta estar en otro lugar.

En cualquier otro lugar.

Habían enterrado a su madre dos semanas atrás.

Tal vez, porque su peligroso estado anímico se apreciaba claramente en los ojos verdes de Rafe y en la forma en que apretaba los labios, decidieron que no condujera él. Al final, Devin se sentó al volante, y Jared ocupó el asiento del copiloto. Rafe se acomodó en el asiento trasero junto a Shane, el menor de los cuatro hermanos.

Los MacKade eran un grupo duro y peligroso. Todos ellos eran altos y fuertes como caballos salvajes, con los puños dispuestos y, en ocasiones, demasiado predispuestos a descargarse contra algo. Sus ojos, típicos ojos de MacKade, en distintos tonos de verde, podían congelar con la mirada. Cuando se encontraban de mal humor, la gente que sabía lo que le convenía se apartaba de ellos con más razón.

Fueron a jugar al billar y a tomar unas cervezas, aunque Shane se quejó, ya que aún no tenía veintiún años, la mayoría de edad en Estados Unidos, y por tanto, no le

servirían alcohol.

De todas formas, la taberna Duff, poco iluminada y cargada de humo, les pareció el lugar adecuado. Los golpes de las bolas de billar les proporcionaban la violencia necesaria, y la mira-

da de Duff Dempsey era suficientemente intranquilizadora. La aprensión de los ojos de los demás clientes, que cotilleaban por encima de las cervezas, era suficientemente halagadora.

Nadie dudaba que los MacKade estuvieran buscando líos. Al final, siempre encontraban lo que buscaban.

Con un cigarrillo en la boca, Rafe apuntó con el taco. No se había tomado la molestia de afeitarse en un par de días, y la sombra de su rostro hacía más fiero su aspecto. Con un golpe certero, hizo rebotar en la banda la bola blanca, que empujó una de las lisas y la hizo caer en el hueco.

—Menos mal que tienes suerte en algo —comentó una voz a sus espaldas.

Joe Dolin estaba sentado en la barra, apurando su cerveza. Como solía ocurrir después de la puesta de sol, estaba borracho, y el alcohol lo hacía cruel. En el pasado, había sido la estrella del equipo de fútbol americano de su universidad, y competía con los MacKade por ganarse los favores de las jovencitas. Ahora, apenas pasaba de los veinte años, pero su rostro estaba siempre enrojecido y había engordado de forma considerable.

El ojo morado que había dejado a su joven esposa antes de salir de casa no había acabado de satisfacerlo.

Rafe puso tiza en su taco y apenas dedicó a Joe una mirada.

—Ahora que se ha muerto tu mamá, necesitarás algo más que un golpe de suerte con el billar para sacar adelante esa granja —insistió Joe, sonriendo—. Tengo entendido que vais a empezar a vender para pagar los impuestos.

—Pues te han informado mal —respondió Rafe con frialdad, rodeando la mesa para calcular su siguiente tirada.

—Mi información es buena. Los MacKade siempre habéis sido unos idiotas y unos mentirosos.

Antes de que Shane pudiera echarse hacia delante, Rafe lo interceptó con el taco.

—Está hablando conmigo —dijo en tono tranquilo.

Mantuvo la mirada de su hermano durante un momento antes de volverse.

—¿No es así, Joe? —preguntó al borracho—. Estabas hablando conmigo, ¿no?

—Estoy hablando con todos vosotros —dijo, mirándolos uno a uno.

Shane, a sus veinte años, estaba curtido por el trabajo en la granja, pero seguía siendo un

muchacho. Después miró a Devin, cuya mirada pensativa y fría revelaba poco. Jared estaba apoyado contra la máquina de música, esperando el siguiente movimiento.

Por último, miró a Rafe. Parecía furioso, listo para saltar.

—Pero tú me sirves —concluyó Joe—. Siempre pensé que eres el mayor perdedor

de la carnada.

Los clientes empezaron a acomodarse para presenciar la confrontación.

—¿De verdad? —Rafe apagó el cigarrillo y bebió un trago de cerveza, como si se tratara de un ritual previo a la pelea—. ¿Qué tal te van las cosas en la fábrica, Joe?

—Por lo menos tengo una nómina. Trabajo a cambio de dinero, no como otros. Y nadie me va a quitar mi casa.

—No mientras tu mujer siga trabajando doce horas al día para pagar el alquiler.

—Mi mujer no es asunto tuyo. Yo soy el que lleva los pantalones. No necesito que me mantenga una mujer, como hacía vuestra mamá con vuestro padre. Se bebió toda su herencia y luego se le murió.

—Sí, se murió —dijo Rafe, cada vez más furioso—, pero nunca le puso una mano encima. Mi madre nunca tuvo que venir al pueblo con un chal y gafas de sol, diciendo que se había caído. Tu padre pegaba a su mujer y tú haces lo mismo con la tuya.

Joe dejó la botella en la barra de un golpe.

—Eso es mentira. Te voy a hacer tragártela.

—Inténtalo.

—Está borracho, Rafe —murmuró Jared.

—¿Y qué? —preguntó, mirando a su hermano con sus letales ojos verdes.

—Que no tiene mucho sentido que le partas la cara cuando está borracho. No vale la pena.

Pero Rafe no necesitaba sus discursos. Sólo necesitaba acción. Levantó su taco, lo miró detenidamente y lo dejó encima de la mesa de billar.

—No empecéis aquí —dijo Duff, aunque sabía que ya era demasiado tarde—. Como arméis bulla llamaré al sheriff, a ver si en la cárcel os tranquilizáis.

—Deja el teléfono en paz —le advirtió Rafe—. Vamos fuera.

—Tú y yo —dijo Joe, mirando a los MacKade con los puños cerrados—. No quiero que tus hermanos se abalancen sobre mí mientras te doy una paliza.

—No necesito ayuda contigo. Para demostrarlo, en cuanto salieron a la calle, Rafe se apartó, esquivando el primer golpe de Joe. A continuación, descargó el puño contra su rostro y sintió la sangre en la mano.

Ni siquiera sabía por qué estaba peleando. Joe no significaba absolutamente nada para él. Pero supuso que su mujer se alegraría de ver que ella no era siempre la víctima en lo relativo a su marido. En cuanto a Rafe, necesitaba desahogarse, y Joe le proporcionaba la excusa perfecta.

Devin hizo una mueca y se metió las manos en los bolsillos, con filosofía.

—Le doy cinco minutos.

—Tranquilo. Rafe acabará con él en tres —dijo Shane sonriendo, mientras los adversarios rodaban por el suelo.

—Diez dólares.

—Hecho. ¡Vamos, Rafe! —gritó Shane—. Date prisa.

En efecto, la pelea sólo duró tres minutos más. Cuando Joe parecía inconsciente, y Rafe seguía golpeándolo de forma metódica, Jared se adelantó para apartar a su

hermano.

—Ya está. Ya está —repitió, sujetando a Rafe contra la pared—. Déjalo en paz.

Rafe volvió poco a poco a la realidad. La cólera fue desapareciendo de sus ojos, y abrió los puños.

—Vale, Jared, puedes soltarme. No voy a seguir pegándolo.

Rafe miró al lugar donde yacía Joe, gimiendo, semiinconsciente. Por encima de su cuerpo, Devin entregaba diez dólares a Shane.

—Debí tener en cuenta lo borracho que estaba —comentó Devin—. Si hubiera estado sobrio, Rafe habría tardado dos minutos más.

—Rafe nunca malgastaría cinco minutos en un trozo de basura como ése.

Jared sacudió la cabeza. Dejó de sujetar a Rafe y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—¿Quieres otra cerveza?

—No.

Miró hacia el escaparate del bar, donde se habían reunido casi todos los clientes para mirar. Se limpió la sangre del rostro con gesto ausente.

—Será mejor que alguien lo recoja y se lo lleve a casa —gritó—. Vamonos de aquí.

Cuando se metió en el coche, los golpes recibidos empezaban a hacerse notar. Escuchó sin mucho interés los comentarios entusiastas de Shane y usó el pañuelo de Devin para limpiarse la sangre de la boca.

Pensó que no iba a ningún sitio. No hacía nada. La única diferencia entre Joe Dolin y él era que Joe estaba siempre borracho.

Odiaba la maldita granja, el maldito pueblo, la maldita trampa en que tenía la impresión de estar metiéndose más y más a cada día que pasaba.

Jared tenía sus libros y sus estudios; Devin tenía sus extraños e importantes pensamientos, y Shane parecía haber nacido para la granja.

Él no tenía nada.

Al final del pueblo, donde la tierra empezaba a hacerse escarpada y los árboles eran más frondosos, vio una casa. La antigua casa de los Barlow. Oscura, deshabitada y encantada, según las habladurías. Se erguía sola, sin nadie que se interesara por ella, con una reputación que hacía que la mayoría de los vecinos pasara por alto su existencia o la mirase con aprensión.

Exactamente lo mismo hacía Rafe MacKade.

—Párate.

—¿Qué te pasa, Rafe? ¿Te encuentras mal? —preguntó Shane, con más asco que preocupación.

—No. Para, Jared, por favor.

En cuanto el coche se detuvo, Rafe salió y empezó a subir la rocosa cuesta. Las zarzas y los arbustos se enganchaban en sus vaqueros.

No necesitaba volverse atrás para oír las maldiciones y los murmullos que indicaban que sus hermanos lo seguían.

Se quedó de pie, mirando los tres pisos de piedra. Suponía que la habían sacado

de la cantera que se encontraba a unos pocos kilómetros de la localidad. Algunas de las ventanas estaban rotas y cubiertas con tablas, y los porches dobles estaban encorvados, como la espalda de un anciano. Lo que en otro tiempo había sido el césped era ahora un montón de matorrales, zarzas y espigas. Un olmo muerto se alzaba entre las plantas, minado por los parásitos y desprovisto de hojas.

Pero a la luz de la luna, mientras se oía el ulular del viento entre los árboles y la hierba, aquel lugar tenía algo acogedor. La forma en que se mantenía en pie doscientos años después de que hubieran puesto sus cimientos. La forma en que se sobreponía al paso del tiempo, a las inclemencias y al abandono. Y, sobre todo, pensó Rafe, la forma en que pasaba por alto las desconfianzas y las habladurías del pueblo.

—¿Quieres buscar fantasmas, Rafe? —preguntó Shane al llegar a su altura.

—Tal vez.

—¿Recuerdas cuando pasamos una noche aquí? —comentó Devin, desmenuzando una hierba entre los dedos, con gesto ausente—. Debió ser hace diez años. Jared subió las escaleras y empezó a hacer chirriar las puertas, y Shane se mojó los pantalones.

—Eso es mentira.

—Es verdad. Me acuerdo perfectamente. Los otros dos hermanos no prestaron atención al previsible intercambio de insultos.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Jared en voz baja.

Lo sabía. Lo había intuido al ver cómo Rafe miraba la casa, como si pudiera ver su interior, como si pudiera ver a través suyo.

—Esta noche. Tengo que largarme de aquí. Tengo que hacer algo lejos de aquí. Si no, acabaré como Dolin, o tal vez peor. Mamá ha muerto. Ya no me necesita. Aunque, en realidad, nunca necesitó a nadie.

—¿Tienes idea de a dónde quieres ir?

—No. Tal vez hacia el sur, de momento.

No podía apartar la vista de la casa. Podría haber jurado que lo observaba, formándose una opinión sobre él. Esperando.

—Enviaré dinero cuando pueda —añadió. Aunque se sentía como si lo estuvieran desollando vivo, Jared se limitó a asentir.

—Nos desenvolveremos bien.

—Tienes que terminar los estudios de derecho. Mamá quería que lo hicieras —miró hacia atrás, donde sus dos hermanos seguían discutiendo acaloradamente—. Y a ellos les irá bien cuando sepan qué es lo que quieren.

—Shane sabe lo que quiere. La granja.

—Sí —sacó un cigarrillo, con una débil sonrisa—. Vende parte de las tierras si es necesario, pero no permitas que se queden con todo. Tenemos que conservar lo que es nuestro. Antes de que todo se acabe, esta ciudad recordará que los MacKade eran muy especiales.

La sonrisa de Rafe se ensanchó. Por primera vez en varias semanas, cesaba el dolor interior que lo consumía. Sus hermanos estaban sentados en el suelo, cubiertos

de tierra y arañados por los arbustos, riendo.

Se prometió que los recordaría así, tal y como estaban en aquel momento. Los MacKade se mantenían unidos sobre un terreno rocoso que nadie quería.

Capítulo 1

EL CHICO malo había vuelto. La localidad de Antietam bullía con las habladurías relacionadas con él. Todo el mundo intercambiaba rumores, y las voces corrían como la pólvora.

Era una buena veta, tachonada de escándalos, sexo y secretos. Rafe MacKade había vuelto después de diez años.

Algunos decían que aquello acarrearía problemas. Estaba escrito. Los problemas anunciaban a Rafe MacKade, como el sonido del cencerro anunciaba a los bueyes. Rafe MacKade era el que había ridiculizado al director del instituto en una mañana de primavera, y había sido expulsado por ello. Rafe MacKade era el que había tenido un accidente con la vieja camioneta de su fallecido padre antes de tener la edad necesaria para conducir.

Y sobre todo, Rafe MacKade era el que, junto al loco de Manny Johnson, había atravesado con una mesa el escaparate de la taberna de Duff una noche de verano.

Ahora había vuelto con un coche deportivo, y lo había aparcado justo enfrente de la comisaría.

Claro que su hermano Devin era ahora el sheriff. Ocupaba el cargo desde cinco años atrás. Pero, en otra época, que la gente recordaba muy bien, Rafe MacKade había pasado más de una noche en las dos celdas que había en la parte trasera de la comisaría.

Desde luego, era tan apuesto como siempre, o, al menos, aquello era lo que decían las mujeres. Tenía el aspecto con el que habían sido bendecidos, o malditos, los MacKade. Cualquier mujer que tuviera sangre en las venas se volvería para mirarlo, para admirar su figura esbelta y su paso desenfadado que parecía desafiar a cualquiera que se cruzara en su camino.

También estaba su denso pelo negro, y sus ojos, tan verdes y duros como los de la estatua china que adornaba el escaparate del anticuario Past Times. Sus ojos no hacían nada por suavizar su duro rostro, con aquella cicatriz que surcaba su mejilla izquierda. Todo el mundo se preguntaba cómo se la habría hecho.

Pero, cuando sonreía, cuando arqueaba su preciosa boca y aparecía el hoyuelo a un lado, los corazones de las mujeres se desataban. Aquello fue lo que ocurrió con Sharilyn Fenniman, que recibió su sonrisa y los veinte dólares por la gasolina en la estación de servicio Gas and Go, a las afueras del pueblo.

Antes de que Rafe hubiera vuelto a arrancar su vehículo, Sharilyn había corrido al teléfono, para anunciar el retorno a todo el mundo.

—Así que Sharilyn ha llamado a su madre, y la señora Metz ha cogido

inmediatamente el teléfono para decir a la señora Hawbaker, en la tienda, que es posible que Rafe tenga intención de quedarse.

Mientras hablaba, Cassandra Dolin echó una cucharadita de azúcar al café de Regan. La nieve del cielo de enero caía de forma continua sobre las aceras y las calles, y el café de Ed estaba casi vacío. Lentamente, Cassie se enderezó e hizo una mueca de dolor cuando sintió el tirón en la cadera, en el lugar en que se había golpeado cuando Joe la tiró al suelo.

—¿Y por qué no iba a quedarse? —preguntó Regan Bishop—. A fin de cuentas, nació aquí, ¿no?

A pesar de que Regan llevaba tres años viviendo en Antietam y regentando un negocio allí, Regan seguía sin comprender la fascinación que ejercían en aquel lugar las idas y venidas. Le parecía algo divertido, pero no lo compartía.

—Sí, pero ha pasado mucho tiempo fuera. En diez años, sólo vino un par de veces a pasar uno o dos días.

Cassie miró por la ventana y se preguntó a dónde habría ido, qué habría visto, qué habría hecho. En realidad, se preguntaba qué habría fuera de allí.

—Pareces cansada —murmuró Regan.

—¿Sí? No, sólo estaba soñando despierta. Si esto sigue así, los niños saldrán del colegio antes de tiempo. Les he dicho que, en tal caso, vengan aquí directamente, pero...

—Entonces, eso es lo que harán. Son unos niños muy buenos.

—Es cierto.

Cuando sonrió, parte de la aprensión desapareció de sus ojos.

—¿Por qué no te tomas una taza de café conmigo? —preguntó Regan.

Miró a su alrededor y vio que en la parte trasera había un cliente que dormitaba sobre su café. En la barra, una pareja charlaba sobre la comida.

—No tienes tanto trabajo —insistió Regan—. Podrías hablarme sobre el carácter de ese tal Rafe.

—Bueno —Cassie dudó y se mordió el labio—. Voy a tomarme un descanso, Ed. ¿De acuerdo?

Una mujer muy delgada con el pelo rojo y muy rizado apareció en la puerta de la cocina.

—Por supuesto, no pasa nada.

Su voz grave se debía a los dos paquetes de cigarrillos diarios. Su rostro estaba cuidadosamente pintado, desde los labios hasta las cejas, y resplandecía a causa del calor de la cocina.

—Hola, Regan —saludó al verla—. ¿No deberías haber vuelto a la tienda?

—He cerrado a las doce —respondió, consciente de que su horario sorprendía a Edwina Crump—. La gente no se dedica a buscar antigüedades con este tiempo.

—Ha sido un invierno muy duro —Cassie llevó a la mesa otra taza de café—. Aún no ha terminado el mes de enero, y los niños ya están hartos de montar en trineo y hacer muñecos de nieve —suspiró.

Tuvo cuidado para no hacer una mueca cuando le dolió la cadera al sentarse. Tenía veintisiete

años, uno menos que Regan, pero se sentía muy vieja.

Después de tres años de amistad, Regan reconocía los síntomas.

—¿Te van mal las cosas, Cassie? —preguntó en voz baja, cogiéndola de la mano—. ¿Te ha vuelto a hacer daño?

—Estoy bien. No quiero hablar de Joe.

Cassie bajó la mirada y la clavó en la taza. Se sentía humillada y culpable por no ser capaz de rebelarse.

—¿Te has leído los folletos que te he dado sobre la comisión de apoyo a las mujeres maltratadas y el refugio de Hagerstown?

—Sí, los he mirado, pero tengo dos hijos. Antes que nada tengo que pensar en ellos.

—Pero...

—Por favor —Cassie alzó la vista—. No quiero hablar sobre ello.

—De acuerdo —respondió Regan, frustrada, apretando su mano—. Háblame sobre ese chico malo.

—Rafe —el rostro de Cassie se suavizó—. Siempre me gustó. Me gustaban los cuatro. No hay una sola chica por aquí que no pasara varias noches en vela por culpa de los hermanos MacKade.

—A mí me cae muy bien Devin —comentó Regan, bebiendo un trago de su café—. Parece sólido, un poco misterioso en ocasiones, pero fiable.

—Siempre se puede contar con Devin —convino Cassie—. Nadie pensaba que ninguno de los cuatro fuera a salir adelante, pero Devin es un buen sheriff. Es muy justo. Jared tiene un bufete de lujo en la ciudad. Y Shane es un poco duro, pero se empeña a fondo en la granja. Cuando eran más jóvenes y venían al pueblo, las madres encerraban a sus hijas en casa, y los hombres procuraban pasar inadvertidos.

—Vaya. Veo que eran unos ciudadanos ejemplares.

—Eran jóvenes, y siempre parecían estar enfadados por algo. Sobre todo Rafe. El mismo día que se fue de la ciudad se peleó con Joe, no sé por qué. Le rompió la nariz y le sacó un par de dientes.

—¿De verdad?

Regan decidió que el tal Rafe empezaba a caerle bien.

—Siempre estaban buscando pelea. Su padre murió cuando eran unos niños. Yo debía tener diez años. Después, murió su madre, poco antes de que Rafe se marchara. Había pasado casi

un año enferma. Por eso, empezaron a empeorar las cosas en la granja. Casi todo el mundo pensaba que tendrían que venderla, pero consiguieron sacarla adelante.

—Bueno, tres de ellos.

Cassie saboreó el café. Pocas veces tenía un momento para sentarse tranquilamente.

—Apenas eran unos niños. Jared tenía unos veintitrés años, y Rafe era sólo diez

meses menor que él. Devin tiene unos cuatro años más que yo, y Shane tiene un año menos que él.

—Parece que los MacKade se dieron mucha prisa en tener hijos.

—Su madre era una mujer maravillosa. Muy fuerte. Siempre conseguía sobreponerse a las adversidades. Siempre la admiré.

—Podrías intentar seguir su ejemplo.

Regan se reprendió inmediatamente por haber dicho aquello. Se había prometido que no intentaría presionar a su amiga.

—¿Por qué crees que habrá vuelto? —se apresuró a añadir para cambiar de tema.

—No lo sé. Dicen que ahora es rico. Por lo visto, hizo una fortuna especulando. Se dedica a comprar casas rurales y venderlas. Creo que tiene una empresa y todo. Se llama MacKade, simplemente. Mi madre decía siempre que acabaría muerto o en la cárcel, pero... —su voz se quebró cuando miró por la ventana—. Oh, Dios mío. Sharilyn tenía razón.

—¿Qué?

—Está más guapo que nunca.

Regan se volvió con curiosidad cuando se abrió la puerta. Tenía que reconocer que se encontraba ante un magnífico ejemplar de ser una oveja negra.

Rafe se sacudió la nieve del pelo y se quitó una cazadora de cuero que no parecía pensada para los inviernos de la costa este. Regan pensó que tenía cara de guerrero: la pequeña cicatriz, la mandíbula sin afeitar, la nariz ligeramente torcida que impedía que su rostro fuera absolutamente perfecto.

Su cuerpo parecía duro como el acero, y sus ojos, de un vivo color verde, no eran más blandos.

Llevaba una camisa de franela, unos vaqueros desgastados y unas botas destrozadas. No parecía rico y poderoso. Pero, sin duda, parecía muy peligroso.

Rafe se sintió sorprendido y complacido al ver que la cafetería de Ed seguía siendo la misma. Probablemente, los taburetes que había en la barra eran los mismos en los que se sentaba de pequeño, cuando pedía un batido o un refresco. Sin duda, los olores tampoco habían cambiado. El aroma de las cebollas fritas se mezclaba con el humo de los cigarrillos de Ed y con el producto que utilizaban para limpiar la madera.

Estaba seguro de que Ed estaría en la cocina, como de costumbre. Y el viejo Tidas estaría en la parte trasera mientras se le enfriaba el café. Como siempre.

Sus ojos, fríos y calculadores, recorrieron la barra blanca, con sus platos de pasteles cubiertos de plástico transparente. Examinó los cuadros de la pared, hasta llegar al que había sobre una mesa en la que dos mujeres tomaban café.

Vio a una desconocida. Era muy atractiva. Su pelo castaño claro, por la barbilla, enmarcaba un rostro de suaves curvas y piel cremosa. Sus ojos grandes y azules lo miraban con curiosidad entre sus largas pestañas. Un precioso lunar adornaba un lado de su boca, de labios carnosos.

Era una belleza absoluta, que parecía salida de una revista de modas.

Se miraron fijamente, estudiándose, como si estuvieran contemplando un objeto

en un escaparate. Después, Rafe apartó la vista para mirar a la frágil mujer rubia de ojos asustados y sonrisa tímida.

De repente, la sonrisa de Rafe hizo aumentar la temperatura de la habitación.

—¡Pero si es la pequeña Cassie Connor!

—Hola, Rafe. Veo que es verdad que has vuelto.

El sonido de la risa de Cassie hizo que Regan levantara las cejas, extrañada. Era muy raro que su amiga diera muestras de alegría.

—Estás tan guapa como siempre —dijo, saludándola con un beso en los labios—. Dime que te has librado de ese imbécil y que tengo el camino despejado.

Cassie recuperó inmediatamente su aire incómodo.

—Tengo dos hijos.

—Sí, ya me he enterado. Un niño y una niña —examinó su cintura, dándose cuenta de que había perdido peso—. ¿Sigues trabajando aquí?

—Sí. Ed está en la cocina.

—Voy a verla. Pero antes, ¿no me vas a presentar a tu amiga? —dijo apoyando una mano en el hombro de Cassie.

—Perdona, no me he dado cuenta. Te presentó a Regan Bishop. Es la propietaria de Past Times, una tienda de antigüedades y decoración que está un par de casas más abajo. Regan, te presento a Rafe MacKade.

—De los hermanos MacKade —dijo Regan, tendiéndole la mano—. Te han precedido los rumores.

—Estoy seguro —cogió su mano y se la estrechó mirándola a los ojos—. ¿Antigüedades? ¡Qué coincidencia! Yo también me dedico a eso.

—¿De verdad? ¿Te dedicas a alguna época en concreto?

Regan sabía que el hecho de retirar la mano significaría que había cedido ante él, de modo que la mantuvo. El brillo de los ojos de Rafe le dijo que lo sabía.

—Al siglo pasado. Tengo una casa de tres plantas para decorar. Es bastante grande. ¿Crees que te puedes encargar de ella?

Regan tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para evitar que se le abriera la boca de la sorpresa. Le iban bastante bien las cosas con los turistas y la gente del pueblo, pero un encargo como aquél triplicaría sus ingresos habituales.

—Desde luego.

—¿Te has comprado una casa? —interrumpió Cassie—. Pensé que te quedarías en la granja.

—Así es, de momento. Por ahora, la casa no es habitable. Después de remodelarla y reformarla un poco, abriré un hostel. He comprado la vieja casa de los Barlow.

Atónita, Cassie dejó en la mesa la taza que iba a llevarse a los labios.

—¿La casa de los Barlow? Pero está...

—¿Encantada? —un brillo de diversión adornó sus ojos—. Desde luego que lo está. ¿Me puedes poner un trozo de pastel? Tengo hambre.

Regan se había marchado, pero Rafe se quedó una hora más. Entraron los hijos de Cassie, y la miró divertido mientras regañaba al niño por olvidar ponerse los

guantes y escuchaba a la niña, que le relataba con solemnidad las aventuras del día.

Había algo triste y algo tranquilizante en ver a la niña que recordaba con sus propios hijos.

Muchas cosas habían permanecido inalterables a lo largo de una década. Pero otras muchas habían cambiado. Era perfectamente consciente de que la noticia de su llegada ya había recorrido todas las líneas de teléfono del pueblo. En cierto modo, le resultaba halagador. Quería que todo

el mundo supiera que había vuelto, y no con el rabo entre las piernas, como muchos habían pronosticado.

Ahora tenía dinero en el bolsillo y planes para el futuro.

La casa de los Barlow formaba una parte muy importante de sus planes. No creía en los fantasmas, pero la casa lo había encantado a él. Ahora le pertenecía. Todas sus piedras, todas sus zarzas y todo lo que hubiera allí. Iba a reconstruirla, como se había reconstruido a sí mismo.

Algún día estaría en la ventana superior, mirando el pueblo. Demostraría a todo el mundo, incluso a Rafe MacKade, que era alguien.

Dejó una generosa propina debajo de su taza, ocultando el billete para que Cassie no se sintiera cohibida al ver su importe. Pensó que estaba demasiado delgada, y sus ojos eran demasiado tristes. Parecía aliviada cuando se sentaba junto a Regan.

Ella sí que era una mujer que sabía cómo comportarse. Miraba fijamente, y no vacilaba, pero tampoco parecía antipática. Ni siquiera había parpadeado cuando le había ofrecido amueblar todo un hotel. Estaba seguro de que su interior había dado un vuelco, pero había sido capaz de no demostrarlo.

Él era un hombre que intentaba hacer lo mismo en todo momento, por lo que sabía reconocer y admirar su esfuerzo. El tiempo le diría si era capaz de afrontar el reto.

Pero no había mejor momento que el presente.

—Esa tienda de antigüedades está dos casas más abajo, ¿no?

—Exactamente —respondió Cassie, mientras preparaba un café—. A la izquierda. Pero no creo que esté abierta.

Rafe se puso la chaqueta y sonrió.

—Estoy seguro de que sí.

Salió sin cerrarse la chaqueta. La nieve amortiguaba el sonido de sus pasos. Como esperaba, la luz de Past Times estaba encendida. En vez de buscar cobijo en el interior, contempló detenidamente el escaparate. Le pareció inteligente y eficaz.

Un trozo de tejido azul, como un estanque de agua brillante, caía por varios niveles. Una estatuilla china de ojos brillantes lo contemplaba fijamente desde la altura superior. Había un dragón de jade acurrucado sobre un pedestal. Un joyero de caoba estaba abierto, con brillantes piezas de bisutería saliendo de sus cajones, como si una mujer hubiera estado revolviéndolos en busca del adorno adecuado.

También había varios frascos de perfume que formaban un alegre contraste de colores sobre un pequeño estante esmaltado.

Asintió complacido. Aquella mujer sabía cómo atraer a los clientes al interior de la tienda.

Cuando abrió la puerta, un tintineo anunció su llegada. El aire olía a canela, clavo y manzanas. Aspiró profundamente y se dio cuenta de que también olía a Regan Bishop. El sutil perfume que había advertido en la cafetería impregnaba el ambiente.

Pasó un rato echando un vistazo. Los muebles estaban cuidadosamente colocados, de forma que resultaba posible rodear cada uno de ellos, y, sin embargo, no estorbaban el paso. Las lámparas, los jarrones y los platos decoraban a la vez que se exhibían. Había una mesa de comedor con porcelana, cristalería, velas y flores, como si esperase que, de un momento a otro, se sentaran en ella los invitados. Una antigua caja de música, llena de discos de setenta y ocho revoluciones, adornaba una esquina.

Había tres habitaciones, perfectamente organizadas todas ellas. No pudo ver ni una sola mota de polvo. Se detuvo frente a una alacena de cocina llena de platos de cerámica blanca y botes pintados a mano.

—Es una buena pieza —dijo Regan a sus espaldas.

—En la cocina de la granja tenemos una igual. No se volvió. Sabía que Regan estaba detrás de él desde antes de que hablara.

—Mi madre —prosiguió— guardaba en ella la vajilla de diario. Platos de loza blancos, como éstos. Y vasos fuertes, que no se rompieran fácilmente. Una vez se enfadó conmigo y me tiró uno a la cabeza.

—¿Te dio?

—No. Me habría dado si hubiera tenido intención de hacerlo —se volvió y le mostró su cautivadora sonrisa—. Tenía muy buena puntería. ¿Cómo es que te has establecido aquí, en mitad de ninguna parte?

—Me dedico a vender mi mercancía.

—No está nada mal. ¿Cuánto cuesta el dragón del escaparate?

—Tienes muy buen gusto. Quinientos cincuenta.

—Bastante caro —comentó, abriéndose el único botón de la chaqueta.

A Regan le pareció un gesto demasiado íntimo, pero no hizo ningún comentario.

—Vale lo que cuesta.

—Si eres inteligente, puedes conseguir más —se metió los pulgares en los bolsillos de los pantalones y siguió recorriendo la tienda—. ¿Cuánto hace que llegaste aquí?

—Tres años y medio.

—¿De dónde? —al ver que no contestaba se volvió y levantó una ceja—. Sólo pretendía charlar, querida. Me gusta conocer a la gente con la que hago negocios.

—Aún no hemos hecho ningún negocio —se echó el pelo hacia atrás y sonrió—, querido.

La risa de Rafe brotó, rápida y cautivadora. Regan sintió un escalofrío en la columna vertebral. Estaba segura de que se encontraba ante el hombre contra el que cualquier madre prevendría a sus hijas. Pero, por muy tentador que resultara, los negocios eran los negocios.

—Creo que me caerás bien, Regan —dijo Rafe, ladeando la cabeza—. Desde luego, tienes carácter.

—¿Otra vez intentas charlar?

—Sólo era un comentario —le miró las manos, sin dejar de sonreír—. ¿Significa alguno de esos

preciosos anillos que alguien se me ha adelantado?

El estómago de Regan dio un vuelco.

—Supongo que depende de lo que pretendas.

—No —anunció Rafe con seguridad—. No estás casada. Me lo habrías restregado por la cara.

Se sentó en un sofá de dos plazas, de terciopelo rojo, y apoyó un brazo en el respaldo.

—¿No te quieres sentar? —invitó.

—No, gracias. ¿Has venido para hablar de negocios o para convencerme para que me acueste contigo?

—Yo nunca convenzo a las mujeres para que se acuesten conmigo.

Regan supuso que tendría razón. Le debía bastar con mostrar su sonrisa y chasquear los dedos.

—He venido a hablar de negocios —dijo Rafe, cruzándose de piernas—. Por ahora, sólo de negocios.

—Muy bien. Entonces, te puedo ofrecer una sidra caliente.

—La aceptaré con mucho gusto.

Regan se fue a la trastienda. Rafe aprovechó la soledad para reflexionar. No tenía intención de ser tan directo; no se había dado cuenta de que aquella mujer lo atraía tanto. Había algo en la forma en que estaba allí, de pie, con su chaqueta y sus manos enojadas, y sus ojos tan fríos y divertidos.

Si alguna vez había visto a una mujer que anunciara un camino escarpado, se trataba de Regan Bishop. Aunque raras veces elegía el camino más fácil, tenía demasiadas cosas de las que ocuparse.

Regan volvió, caminando sobre sus largas piernas. El pelo ocultaba la mitad de su rostro.

Rafe decidió, de repente, que siempre podía hacerle un hueco.

—Gracias —dijo al coger la taza humeante que le ofrecía—. Tenía intención de contratar a algún decorador de Washington o de Baltimore, y buscar yo mismo algunos de los objetos.

—Puedo ofrecerte lo mismo que cualquier empresa de Washington o Baltimore, y a un precio mejor.

—Tal vez. El caso es que me gusta la idea de trabajar con alguien que esté cerca de mi casa. Veamos qué puedes hacer —bebió un trago—. ¿Qué sabes sobre la casa de los Barlow?

—Que se encuentra en muy mal estado. Me parece un crimen que no se haya hecho nada por preservarla. Por lo general, en esta zona del país son muy cuidadosos

con los edificios históricos. Si tuviera dinero, la habría comprado yo misma.

—Y habrías hecho una compra excelente. Esa casa es dura como la roca. Si no estuviera tan bien construida, ahora sería una ruina. Pero necesita mucho trabajo. Hay que nivelar los suelos, enyesar las paredes, tirar algunos tabiques y cambiar las ventanas. El tejado está hecho un desastre —se recostó y se encogió de hombros—. Es una cuestión de tiempo y dinero. Cuando esté preparada, quiero que tenga el mismo aspecto que en 1862, cuando los Barlow vivían aquí y contemplaban la batalla de Antietam desde la ventana del salón.

—¿Tú crees? —preguntó Regan con una sonrisa—. Yo diría que la oirían desde un rincón del sótano.

—No es lo que yo imagino. Los ricos están a veces tan ciegos ante el mundo que es probable que lo considerasen un espectáculo y se molestaran si el fuego les rompía una ventana o les despertaba al niño.

—No comparto tu opinión. El hecho de ser rico no significa que haya que permanecer impasible cuando una persona muere delante de tu jardín.

—La batalla no llegó tan cerca. En todo caso, lo que quiero es que todo parezca sacado de esa época. El papel de las paredes, el mobiliario, los adornos, los cuadros... —se contuvo para no encender un cigarrillo—. ¿Qué te parece la idea de reconstruir una casa encantada?

—Interesante —lo miró por encima del borde de su taza—. Además, no creo en los fantasmas.

—Crearás en ellos antes de terminar. Cuando era pequeño pasé una noche allí, con mis hermanos.

—¿Oíais chirridos y ruido de cadenas?

—No —respondió muy serio—, con excepción de los ruidos que hacía Jared para asustarnos a los demás. Pero hay una parte de la escalera que pone la piel de gallina, sin motivo aparente. Cerca de la chimenea del salón, huele a humo. Y cuando se recorren los pasillos, se tiene la impresión de que hay gente en ellos. Si hay bastante silencio, es posible oír el ruido de los sables.

A pesar de sí misma, Regan no pudo contener un estremecimiento.

—Si intentas que me asuste porque te has echado atrás y no quieres que acepte el encargo, no lo conseguirás.

—Sólo quería explicarte lo que yo sentí. Quiero que eches un vistazo al lugar y que recorras las habitaciones conmigo. Veremos qué se te ocurre. ¿Te viene bien mañana, sobre las dos de la tarde?

—Estupendo. Tendré que hacer mediciones.

—Muy bien —dejó la taza a un lado y se levantó—. Es un placer hacer negocios contigo. Regan estrechó su mano.

—Bienvenido a casa.

—Eres la primera persona que me dice eso —se llevó su mano a los labios, mirándola—. Claro que no sabes nada de mí. Hasta mañana. Otra cosa —añadió mientras se dirigía a la puerta—. Saca el dragón del escaparate. Lo quiero.

Mientras salía de la ciudad, detuvo el coche a un lado de la carretera y se detuvo. A pesar de la nieve y el viento helado, se apeó del vehículo y contempló la casa de la ladera de la colina.

Sus ventanas rotas y sus porches caídos no revelaban nada, como tampoco revelaban

nada los ojos de Rafe. Tal vez la mansión estuviera encantada, pero no le preocupaban. Empezaba a darse cuenta de que los únicos fantasmas de los que quería librarse estaban en su interior.

Capítulo 2

LO MEJOR de poseer una tienda, al menos en lo que a Regan concernía, era que se podía comprar y vender lo que se quisiera, que se podía fijar el horario deseado y que se podía crear el ambiente más agradable.

No obstante, el hecho de que fuera la única propietaria y la única dependiente de Past Times no significaba que Regan Bishop tolerase ninguna negligencia. Como su propia jefa era muy dura, en ocasiones intolerante, y esperaba lo mejor de sí misma. Trabajaba muy duro y pocas veces se quejaba.

Tenía exactamente lo que siempre había deseado: una casa y un negocio en una localidad pequeña, lejos de los dolores de cabeza y las presiones de la ciudad en la que había pasado los primeros veinticinco años de su vida.

Se había mudado a Antietam y había montado su propio negocio siguiendo el cuidadoso plan que había trazado después de terminar los estudios. Tenía dos diplomaturas, en historia y en gestión comercial, y cuando consiguió terminar, ya tenía cinco años de experiencia en el negocio de las antigüedades.

Trabajando para otra persona.

Ahora, ella era la jefa. Cada centímetro de la tienda y del acogedor piso que había encima le pertenecía. A ella y al banco. El encargo de MacKade le serviría para reducir la hipoteca.

En cuanto Rafe se fue la tarde anterior, Regan cerró y corrió a la biblioteca, donde retiró un montón de libros de historia para estudiarlos.

A media noche, cuando sus ojos amenazaban con cerrarse, dejó de tomar notas sobre todos los detalles de la vida de Maryland en la época de la guerra de Secesión.

Conocía todos los detalles de la batalla de Antietam, desde la marcha de Lee hasta su retirada al otro lado del río. Conocía el número de muertos y heridos, el sangriento progreso de la batalla por la colina y los campos de maíz.

Se trataba de una información muy fría y distante, que ya había estudiado. De hecho, la fascinación que ejercía sobre ella la tranquila zona en la que había estallado aquella batalla había influido en su decisión de establecerse allí.

Pero, en esta ocasión, buscaba datos más concretos, sobre la familia Barlow, cualquier información, ya fuera contrastada o deducida. La familia había vivido en la

mansión de la colina durante casi cien años antes de aquel fatídico día de septiembre de 1862. Eran prósperos terratenientes y comerciantes que vivían por todo lo alto. Sus bailes y sus cenas atraían a los invitados de lugares muy alejados del país.

Sabía cómo vestían. Casacas, encaje y miriñaques. Sombreros de seda y zapatillas de satén. Sabía cómo vivían, con criados que servían el vino en copas de cristal. La casa estaba decorada con flores de invernadero, y sus muebles se abrillantaban con cera de abeja.

Ahora, avanzando por las calles nevadas y ventosas bajo la luz del sol, podía ver con exactitud los colores y los tejidos, los muebles y los adornos que los rodeaban.

Cómodas altas con espejo, de palo de rosa. Porcelana de Wedgwood y sillones rellenos de crin de caballo. Arcones, burós de madera de cerezo, antepuertas de brocado, y las paredes del salón pintadas de azul, al estilo colonial.

Rafe MacKade iba a conseguir un buen trabajo a cambio de su dinero. Pero esperaba que sus bolsillos fueran profundos.

El angosto camino que conducía a la casa estaba cubierto con una gruesa capa de nieve. Ninguna huella humana o de vehículo interrumpía su blancura inmaculada, tan bonita como incómoda.

Enfadada por el hecho de que Rafe no se hubiera ocupado de aquel detalle, salió del coche y empezó a subir a pie, armada con el maletín.

Por lo menos, se le había ocurrido ponerse las botas, se recordó al hundirse en la nieve hasta los tobillos. Había estado a punto de ataviarse con un traje de chaqueta y unos tacones, pero después recordó que tenía una cita con Rafe MacKade, y no tenía ninguna intención de impresionarlo. Los pantalones grises, la chaqueta y la bufanda negra constituían una indumentaria de negocios adecuada para un encargo como aquél. Además, dudaba que el lugar tuviera calefacción, por lo que el abrigo de lana roja le iría tan bien dentro como fuera.

Mientras subía por la colina, decidió que la casa era preciosa y enigmática. Los trozos de cuarzo de la piedra brillaban como cristales a la luz del sol, contrarrestando las ventanas tableteadas. Los porches estaban caídos, pero el edificio se alzaba alto y orgulloso contra el arisco cielo azul.

Le gustaba la forma en que el ala este se cortaba en forma de ángulo agudo, la forma en que las tres chimeneas salían del tejado como si estuvieran dispuestas a echar humo. Hasta le gustaba la forma en que colgaban de una bisagra las contraventanas vencidas.

Pensó que necesitaba cuidados, con un afecto que la sorprendió. Alguien que amara aquella casa y aceptara su carácter tal y como era. Alguien que apreciara sus fuerzas y comprendiera sus debilidades.

Sacudió la cabeza y se rió de sí misma. Parecía que estuviera pensando en un hombre y no en una casa. En un hombre, tal vez, como Rafe MacKade.

Se acercó un poco más, por el angosto camino. Las piedras y los arbustos formaban bultos irregulares en la nieve, como niños que se ocultaran bajo una manta esperando a hacer una travesura. Las ramas eran lo suficientemente afiladas para

sujetar sus pantalones como dedos punzantes. Pero, en otro tiempo, aquello era un jardín verde, lleno de flores.

Si Rafe tenía sentido común, volvería a ser igual.

Se recordó que la jardinería no era asunto suyo y siguió avanzando hacia el destartado porche delantero. Era demasiado tarde.

Regan miró a su alrededor, pateó el suelo para calentarse los pies y miró el reloj. Aquel hombre no podía pretender que lo esperase en el exterior, muerta de frío. Se dijo que no esperaría más de diez minutos. Después le dejaría una nota, reprendiéndolo severamente por su falta de fiabilidad, y se marcharía.

Pero ya que estaba allí podía mirar por la ventana.

Subió los escalones con cautela, evitando los peldaños rotos. Pensó que allí debían plantar unas campanillas y otra enredadera, y, por un momento, le pareció oler los aromas de la primavera.

Se sorprendió acercándose a la puerta y asiendo el picaporte antes de darse cuenta de que aquélla era su intención desde el principio. Pensó que sin duda estaría cerrada. Las localidades pequeñas tampoco eran inmunes al vandalismo. De todas formas, giró el pomo, y la puerta se abrió.

Lo más razonable era entrar para refugiarse del viento y empezar a ver la casa que tenía que decorar, pero apartó la mano como si se hubiera quemado. Respiraba entrecortadamente. Dentro de sus guantes de cuero, sus manos estaban heladas y temblorosas.

Se dijo que estaba sin aliento a causa de la escalada, y que temblaba de frío. Aquello era todo. Pero el miedo atenazaba todos sus músculos.

Miró a su alrededor, incómoda. Nadie había presenciado su ridícula reacción; sólo la nieve y los árboles.

Respiró profundamente, se rió de sí misma, y abrió la puerta.

Por supuesto, los goznes chirriaron. Era algo previsible. Pero, en cuanto vio el precioso vestíbulo principal, se olvidó de todo lo demás. Cerró la puerta, se apoyó contra ella y suspiró. † Todo estaba lleno de polvo. Las paredes tenían manchas de humedad, y las planchas de madera que las recubrían estaban roídas por los ratones. Todo estaba lleno de telarañas. Imaginó la pared pintada de verde oscuro, con una cenefa de color marfil. Los suelos, de madera de pino encerada, sin barnizar.

Encontró el lugar ideal para poner una mesa, con un florero lleno de rosas, flanqueado por candelabros de plata. Una pequeña silla de nogal con el respaldo labrado, un paragüero de bronce y un espejo.

La forma en que había sido aquel lugar y la forma en que podía reconstruirlo bullían en su mente, y no sintió el frío que empañaba su aliento mientras deambulaba.

En el salón se quedó maravillada al ver la chimenea. El mármol estaba sucio, pero se encontraba en buenas condiciones. En la tienda tenía dos jarrones gemelos que serían perfectos para la repisa, y un reposapiés bordado que parecía hecho para colocarse frente a aquella chimenea.

Encantada, sacó la libreta y empezó a trabajar.

Las telarañas se le enredaban en el pelo y el polvo cubría sus botas, pero siguió tomando medidas y haciendo anotaciones. Se sentía como si estuviera en el paraíso. Estaba tan contenta que, cuando oyó unos pasos, se volvió con una sonrisa en vez de quejarse por el retraso.

—Es maravilloso, estoy impaciente...

Se detuvo en seco. Estaba hablando sola.

Frunció el ceño y salió del salón. Una vez en el vestíbulo empezó a llamar a Rafe, pero, de repente, se dio cuenta de que las únicas pisadas que había en el polvo eran las suyas.

Se estremeció, pero se apresuró a decirse que estaba imaginando cosas. Las casas grandes y vacías estaban llenas de ruidos. La madera que crujía, el viento que golpeaba las ventanas... Y los roedores, añadió con una mueca. No le daban miedo los ratones, ni las arañas ni las tablas húmedas.

Pero, cuando el piso superior rugió sobre su cabeza, no pudo contener un grito. Su corazón empezó a latir a toda velocidad, aleteando como un pájaro enjaulado. Antes de que tuviera tiempo de recomponerse, oyó el inconfundible sonido de una puerta que se cerraba.

Corrió hacia la puerta de entrada y empezó a luchar con el picaporte antes de darse cuenta.

Rafe MacKade.

Era muy inteligente, pensó furiosa. Había entrado en la casa antes que ella, probablemente por la puerta trasera, para no dejar huellas. En aquel momento, estaba encima de ella, partiéndose de risa ante la idea de que saliera corriendo como la heroína de una película de terror.

Respiró profundamente, con determinación, y cuadró los hombros. No estaba dispuesta a dejarse amilanar. Alzó el rostro y caminó decidida hacia las escaleras.

—No tienes ninguna gracia, MacKade —gritó—. Ahora, si has terminado con tus ridículos jueguecitos, me gustaría que nos pusiéramos a trabajar.

Cuando llegó al punto, se quedó tan horrorizada que no podía moverse. La mano con que se sujetaba a la barandilla se le quedó aterida. Con un esfuerzo sobrehumano, se liberó y alcanzó el primer descansillo con cuatro vigorosas zancadas.

Una corriente de aire, se dijo, maldiciendo con la respiración entrecortada. Sólo era una corriente de aire.

—iRafe! —gritó, cada vez más furiosa. Se mordió el labio y contempló el largo pasillo, lleno de misteriosas puertas.

—iRafe! —volvió a gritar, esforzándose por parecer más irritada que nerviosa—. Si tú no tienes nada más que hacer, yo sí, de modo que será mejor que te dejes de tonterías.

El sonido de la madera contra la madera, el fuerte portazo y los lamentos de una mujer hicieron que Regan olvidara su orgullo y bajara la escalera a toda velocidad. Casi había llegado al final cuando oyó el disparo.

Entonces, la puerta hacia la que corría se abrió lentamente. La habitación giró a

su alrededor y después se desvaneció.

—Vamos, cariño, despierta. Regan volvió la cabeza, gimió y se estremeció.

—Venga, chica, abre esos enormes ojos azules, que quiero verlos.

Regan obedeció, y se encontró mirando a Rafe cara a cara.

—No ha tenido gracia.

Aliviado, Rafe sonrió y le acarició la mejilla.

—¿Qué es lo que no ha tenido gracia?

—Que te escondieras arriba para asustarme —parpadeó para volver a enfocar la mirada y se encontró con que estaba acurrucada en su regazo, en el sofá del salón—. Deja que me levante.

—Espera un poco. No es conveniente ponerse en pie de golpe.

La ayudó a incorporarse un poco, apoyándole la cabeza en su hombro.

—Estoy bien.

—Estás muy pálida. Si tuviera una petaca, te daría algo de beber. Pero debo admitir que nunca he visto a una mujer desmayarse de forma tan grácil. Hasta tuve tiempo de sujetarte antes de que te golpearas la cabeza con el suelo.

—Si esperas que te lo agradezca, olvídale. Ha sido culpa tuya.

—Gracias. Me resulta halagador que una mujer pierda el conocimiento ante mi visión. ¡Vaya! —dijo, pasándole un dedo por la mejilla—. He conseguido que recuperes un poco de color.

—Si ésta es tu forma de hacer negocios, puedes coger tu encargo y metértelo por... —apretó los dientes—. Deja que me levante.

—Espera un poco —insistió—. ¿Por qué no me cuentas qué te ha pasado?

—¡Lo sabes muy bien! —protestó, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—Lo único que sé es que he entrado justo a tiempo para verte interpretar La Dama de las Camelias.

—No me había desmayado en toda mi vida —dijo, dándose cuenta horrorizada de que lo había hecho por primera vez delante de él—. Si quieres que trabaje en tu casa, no creo que vayas a convencerme asustándome.

Rafe la miró detenidamente y se llevó la mano al bolsillo para coger el tabaco. Después recordó que había dejado de fumar exactamente una semana antes.

—¿Cómo te he asustado?

—Andando por el piso de arriba, abriendo y cerrando puertas, y haciendo todos esos ridículos sonidos.

—Tal vez debería empezar por decirte que me he retrasado. Había problemas en la granja, y salí hace un cuarto de hora.

—No te creo.

—No te culpo.

Si no podía fumar, tendría que moverse. Se puso en pie y caminó hacia la chimenea. Tuvo la impresión de oler el humo de un fuego que acabara de apagarse.

—Shane estaba allí —dijo Rafe—. Y Martin también. Ahora es alcalde.

—Sé quién es Cy Martin.

—Tendrías que haberlo conocido en el instituto —murmuró Rafe—. Era un verdadero imbécil. El caso es que Cy estaba en la granja, y seguía allí cuando me marché. Hace un cuarto de hora. Le pedí el todo terreno prestado a Shane para subir la colina. Lo aparqué y entré por la puerta justo a tiempo de ver cómo se te ponían los ojos en blanco.

Volvió a caminar hacia ella, se quitó el abrigo y se lo echó sobre las piernas.

—Por cierto —añadió—, ¿cómo has conseguido entrar?

—La puerta estaba abierta —dijo mirándolo fijamente.

—Estaba cerrada.

—Estaba abierta —insistió.

—Qué interesante —dijo sacándose las llaves del bolsillo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Regan con inseguridad.

—Te aseguro que sí. ¿Por qué no me dices qué es lo que has oído?

—Primero oí pasos, pero no había nadie. Después oí unos crujidos arriba, de modo que empecé a subir. Hacía frío, mucho frío, y me asusté, así que subí muy deprisa.

—¿Te asustaste y subiste en vez de salir?

—Creía que estabas arriba. Iba a echarte la bronca —sonrió débilmente—. Estaba furiosa contigo por haberme sobresaltado. Después, miré el pasillo, y tuve la impresión de que no estabas. Oí un ruido bastante raro, como si alguien raspara una madera, un portazo, y un llanto de mujer. Entonces, bajé corriendo.

Rafe volvió a sentarse junto a ella y rodeó sus hombros con un brazo.

—No me extraña.

—Por fin —concluyó Regan—, cuando casi estaba abajo, oí un disparo. De pistola. Cuando vi que se abría la puerta, no pude más.

—Siento haber llegado tarde —de forma inesperada, se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla—. Lo siento.

—Eso es lo de menos.

—El caso es que algunas personas sienten cosas en esta casa y otras no. Te consideraba una mujer fría y práctica.

Regan se cruzó de brazos.

—¿De verdad?

—Absolutamente. Pero parece que tienes más imaginación de lo que esperaba. ¿Te encuentras mejor ahora?

—Sí.

—¿Estás segura de que no quieres volver a apoyarte en mí?

—Estoy segura, gracias. Rafe la miró fijamente y le quitó una telaraña del pelo.

—¿Quieres salir de aquí?

—Desde luego.

—Quiero llevarte a un sitio —dijo Rafe, cogiendo su abrigo.

—No es necesario. Te he dicho que estoy... —se puso en pie y estuvo a punto de caerse—. Bien —acercó a decir.

—Negocios, querida —le apartó el pelo de la cara y contempló su pendiente, con

una piedra azul—. Por el momento. Creo que podemos encontrar algún lugar más cálido y acogedor para discutir los detalles.

Regan decidió que aquello era bastante razonable.

—De acuerdo.

Cogió su maletín y caminó hacia la puerta, delante de Rafe.

—¿Regan?

—¿Sí?

—Tienes la cara muy sucia.

Rió ante la mirada asesina de la mujer y la cogió en brazos. A pesar de sus protestas, no la soltó hasta llegar al todo terreno.

—Tienes que mirar por dónde pisas —le explicó.

—Lo tengo por costumbre —respondió ella. Rafe bajó por el camino, pasó junto al coche de Regan y siguió conduciendo.

—Creía que me ibas a dejar en el coche.

—Ya que no creo que quieras ir conmigo al fin del mundo, basta con que usemos un vehículo. Después te volveré a traer.

—¿Desde dónde?

—Hogar, dulce hogar, querida.

Entre la nieve, iluminada por la luz del sol, la granja de los MacKade estaba preciosa. Una casa de piedra con porche cubierto, un tejado arqueado en la cuadra, algunos antiguos edificios accesorios y un par de perros color arena que corrieron hacia ellos ladrando de alegría, formaban la escena.

Había pasado por allí en muchas ocasiones; cuando los campos estaban recién sembrados y cuando estaban listos para la cosecha. Incluso se había detenido una o dos veces cuando Shane manejaba el tractor. Le parecía que encajaba perfectamente allí.

Pero no podía imaginar a Rafe MacKade en la misma escena.

—Supongo que no habrás vuelto a ocuparte de las tareas del campo.

—Desde luego que no. A Shane le encanta, y Devin lo soporta. Jared lo considera un buen negocio.

—¿Y tú? —preguntó, ladeando la cabeza mientras aparcaba.

—Lo odio.

—¿No sientes ninguna atadura hacia estas tierras?

—Yo no he dicho eso. He dicho que odio el trabajo de la granja.

Rafe se apeó del todo terreno y saludó a los perros. Antes de que Regan pudiera bajarse del vehículo, Rafe la cogió en brazos.

—¿Te importaría dejarme en el suelo? Soy perfectamente capaz de andar por la nieve.

—Llevas botas de ciudad. Eso sí, desde luego, son muy bonitas —comentó mientras la llevaba al porche—. Tienes los pies muy pequeños. Vosotros os quedáis fuera —dijo a los perros.

Abrió la puerta, la empujó con un codo y llevó a Regan al interior de la casa.

—¡Pero bueno, Rafe! ¿Qué nos traes?

—He conseguido una mujer por ahí —respondió, guiñando un ojo a su hermano.

—No está nada mal —puso un tronco en la chimenea y se enderezó—. ¿Qué tal estás, Regan?

—Estaré bastante bien en cuanto tu hermano me suelte.

—¿Tienes café caliente? —preguntó Rafe.

—Desde luego. La cocina no cierra nunca.

—Estupendo. Ahora, piérdete.

—Eso ha sido verdaderamente educado —comentó Regan, apartándose el pelo de los ojos mientras Rafe la llevaba a la cocina.

—Eres hija única, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Me lo imaginaba —la dejó en una silla de la cocina—. ¿Cómo quieres el café?

—Solo y sin azúcar.

—Estás hecha todo un hombre.

Se quitó el abrigo y lo colgó de un gancho de la puerta, junto a la pesada chaqueta de trabajo de su hermano. Cogió dos tazas blancas de un armario.

—¿Quieres tomar algo con el café? —preguntó a Regan—. Por ahí hay una mujer esperanzada que se pasa la vida regalando galletas a Shane. Será por esa cara bonita e inocente que tiene.

—Bonita, tal vez. Los cuatro sois bastante guapos —se quitó el abrigo con indiferencia—. Pero no quiero galletas.

Rafe colocó una taza humeante frente a ella. Después dio la vuelta a una silla y se sentó al revés, con el respaldo entre las piernas.

—¿Tampoco quieres decorar mi casa? Regan se tomó su tiempo antes de contestar.

Observó detenidamente el café y bebió un trago. Era excelente.

—Tengo unas cuantas cosas que creo que te parecerán muy adecuadas para amueblarla. También he investigado un poco sobre los colores y los tejidos que se solían utilizar en aquella época.

—¿Es eso un sí o un no?

—Un sí. Claro que voy a aceptar el encargo —lo miró fijamente a los ojos—. Y te va a salir bastante caro.

—¿No estás preocupada?

—Yo no he dicho eso, exactamente. Pero ahora que sé qué es lo que me espera, te aseguro que no volveré a desmayarme a tus pies.

—Te lo agradecería. Me diste un susto de muerte —alargó el brazo para jugar con los anillos de Regan—. ¿Has averiguado en tu investigación algo sobre los dos cabos?

—¿Qué dos cabos?

—Deberías haber preguntado a la anciana señora Metz. Le encanta contar la historia. Qué reloj más raro —comentó, metiendo un dedo entre las dos correas

elásticas.

—Es de 1920, aproximadamente. En aquella época, era muy moderno. Y debo añadir que es muy bueno, porque funciona perfectamente. ¿Qué pasa con los cabos?

—Parece que durante la batalla, dos soldados se separaron de su regimiento. El campo de maíz que hay al este estaba lleno de humo, y negro a causa de las explosiones de pólvora. Parte de las tropas se ocultaron entre los árboles, y muchos otros se perdieron por aquí.

—¿Parte de la batalla tuvo lugar aquí, en vuestros campos? —preguntó.

—Sí, parte. Tenemos hasta unos mojones conmemorativos. El caso es que estos dos cabos, uno de la unión, y el otro confederado, se perdieron. Sólo eran unos niños, y probablemente, estaban aterrorizados. La mala suerte los fue a reunir en el bosque que forma el límite entre la propiedad de los MacKade y la de los Barlow.

—Oh —se echó hacia atrás el pelo, pensativa—. Había olvidado que los terrenos son contiguos.

Esta casa está a menos de un kilómetro de la de los Barlow, atravesando el bosque. El caso es que se encontraron cara a cara. Si alguno de los dos hubiera tenido un poco de sentido común, habría corrido a refugiarse y a dar gracias por haberse librado. Pero no fue así —volvió a beber un trago de café—. Consiguieron herirse mutuamente. Nadie sabe quién huyó primero.

El soldado del sur llegó hasta la casa de los Barlow. Estaba muy malherido, pero consiguió subir al porche. Uno de los criados lo vio, y como simpatizaba con el sur, lo metió en el interior. O tal vez sólo vio a un niño que se desangraba e hizo lo que consideró razonable.

—Y murió en la casa —murmuró Regan, deseando no ver la escena con tanta claridad.

—Sí. El criado corrió a avisar a su señora. Era Abigail O'Brian Barlow, de los O'Brian de Carolina. Abigail acababa de dar órdenes de que subieran al muchacho para curarle las heridas cuando llegó su marido. Disparó al muchacho en la misma escalera.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—No quería que su esposa tocara a un enemigo. Ella murió dos años después, en su habitación. Se dice que jamás volvió a dirigir la palabra a su marido, claro que antes de aquello tampoco tenían mucho que decirse. Se supone que el suyo había sido un matrimonio de conveniencia. Según los rumores, no la trataba muy bien.

—En otras palabras —dijo Regan, tensa—. Era un canalla.

—Ésa es la historia. Al parecer, la señora Barlow era muy sensible y se sentía muy desgraciada.

—Y atrapada —añadió Regan, pensando en Cassie.

—No creo que en aquella época se hablara demasiado de los malos tratos. Y el divorcio—se encogió de hombros— no debía ser una opción a considerar, dadas las circunstancias. El caso es que el hecho de que matara a aquel pobre chico delante de ella debió ser la gota que colmó el vaso. La última crueldad que pudo soportar. Pero eso es sólo la mitad. La mitad que conoce la ciudad.

—Así que la historia sigue —suspiró y se puso en pie—. Creo que necesito otro café.

—Sí. El yanqui huyó en dirección contraria—le dio las gracias cuando le sirvió otra taza de café—. Mi bisabuelo lo encontró cerca de la casa. Había perdido a su hijo mayor en Bull Run. Luchaba con el bando contrario. Regan cerró los ojos.

—Y mató al chico.

—No. Tal vez se le pasara por la cabeza. Tal vez pensara en dejar que se desangrara. Pero lo cogió y se lo llevó a la cocina. Lo subió a la mesa y lo curaron entre su mujer, sus hijas y él. No era esta mesa —añadió con una sonrisa.

—Menos mal.

—Volvió en sí unas cuantas veces, e intentó decirles algo. Pero estaba demasiado débil. Aguantó el resto del día y gran parte de la noche, pero, por la mañana, estaba muerto.

—Habían hecho todo lo que habían podido.

—Sí, pero se encontraron con que tenían un soldado muerto en la cocina, y su sangre empapaba el suelo. Todos los que los conocían sabían que simpatizaban con el sur, que ya habían perdido un hijo y que otros dos estaban luchando en el mismo bando. Tenían miedo, y por tanto, ocultaron el cadáver. Cuando oscureció lo enterraron, con su uniforme, su arma, y una carta de su madre en el bolsillo, —la miró con los ojos fríos y firmes—. Por eso, esta casa también está encantada. Pensé que te interesaría.

Regan guardó silencio durante un momento y dejó el café a un lado.

—¿Tu casa está encantada?

—La casa, los bosques, los campos. Es difícil acostumbrarse a los ruidos, a las sensaciones. Nunca hemos hablado de ello demasiado, pero siempre ha estado presente. A veces, se tiene una sensación extraña por la noche, o en mañanas muy tranquilas —sonrió al ver la curiosidad en sus ojos—. Nadie se queda impávido en un campo de batalla. Después de que muriera mi madre, hasta la casa parecía intranquila. O tal vez fuera sólo yo.

—¿Te marchaste por eso?

—Tenía muchas razones para marcharme.

—¿Y para volver?

—Una o dos. Te he contado la primera parte de la historia porque pensé que debías entender la casa de los Barlow, ya que vas a trabajar en ella. Y te he contado el resto... —le desabrochó los dos botones de la chaqueta— porque voy a alojarme en la granja durante una temporada. Ahora puedes decidir si quieres venir aquí o si prefieres que yo vaya a tu casa.

—Mi inventario está en la tienda, de modo que...

—No estoy hablando de tu inventario.

Cogió su barbilla en la mano y la miró fijamente a los ojos mientras la besaba.

Al principio lo hizo con suavidad, probándola. Después, con un murmullo de satisfacción, intensificó el beso cuando Regan entreabrió los labios. Miró las pestañas de Regan, que bajaba. Sintió su aliento en la boca y su pulso en el cuello, justo debajo

de sus dedos. El aroma de su piel contrastaba con el sabor de su boca.

Regan seguía con las manos fuertemente apretadas en el regazo. Se asustaba al pensar en lo mucho que deseaba acariciarlo, entrelazar los dedos en su pelo, rozar los músculos que adivinaba bajo la camisa de franela. Pero no lo hizo. Tal vez hubiera perdido la cabeza durante un instante ante su sorprendente placer y su aún más sorprendente necesidad, pero consiguió no dejarse llevar por completo.

Cuando Rafe se echó hacia atrás, Regan apretó fuertemente las manos y respiró profundamente para hablar con voz normal.

—Nuestra relación es estrictamente comercial.

—También tenemos una relación comercial —convino Rafe.

—¿Habrías hecho eso si yo hubiera sido un hombre?

Rafe se quedó mirándola, atónito. De repente, soltó una fuerte carcajada, mientras Regan se reprendía por estar diciendo cosas tan ridículas.

—Por ahora, no he encontrado un hombre que me guste, así que supongo que no. Claro que también supongo que, en tal caso, no me habrías devuelto el beso.

—Vamos a aclarar las cosas. Ya lo he oído todo sobre los hermanos MacKade y lo irresistibles que son para las mujeres.

—Es la cruz que tenemos que cargar. Regan no sonrió, aunque para ello tuvo que apretar los labios fuertemente.

—El caso es que no me interesa ni un revolcón rápido, ni una aventura, ni una relación. Creo que con eso cubro todas las posibilidades.

Resultaba todavía más encantadora cuando se ponía puritana.

—Será un placer para mí hacer que cambies de idea. ¿Por qué no empezamos por el revolcón rápido y seguimos a partir de ahí?

Regan se puso en pie bruscamente y cogió su abrigo.

—Ni lo sueñes.

—También lo sueño. ¿Por qué no nos vamos a cenar?

—¿Por qué no me llevas a mi coche?

—De acuerdo.

Rafe se levantó y cogió su abrigo del gancho. Después de ponérselo, sacó el pelo de Regan del cuello de su prenda.

—Las noches son largas y frías en esta época del año —comentó Rafe.

—Lee un libro —respondió Regan, mientras caminaba hacia la puerta—. Siéntate junto a la chimenea.

—¿Es eso lo que haces tú? —negó con la cabeza—. Tendré que ayudarte a que te diviertas un poco.

—Me gusta mi vida tal y como es, gracias. Y no me... —se interrumpió cuando Rafe la cogió en brazos—. ¡MacKade! Empiezo a pensar que todo el mundo tiene razón cuando te critica.

—Puedes estar segura.

Capítulo 3

ERA UN BUEN sonido. El ruido de los martillos, el zumbido de las sierras, el chirrido de los taladros. El conjunto parecía una composición musical, y Wynonna tarareaba para añadir más realismo a la escena.

Era un ruido, la música del trabajo, que Rafe había oído durante toda su vida. Era distinto del traqueteo de la granja de ordeñado, del sonido del tractor en el campo. Lo prefería. Lo había elegido el día en que se marchó de Antietam.

Probablemente, los trabajos de construcción lo habían salvado. No tenía ningún problema a la hora de admitir que era una bala perdida cuando abandonó el condado de Washington una década atrás, montado en su Harley de segunda mano. Pero necesitaba comer, de modo que tuvo que trabajar.

Se había ceñido un cinturón lleno de herramientas y había sudado hasta librarse de sus frustraciones.

Aún recordaba el momento en que había dado unos pasos hacia atrás y había contemplado la primera casa en cuya construcción había colaborado. De repente, tuvo la impresión de que no todo lo que hacía carecía de importancia. Podía hacer algo por sí mismo.

Ahorró, sudó y aprendió.

La primera casa que compró, en Florida, era un simple agujero. Había respirado polvo de construcción y había dado mazazos hasta que sus músculos dejaban de responder. Pero vendió la casa, una vez reformada, y utilizó el dinero para comprar otra y trabajar en ella. Para volver a venderla con el valor añadido de su trabajo.

En cuatro años, la pequeña empresa llamada MacKade había ganado la reputación de ser fiable, rápida y de alta calidad.

Aun así, nunca había dejado de volver la vista atrás. Ahora, en el salón de la mansión de los Barlow, entendió que había recorrido el círculo completo.

Iba a hacer algo en el pueblo del que había escapado. No había decidido aún si se quedaría

o no después de terminar. Pero, por lo menos, dejaría su marca.

Agachado frente a la chimenea, Rafe examinó el mármol para comprobar que no había sufrido daños. Ya había empezado a trabajar en ella. Se dijo con satisfacción que arreglaría el tiro. Lo primero que haría en cuanto terminara con ella, sería encenderla. Quería contemplar las llamas y calentarse las manos en ellas.

Necesitaría el juego de atizador, fuelle y tenazas perfecto, y el perfecto protector. Podía confiar en Regan para que lo encontrara.

Con una sonrisa, cogió la espátula para mezclar un cubo de cemento blanco. Tenía la impresión de que podía confiar en Regan casi para cualquier cosa.

Empezó a restaurar la piedra con cuidado y precisión.

—Creía que el jefe se sentaría en una mesa de despacho para hacer números.

Rafe miró a su espalda y levantó una ceja. Jared estaba en el centro de la habitación, con una bayeta debajo de cada uno de sus relucientes zapatos. Por algún

motivo, no parecía fuera de lugar con su traje de tres piezas.

—Eso es para los abogados y los contables.

Jared se quitó las gafas de sol y se las metió en el bolsillo del abrigo.

—Piensa en lo que sería el mundo sin nosotros.

—Un lugar más habitable —tiró la espátula al cubo de cemento y miró detenidamente a su hermano—. ¿Vas a un entierro?

—Tenía una reunión de negocios por aquí cerca, de modo que pensé en pasarme para saludarte —miró a su alrededor—. ¿Qué tal te van las cosas?

—Bien —suspiró, negando con la cabeza, cuando Jared le ofreció un cigarro—. Échame el humo, por favor. Dejé de fumar hace diez días.

—¿Te estás reformando? —preguntó Jared, acercándose a él—. No está nada mal.

—¿Que no está nada mal? ¿Sabes lo difícil que es encontrar una chimenea de mármol rosa de esta época intacta?

—¿Quieres que te eche una mano?

Rafe miró hacia abajo con incredulidad.

—Vas vestido de abogado.

—Me refiero al fin de semana.

—Siempre me viene bien un poco de ayuda —complacido con la oferta, volvió a coger la espátula—. ¿Estás en forma?

—Tanto como tú.

—¿Sigues trabajando fuera? —dio un puñetazo en el bíceps de su hermano para comprobarlo—. Sigo pensando que los gimnasios son para debiluchos.

Jared le tiró el humo a la cara.

—¿Debilucho? Un día de éstos te enseñaré lo débil que soy.

—Vale, cuando no vayas tan bien vestido —inhaló el humo que le lanzó su hermano—. Te agradezco que te hayas encargado de las escrituras de esta casa.

—Aún no has recibido mi factura —sonrió y se puso en pie—. Pensé que estabas loco cuando me llamaste para decirme que querías comprarla. Después, eché unos números y me di cuenta de que estabas rematadamente loco. No te ha costado mucho, pero te gastarás el doble de lo que te ha costado en hacerla habitable.

—El triple —corrigió Rafe con una sonrisa—, para dejarla tal y como la quiero.

—¿Qué quieres hacer con ella?

—Dejarla como estaba —respondió mientras nivelaba el interior de la chimenea con el cemento.

—Te va a resultar difícil —murmuró Jared—. Veo que no te ha costado mucho conseguir trabajadores. Creí que nadie querría entrar aquí, considerando la reputación del lugar.

—El dinero es muy convincente. Aunque esta mañana he perdido a un fontanero —comentó divertido—. Dice que alguien le puso la mano en el hombro mientras cambiaba una cañería. Cuando llegó a la carretera, seguía corriendo. No creo que vuelva.

—¿Has tenido más problemas?

—Nada para lo que necesite un abogado. Por cierto, ¿has oído el chiste del abogado y la serpiente de cascabel?

—Los he oído todos —respondió con sequedad.

Rafe rió y se limpió las manos en los pantalones.

—Te va muy bien. A mamá le gustaría verte vestido de lechuguino. Es raro eso de estar en la granja. Casi siempre estamos Shane y yo a solas. Devin pasa la mitad de las noches en la comisaría, y tú estás en esa casa de lujo de la ciudad. Cuando oigo a Shane levantarse por las mañanas, aún es de noche. El muy imbécil se pone a silbar, como si ir a ordeñar en una mañana de enero fuera la ocupación más agradable del mundo.

—Siempre le ha gustado. Él es quien mantiene este lugar con vida.

—Ya lo sé.

Jared reconoció el tono y sacudió la cabeza.

—Tú también hiciste algo. El dinero que enviaste sirvió para relanzar esto —miró por la ventana con expresión sombría—. Estoy pensando en vender la casa de Hagerstown —como Rafe no respondía, volvió a mirarlo—. Después del divorcio, me pareció que lo mejor que podía

hacer era conservarla. El mercado estaba muy mal, y Bárbara no la quería.

—¿Sigue enfadada?

—No. Nos divorciamos hace tres años, y nos comportamos como personas civilizadas. Simplemente, nos habíamos hartado el uno del otro.

—Nunca me cayó bien. Jared apretó los labios.

—Ya lo sé. El caso es que estoy pensando en vender la casa y quedarme en la granja durante una temporada hasta encontrar el lugar adecuado.

—A Shane le gustaría. Y a mí también. Te he echado de menos. No supe cuánto hasta que volví —volvió a llenar la espátula de cemento—. ¿Así que quieres dedicar el sábado al trabajo honrado, por variar?

—Tú pones la cerveza. Rafe asintió y se levantó.

—Déjame ver tus manos, chico de ciudad.

La respuesta de Jared fue breve, clara y concisa. Y la dio en el preciso momento en que Regan entraba en la habitación.

—Lávase la boca con jabón, señor procurador

—dijo Rafe, sonriendo—. Hola, cariño.

—¿Interrumpo algo?

—No. Este deslenguado es mi hermano Jared.

—Ya lo conozco. Es mi abogado. ¿Qué tal estás?

—Hola, Regan —Jared tiró la colilla en una lata vacía de cerveza—. ¿Qué tal van los negocios?

—Viento en popa, gracias a tu hermano —se dirigió a Rafe—. Tengo una serie de presupuestos, cálculos, sugerencias y muestras de pintura y tejido, y creo que te interesaría verlo.

—Veo que has estado trabajando. ¿Quieres tomar algo? —preguntó, dirigiéndose a una nevera portátil.

—No, gracias.

—¿Y tú, Jared?

—Dame algo sin alcohol para el camino. Tengo otra cita dentro de un rato.

Rafe le lanzó una lata de refresco. Jared la cogió al vuelo y se sacó las gafas de sol del bolsillo.

—Os dejaré con vuestros negocios —se despidió—. Me alegro de haber vuelto a verte, Regan.

—El sábado —gritó Rafe mientras Jared salía del salón—. A las siete y media de la mañana. Y no vengas con traje de chaqueta.

—No tenía intención de echarlo —dijo Regan.

—No lo has echado. ¿Quieres sentarte?

—¿Dónde?

—Aquí —dijo, indicándole un cubo vuelto del revés.

—Muy amable por tu parte, pero me puedo quedar de pie. Ésta es mi hora libre.

—Creo que la jefa no se enfadaría si te fueras a comer.

—Yo creo que sí —dijo, abriendo el maletín para sacar dos gruesas carpetas—. Está todo aquí. Cuando hayas tenido tiempo para mirarlo, dímelo.

Dicho aquello, empezó a marcharse. Rafe se volvió para mirarla.

—Desde luego, eres directa.

—Cuando se sabe lo que se quiere, no es necesario perder el tiempo.

—¿Qué te parece una cena?

Regan lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Una cena?

—Esta noche. Para charlar sobre esto —aclaró, señalando las carpetas—. Así ganaremos tiempo.

—Supongo que sí —dijo sin dejar de fruncir el ceño.

—¿Qué te parece a las siete? Iremos al Lamplighter.

—¿A dónde?

—Al Lamplighter. Ese pequeño restaurante que está en la calle de la iglesia.

—El único comercio que hay ahí es un videoclub.

—Vaya. Pues antes era un restaurante. Y tu tienda era una ferretería.

—Supongo que hasta los pueblos cambian.

—Sí. ¿Te gusta la comida italiana?

—Sí, pero el restaurante italiano más cercano está al otro lado del río. Podemos quedar en la cafetería de Ed.

—No. Iremos al italiano. Pasaré a buscarte sobre las seis y media —se sacó el reloj del bolsillo para mirar la hora—. Sí, me dará tiempo.

—Qué bonito.

Sin pensarlo, Regan caminó hacia él y sujetó su muñeca con la mano para mirar el reloj de bolsillo.

—Vaya, de mediados del siglo pasado —dio la vuelta al reloj para mirar la carcasa—. De plata, en buenas condiciones. Te doy setenta y cinco dólares por él.

—A mí me costó noventa.

Regan rió y se echó el pelo hacia atrás.

—Pues conseguiste una ganga. No debe ser fácil encontrar algo así por menos de ciento cincuenta —lo miró detenidamente—. Nunca habría pensado que usaras reloj de bolsillo.

—Si llevara un reloj de pulsera mientras trabajo, lo destrozaría —deseaba tocarla; estaba tan inmaculada que la idea de mancharla le parecía irresistible—. Es una pena que tenga las manos sucias.

Regan soltó su muñeca y se frotó las manos.

—Y la cara. Pero sigues estando guapo —se puso el maletín al hombro y dio un paso atrás—. Entonces, a las seis y media. No olvides las carpetas.

Se había cambiado de ropa tres veces. Cuando se dio cuenta, se reprendió por ello. Se dijo

que era una cena de negocios, nada más. Su aspecto era importante, pero no tanto.

Se mordió el labio y se preguntó si no se podría haber puesto de todas formas la mini-falda negra y la camisa de encaje.

Indignada consigo misma, cogió el cepillo. La sencillez era lo mejor. Aquel restaurante era desenfadado, de ambiente familiar. Había quedado para hablar de negocios. La chaqueta, los pantalones y la camisa de seda de color verde constituían una indumentaria adecuada. No tenía nada de malo que se colocara un broche, pero tal vez los pendientes fueran excesivos. Podía ponerse unos sencillos aros, en lugar de aquellas recargadas obras de orfebrería.

Dejó el cepillo y se puso las botas de antes. No estaba dispuesta a caer en la trampa de pensar que habían concertado aquella cita para algo más que para hablar de negocios. No quería salir con Rafe MacKade. Precisamente en aquel momento en que sus negocios marchaban muy bien, no quería salir con nadie.

Siempre trazaba los planes con mucha meticulosidad y adelanto, y no se había planteado la posibilidad de mantener una relación por el momento. Aún tendría que esperar tres años como mínimo. No estaba dispuesta a cometer el mismo error que su madre y depender de alguien a nivel emocional y financiero. Más adelante, si lo decidía y cuando lo decidiera, pensaría en la posibilidad de compartir su vida con alguien.

Nadie iba a decirle si podía trabajar o no. Nunca tendría que rogar a un hombre que le diera un poco de dinero para comprarse un vestido nuevo. A lo mejor, a sus padres les gustaba vivir así; desde luego, parecían contentos. Pero aquélla no era la vida que quería Regan Bishop.

Era una verdadera pena que Rafe fuera tan peligroso y atractivo. Y tan puntual, añadió cuando oyó el primer golpe en la puerta.

Confiada de nuevo después de haberse recordado sus objetivos, salió del

dormitorio, atravesó el pequeño salón y abrió la puerta.

Era una verdadera pena, se repitió al verlo.

Rafe le dedicó su arrebatadora sonrisa, y sus maravillosos ojos verdes la recorrieron.

—Qué guapa estás.

Antes de que Regan pudiera reaccionar, los labios de Rafe rozaron los suyos.

—Voy a coger mi abrigo —empezó a decir—. ¿Qué es eso?

—¿Te refieres a esto? —preguntó Rafe, alzando las bolsas que llevaba—. La cena. ¿Dónde está la cocina?

—Creía... —Rafe ya había entrado, cerrando la puerta a su paso—. Creía que dijiste que íbamos al restaurante italiano.

—No, sólo te dije que íbamos a cenar comida italiana. Qué casa más bonita —añadió, mirando a su alrededor con aprobación.

—¿Quieres decir que vas a preparar la cena?

—Es la forma más rápida de llevarse a una mujer a la cama evitando el contacto físico. ¿Es esto la cocina? —preguntó, deteniéndose frente a una puerta.

Cuando consiguió cerrar la boca, Regan lo siguió.

—¿No crees que eso depende de lo bien que cocines?

Rafe sonrió y empezó a sacar las cosas de las bolsas.

—Ya me dirás qué te ha parecido. ¿Tienes una sartén?

—Claro que sí —dijo, abriendo el armario para que eligiera una.

—Caerás rendida ante mis ziti con tomate y albahaca.

—¿Ziti? Te lo diré después de comer.

Sacó una cacerola para hervir la pasta y se la entregó.

Después de meter la pasta en agua y ponerla al fuego, Rafe se puso a lavar verduras para la ensalada.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Los cuatro sabemos cocinar. ¿Tienes un cuchillo grande? Mi madre no creía en la división entre el trabajo de mujeres y el trabajo de hombres. Gracias —añadió, cogiendo el cuchillo.

Se puso a cortar la cebolla con tal rapidez y seguridad que Regan levantó las cejas, sorprendida.

—Los ziti no me suenan a comida de granja.

—Su abuela era italiana. ¿Te puedes quedar un poco más cerca?

—¿Por qué?

—Hueles bien. Me gusta olerte.

Regan hizo caso omiso de su comentario y del vuelco que le dio el corazón. Cogió la botella de vino para escudarse.

—Será mejor que abra esto.

Después de dejar el vino abierto en la encimera para que se orea, abrió un armario para sacar la ensaladera. Cuando Rafe le pidió que pusiera algo de música, fue al salón y puso a

Count Basie, a poco volumen. Se preguntó por qué le parecería tan atractivo Rafe con las mangas subidas, cortando zanahorias.

—No abras ese aceite de oliva —le dijo—. Yo tengo.

—¿Virgen, de un grado?

—Por supuesto —dijo, sacando la botella.

—¡Dios mío! ¡Consumes aceite de oliva! ¿Te quieres casar conmigo?

—Claro. El sábado tengo un rato libre. Divertida al ver que Rafe no encontraba una respuesta rápida, sacó unas copas del armario.

—El sábado tengo que trabajar —dijo, dejando la ensalada a un lado.

—No es una excusa muy original.

Rafe estaba encantado con ella. Le gustaban las mujeres que no se rendían rápidamente. Se acercó a ella, que estaba sirviendo el vino.

—Dime que te gusta ver los partidos de béisbol por televisión las noches de verano y soy todo tuyo.

—Lo siento. Me aburre el deporte. Se acercó más a ella. Regan dio un paso atrás, con una copa de vino en cada mano.

—Me alegro de haber descubierto ese defecto ahora, antes de que tengamos seis hijos y un perro.

—Estás de suerte.

—Me gusta esto —dijo, rozando con un dedo el lunar que tenía junto a la boca.

Se acercó un poco más y le desabrochó los botones de la chaqueta.

—¿Por qué haces siempre eso?

—¿A qué te refieres?

—A tu manía de desabrocharme los botones.

—Por practicar —sonrió con rapidez—. Además, siempre tienes un aspecto tan impecable que no puedo resistir la tentación de desaliñarte un poco.

La retirada de Regan terminó cuando se quedó entre el lateral de la nevera y la pared.

—Me parece que estás arrinconada, querida.

Se movió lentamente, pasando las manos alrededor de su cintura, encajando su boca en la de Regan. Sin prisa, recorrió con los dedos su caja torácica, deteniéndose justo antes de llegar a la curva de su pecho.

Regan no pudo evitar que su corazón se acelerase y que sus labios respondieran. La lengua de Rafe los recorrió, se introdujo entre ellos, se juntó con su lengua. Su sabor era muy masculino, y alcanzaba su centro como una flecha el centro de la diana.

El resquicio de su mente que aún funcionaba le advirtió que sabía exactamente cómo afectaba Rafe a las mujeres. A todas las mujeres. A cualquier mujer. Pero a su cuerpo no parecía importarle.

Su sangre empezó a hervir en sus venas; su piel empezó a temblar, sacudida por miles de pequeñas explosiones. Estaba segura de que podía sentir cómo se derretían sus huesos.

A Rafe le resultaba excitante observarla. Con los ojos abiertos, cambió el ángulo

del beso, grado a grado. Encontraba muy seductor el movimiento de sus pestañas, el color que adquirían sus mejillas a causa del deseo. Y le encantó la forma en que tembló ligeramente cuando rozó sus senos con los dedos.

Se esforzó para no seguir por aquel camino.

—Cada vez es mejor —susurró a su oído—. Vamos a volver a intentarlo.

—¡No!

Regan se sorprendió al comprobar que había dicho exactamente lo contrario de lo que deseaba. Colocó una copa de vino contra el pecho de Rafe, para defenderse.

Rafe miró la copa y volvió a fijar la vista en su rostro. Sus ojos no sonreían; la miraban con mucha intensidad. A pesar de su sentido común, sentía la tentación de no pensar en las consecuencias.

—Te tiembla la mano, Regan.

—Ya lo sé.

Hablaba con cuidado, consciente de que la palabra incorrecta, el movimiento incorrecto, haría que lo que Rafe ocultaba en sus ojos se desencadenara. Y ella lo permitiría. Estaba deseando permitirlo.

Aquello era algo sobre lo que tendría que pensar detenidamente.

—Coge el vino, Rafe. Es tinto. Te dejaría una mancha muy difícil de limpiar en la camisa.

Durante un momento, Rafe no respondió. Una necesidad que no podía comprender y con la que no contaba lo tenía paralizado. Notaba que Regan tenía miedo de él, y decidió que hacía bien. Una mujer como ella no podía imaginar de qué sería capaz un hombre como él.

Cogió la copa y brindó con la de Regan, haciendo tintinear el cristal. Después, se volvió a la cocina.

Regan se sentía como si se hubiera librado por los pelos de caer por un precipicio, y se dio cuenta de que ya se había arrepentido de no haber seguido.

—Creo que tengo algo que decirte —respiró profundamente y bebió un largo trago de vino—. No voy a fingir que no me siento atraída por ti o que no me ha gustado, cuando es evidente que ocurre lo contrario.

Intentando tranquilizarse, Rafe se apoyó en la encimera y la observó por encima de su copa.

—¿Y?

—Y... —se echó el pelo para atrás—. Y creo que las complicaciones son... complicadas. No quiero, quiero decir, no creo... —cerró los ojos y bebió otro trago—. Vaya. Estoy tartamudeando.

—Ya lo he notado, pero no te preocupes. Eso me hace sentir muy bien.

—Con lo engreído que eres, no creo que algo así te pueda afectar —se aclaró la garganta—. No dudo que irse a la cama contigo debe ser algo memorable. Y no me sonrías así.

—Lo siento —dijo sin dejar de sonreír—. Me ha hecho gracia tu elección de palabras. Me gusta eso de memorable. Pero no hace falta que intentes explicarte. Creo

que te entiendo. Quieres pensar en ello, y hacer el siguiente movimiento cuando estés preparada.

Regan lo consideró y asintió lentamente.

—Sí, más o menos.

—Bien. Mi punto de vista es éste —encendió el fogón de la sartén y le puso aceite—. Te deseo, Regan. Empecé a desearte en cuanto entré en la cafetería y te vi sentada con la pequeña Cassie, tan planchadita.

Regan se esforzó por contener el peso que sentía en el estómago.

—¿Por eso me ofreciste el trabajo?

—Eres demasiado inteligente como para hacer una pregunta así. Esto es sexo. El sexo es algo personal.

—De acuerdo —volvió a asentir—. De acuerdo.

Rafe cogió un tomate y lo examinó.

—El problema, tal y como yo lo veo, es que a mí no me gusta mucho meditar sobre estas cosas. Por mucho que intentemos maquillarlo, el sexo es algo animal. Olor, contacto, sabor. Pero eso es lo que opino yo, y en este asunto tomamos parte los dos. Así que puedes seguir con tus meditaciones.

Confundida, Regan se quedó mirándolo mientras elegía un diente de ajo.

—Intento decidir si esperas que te dé las gracias por ello.

—En absoluto —dio un golpe al ajo con la hoja del cuchillo para desprender la piel—. Sólo

quiero que me entiendas, como yo intento entenderte a ti.

—Vaya, qué progresista.

—No tanto. Te aseguro que te volveré a hacer tartamudear. Puedes estar segura.

Regan cogió el vino y rellenó las copas.

—Pues yo te aseguro que cuando decida avanzar, si es que lo decido, serás tú quien tartamudee.

Rafe tiró el ajo picado al aceite.

—Me gusta tu estilo, querida. Me gusta muchísimo tu estilo.

Capítulo 4

LOS CIELOS soleados y la brisa procedente del sur hicieron que la nieve empezara a derretirse. Los carámbanos caían, y en los jardines y los campos, los muñecos de nieve empezaban a perder peso. Regan pasó una semana muy agradable reservando objetos para la casa de los Barlow y adquiriendo objetos para su inventario en las subastas.

Cuando el negocio estaba tranquilo, se dedicaba a revisar su detallado plan de decoración para lo que iba a ser el hotel MacKade de Antietam.

Incluso en aquel momento, mientras describía los atributos de un mueble antiguo

de nogal a una pareja de compradores muy interesados, su mente estaba en la casa. Aunque no se había dado cuenta aún, estaba bajo su hechizo, igual que Rafe.

Pensó que en la habitación principal del segundo piso, debería poner la cama con dosel, el papel pintado con capullos de rosa y el armario de madera satinada. Una romántica y tradicional suite nupcial, completada con flores secas olorosas y jarrones de flores frescas.

La que había sido la sala de reuniones, en la planta baja, estaba orientada al sur. Por supuesto, Rafe tenía que conseguir las ventanas adecuadas, pero quedaría muy bien en colores veraniegos con un trío de ficus, helechos colgantes y pequeños grupos de sillones floridos y mecedoras.

Junto a la ventana podrían colocar el invernadero, para que en mitad del invierno se pudieran ver los narcisos y los jacintos en flor.

Estaba impaciente por empezar a trabajar allí, por añadirle los pequeños detalles que convertirían la casa en un hogar.

Un hotel, se recordó. Un negocio. Cómodo y encantador, pero temporal. Y no era suyo. Con un esfuerzo, sacudió la cabeza y se concentró en su venta.

—Pueden ver que la marquetería es de primera calidad —continuó, con su tono moderado y agradable—, y las puertas arqueadas tienen el vidrio tallado original.

La mujer miró la etiqueta, y Regan captó la mirada esperanzada que lanzaba a su marido, menos entusiasta.

—Es una preciosidad, pero me temo que cuesta un poco más de lo que teníamos pensado.

—Lo entiendo, pero en estas condiciones...

Se interrumpió cuando se abrió la puerta. Se enfureció consigo misma por dar un salto, y después, por sentirse decepcionada al ver que no era Rafe quien había entrado. Antes de poder sonreír para dar la bienvenida a Cassie, vio las marcas que tenía en el rostro.

—Disculpenme un momento, por favor.

Atravesó la tienda rápidamente, acompañada por el tintineo de su pulsera antigua y por el taconeo de sus zapatos. Sin decir una palabra, cogió a Cassie del brazo y la llevó a la trastienda.

—Siéntate —dijo colocándola en una silla—. ¿Tienes algo grave? ¿Necesitas que te lleve al hospital?

—No es nada, sólo...

—Cállate —dijo, poniendo el hervidor de agua en el hornillo—. Perdona. Voy a preparar un té —se dio cuenta de que necesitaba un momento antes de poder enfrentarse a la situación de forma racional—. Mientras hierve el agua, iré a acabar con mis clientes. Quédate aquí y tranquilízate un rato.

—Gracias —dijo Cassie avergonzada, con la vista clavada en sus manos.

Diez minutos después, tras haber bajado más de lo normal el precio de la alacena para librarse de sus clientes, Regan corrió a la trastienda. Se dijo que ya había controlado su cólera, y se prometió que se mostraría comprensiva.

Pero, en cuanto miró a Cassie, acurrucada en la silla, impasible ante el hervor del agua, sintió que estallaba.

—¿Cómo es posible que le permitas que te haga esto? ¿Cuándo te vas a cansar de ser el saco de boxeo de ese maldito sádico? ¿Es que va a matarte antes de que te vayas?

Derrotada, Cassie clavó los codos en la mesa, hundió el rostro entre las manos y se puso a llorar.

Regan sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos. Se arrodilló junto a la silla. En su pequeña trastienda que hacía también las veces de despacho, se esforzó por comprender qué sentía una mujer víctima de malos tratos.

—Lo siento, Cassie. Perdóname. No debería gritarte.

—No debería haber venido —alzó la cabeza, ocultando su rostro con una mano, y se esforzó por recobrar el aliento—. No debería haber venido, pero necesitaba a alguien con quien hablar.

—Claro que deberías haber venido. Has hecho muy bien en venir. Deja que te vea —murmuró, apartándole la mano.

Tenía un enorme golpe, de color morado, que llegaba desde su sien hasta su mandíbula. Uno de sus preciosos ojos grises estaba tan hinchado que apenas se podía abrir.

—Dios mío, Cassie, ¿qué ha ocurrido? ¿Me lo puedes contar?

—Joe no se encuentra muy bien. Lleva unos días con la gripe. Ha faltado mucho al trabajo a causa de su enfermedad, y ayer lo echaron —buscó un pañuelo en su bolso, evitando la mirada de Regan—. Estaba furioso. Había trabajado ahí durante doce años, pero, como el despido es libre, no dudaron a la hora de ponerlo en la calle. Yo acababa de comprar una lavadora. La estamos pagando a plazos. Y Connor quería esas playeras nuevas. Sabía que eran muy caras, pero...

—Para, por favor —dijo Regan en voz baja, cogiéndola de la mano—. Deja de culparte a ti misma. No soporto que hagas eso.

—Sé que estoy poniendo excusas.

Respiró profundamente y cerró los ojos. Podía ser sincera, al menos con Regan. Porque Regan, en los tres años que hacía que se conocían, había estado siempre dispuesta a ayudarla.

—No tiene gripe —continuó—. Lleva casi una semana borracho continuamente. No lo han echado por faltar al trabajo, sino por presentarse borracho y pelearse con el capataz.

—Así que fue a casa y lo pagó contigo —se levantó para quitar el hervor del fuego y preparar el té—. ¿Dónde están los niños?

—En casa de mi madre. Me fui a dormir a su casa. Esta vez me ha pegado más que de costumbre.

De forma inconsciente, se llevó la mano a la garganta. Debajo de la bufanda tenía más marcas. Joe había apretado su cuello hasta que ella pensó que iba a matarla. Y casi deseó que lo hiciera.

—Cogí a los niños y me fui a casa de mi madre, porque necesitaba quedarme en algún sitio.

—Has hecho lo correcto —preparada para dejar de recriminarla y darle ánimos, Regan colocó dos tazas en la mesa—. Es el mejor comienzo.

—No.— Cassie rodeó su taza con las dos manos—. Mi madre quiere que volvamos hoy a casa. No está dispuesta a permitir que nos quedemos otra noche.

—Después de verte y después de que le hayas contado lo que te ha hecho, ¿espera que vuelvas?

—Dice que una mujer tiene que estar con su marido, y que me casé con él para lo bueno y para lo malo.

Regan nunca había entendido a su propia madre, que relegaba su vida a la de su marido. Pero jamás había oído nada semejante a lo que acababa de escuchar.

—¡Eso es una monstruosidad!

—Mi madre es así —murmuró Cassie, haciendo una mueca de dolor cuando el té caliente rozó su labio dolorido—. Está convencida de que si un matrimonio no funciona es porque la mujer no se esfuerza lo suficiente.

—¿Y tú? ¿Crees que tiene razón? ¿Te sientes responsable por lo que ocurre? ¿Crees que te casaste para lo bueno y para lo malo, aunque lo malo significa que tu marido te dé una paliza cada vez que esté de mal humor?

—Lo intenté. Intenté convencerme. Tal vez era demasiado joven cuando me casé con Joe. Tal vez cometí un error, pero aun así, pensé que la cosa se podría arreglar. Él no me ha respetado nunca. Ha estado con otras mujeres, y ni siquiera le importaba que yo me enterase. Nunca ha sido fiel, ni amable. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Si intentara abandonarlo, me mataría.

Empezó a llorar, pero con más calma que antes.

—Llevamos diez años casados —prosiguió—. Hemos tenido hijos juntos. Tal vez me resulte más fácil aceptar la situación si me convengo de que es culpa mía, de que no debí usar el dinero de las propinas para comprar las zapatillas a Connor. Y no podíamos permitirnos comprar esa lavadora. Nunca fui buena en la cama, como las otras mujeres con las que salía.

Se interrumpió, presa de los sollozos, mientras Regan seguía mirándola.

—¿Has escuchado lo que tú misma estás diciendo? —preguntó Regan—. ¿Te oyes, Cassie?

—No puedo seguir con él. Me pega delante de los niños. Antes esperaba a que se fueran a la cama, pero ahora me pega delante de ellos, y dice cosas horribles. Cosas que no deberían oír. Temo que acepten que esta situación es normal para que no les duela, y que reproduzcan de adultos nuestra relación.

—Tranquila, Cassie. Los niños superarán esto. Pero necesitas ayuda inmediatamente.

—He pensado en ello toda la noche.

Se aflojó la bufanda. Al ver las marcas en su piel pálida, Regan sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡Dios mío! Ha intentado estrangularte.

—No creo que fuera su intención al principio.

Quería hacer que dejara de gritar. Pero, de repente, le cambió la cara. Lo vi en sus ojos.

No era sólo por la bebida, o por el dinero.

—Me odiaba por existir. Me volverá a pegar en cuanto pueda. Ya me dan igual sus amenazas; sé que se vengará si hago algo, pero, si me quedo quieta, seguirá como hasta ahora. Tengo que pensar en los niños. Tengo que ir a ver a Devin para poner una denuncia.

—Gracias a Dios.

—Tenía que venir aquí primero, para hacer acopio de fuerzas —se enjugó las lágrimas—. Me va a resultar muy difícil hablar con Devin de esto. Lo conozco desde que éramos pequeños. Claro que tampoco es un secreto que Joe me pega. No sé cuántas veces se ha presentado en nuestra casa, cuando los vecinos han llamado a la policía. Pero es difícil.

—Voy contigo.

Cassie cerró los ojos. Había ido a ver a Regan para tener su apoyo, pero no podía permitir que los demás siguieran dictando su vida.

—No, necesito hacerlo yo sola. No puedo llevar a los niños a casa hasta que no sepa qué va a pasar.

—¿Y el refugio?

Cassie negó con la cabeza, con obstinación.

—Llámalo orgullo, pero no estoy dispuesta a permitir que se salga con la suya, a huir con el rabo entre las piernas.

—Muy bien, entonces os quedaréis aquí. Sólo tengo una habitación de invitados, pero nos las arreglaremos.

—No nos podemos meter en tu vida de esa forma.

—Eres la primera amiga que hice cuando llegué aquí. Quiero ayudarte. Deja que te ayude, por favor.

—No te puedo pedir algo así, Regan. Tengo un poco de dinero ahorrado. Suficiente para pasar un par de días en un hotel.

—No querrás hacerme algo así, ¿verdad? No puedes rechazar mi invitación. Te vas a quedar en mi casa. Por los niños —añadió, sabiendo que la mención de sus hijos inclinaría la balanza.

—Iré a buscarlos después de ver a Devin —no tenía orgullo en lo tocante a los niños—. Te lo agradezco muchísimo, Regan.

—Yo también te agradezco que hayas tomado esa decisión.

—¿Qué es esto? ¿Una fiesta en horas de trabajo?

Rafe entró en la trastienda y se sentó en una silla antes de ver el rostro de Cassie.

Regan se quedó sin habla al ver que el rostro sonriente de Rafe se endurecía en un instante. Su sonrisa se transformó en una mueca de indignación, y sus ojos se

encendieron por la cólera.

Dio un puñetazo en la mesa. Cassie se encogió, y Regan se puso en pie. Antes de que Regan pudiera interponerse, como si quisiera proteger a su amiga de la visión de otro hombre furioso, los dedos de Rafe acariciaron con suavidad su cara herida.

—¿Ha sido Joe?

—Fue un accidente —balbuceó Cassie.

Rafe profirió un insulto en voz alta y se volvió, con los ojos inyectados en sangre. Cassie se puso en pie y salió corriendo detrás de él.

—No, Rafe, por favor, no hagas nada. Por favor, no compliques las cosas.

—No te muevas. Quédate aquí, con Regan.

—No, por favor —imploró Cassie entre sollozos—. Por favor, no me avergüences más de lo que estoy.

—¿Tú estás avergonzada? ¿Tú? Él debería avergonzarse, y te aseguro que esta vez va a pagar por lo que ha hecho —se detuvo en seco al ver la desesperación en el rostro de su amiga, y la abrazó—. No llores, Cassie, por favor. No llores. Todo se va a arreglar.

Regan lo miraba desde la puerta de la trastienda. No comprendía cómo podía pasar de la ternura a la furia en tan poco tiempo. Abrazaba a Cassie como si fuera una niña, murmurándole palabras de consuelo.

Regan sintió que le ardía la garganta, y sus mejillas se humedecieron, cuando Rafe alzó la cabeza para mirarla.

La violencia seguía viva en sus ojos. Tan fuerte que hacía que se le tensaran todos los músculos. Tragó saliva antes de hablar.

—Tranquilízate, Rafe, por favor.

Todo su cuerpo estaba preparado para la lucha. Le pedía sangre. Pero la mujer que tenía entre sus brazos estaba temblando, y la que lo miraba con los ojos muy abiertos estaba rogando en silencio.

—Venga, cariño —dijo a Cassie, pasándole el brazo por los hombros—. Vamos a sentarnos.

—Lo siento.

—No me pidas perdón —dijo, esforzándose por hablar con tono suave—. No tienes que pedir perdón a nadie.

—Va a hablar con Devin —dijo Regan, cogiendo la tetera y una taza para ocultar el temblor de sus manos—. Va a ponerle una denuncia. Es la forma adecuada de tratar estas cosas.

—Es una de ellas. Espero que surta efecto —añadió, retirándole el pelo del rostro humedecido—. ¿Tienes algún sitio donde alojarte?

Cassie asintió y cogió un pañuelo de papel.

—Vamos a quedarnos en casa de Regan durante unos días. Hasta que...

—¿Están bien los niños? Cassie asintió.

—Iré a recogerlos después de hablar con Devin.

—Dime qué es lo que necesitas y yo iré a tu casa a recogerlo.

—No lo sé. No cogí nada.

—Ya me lo dirás más tarde. ¿Quieres que te acompañe a la comisaría?

Cassie negó con la cabeza y se limpió los ojos.

—No, tengo que hacerlo yo sola. Me voy. Regan abrió un cajón de la mesa.

—Aquí tienes la llave de mi casa. Poneos cómodos —le entregó la llave y apretó fuertemente su mano—. Y no dejes la puerta abierta.

—De acuerdo. Voy para allá —el acto de ponerse en pie y caminar hasta la puerta fue el más difícil de su vida—. Siempre pensé que las cosas se arreglarían —dijo, casi para sí misma—. Siempre esperé que se arreglaran.

Se marchó, cabizbaja y encogida.

—¿Sabes dónde está ese canalla?

—No.

—Bueno, pues lo encontraré —Regan lo detuvo cuando fue a ponerse el abrigo—. No te interpongas.

De forma instintiva, Regan le puso una mano en la mejilla y lo besó en los labios.

—¿Y eso? —preguntó sorprendido.

—Por varias cosas —respiró profundamente y le puso las manos en los hombros—. Por querer partir al cara a Joe —volvió a besarlo—, por no hacerlo cuando Cassie te lo pidió —lo besó de nuevo—, y sobre todo, por enseñarle que la mayoría de los hombres, los hombres de verdad, son amables.

Derrotado, apoyó la frente en la de Regan.

—Vaya. La verdad es que sabes evitar un asesinato.

—En cierto modo, casi preferiría que lo mataras, aunque no me enorgullezco de ello. Me gustaría ver cómo le pagas con su misma moneda. Es más; me gustaría matarlo personalmente.

Rafe se acercó a ella y cogió la mano que tenía cerrada en un puño. La abrió y se la llevó a los labios.

—Vaya con la pacifista.

—Ya te he dicho que no me enorgullezco de ello —respondió, con una débil sonrisa—. No es lo que Cassie necesita ahora. Está huyendo de la violencia, y no le servirá de nada verse rodeada por más violencia. Aunque esté justificada.

—La conozco desde que éramos pequeños.

Miró el té que Regan le estaba sirviendo y negó con la cabeza. Olía como un prado en primavera, y probablemente, tendría el mismo sabor.

—Siempre fue diminuta, muy guapa y muy tímida —prosiguió—. Era toda dulzura —negó con la cabeza ante la mirada curiosa de Regan—. No; nunca intenté nada con ella. Nunca me han gustado las mujeres dulces.

—Gracias.

—De nada —le acarició el pelo, hundiendo los dedos en él—. Entiendo que le hayas ofrecido tu casa, pero no creo que vayáis a estar muy cómodos aquí. Me los puedo llevar a la granja. Tenemos espacio de sobra.

—Necesita una mujer, y no un puñado de hombres, por buenas que sean sus

intenciones. Espero que Devin lo detenga y se ocupe de él.

—Puedes estar segura. Satisfecha, cogió su taza de té.

—Entonces, será mejor que dejemos que se encargue de ello la justicia. Por cierto, ¿a qué has venido?

—Quería mirarte un poco, así que encontré la excusa de las paredes y el mobiliario del salón. Quiero terminarlo cuanto antes, para animarme a seguir con el resto.

—Es una buena idea —se interrumpió al oír la campanilla de la puerta—. Tengo clientes. En esa carpeta lo tienes todo: las muestras de pintura y tejido, y la lista detallada del mobiliario.

—Yo también he recogido unas muestras.

—Bueno, entonces... —caminó hacia el escritorio y encendió el ordenador—. Aquí tengo planos de todas las habitaciones. ¿Por qué no echas un vistazo? También hay fotografías de algunas de las piezas que he planeado. Sabes usarlo, ¿no?

—Sí, claro.

Media hora después, tras haber hecho tres ventas, Regan volvió al despacho. Se sorprendió al ver a Rafe, que parecía inmenso sentado frente a su delicado escritorio antiguo. Olía a lana, a tierra y aceite.

Llevaba unas botas muy desgastadas, y una camiseta rota. Había restos de yeso o escayola en su pelo.

Pensó que era el animal más magnífico que había visto nunca, y lo deseaba con una especie de atracción primaria, instintiva.

Para tranquilizarse, se llevó la mano al estómago y respiró profundamente.

—¿Qué te parece?

—Me gusta tu forma de trabajar —dijo, examinando la carpeta—. Creo que no se te ha pasado nada por alto.

Halagada, se acercó a él para mirar.

—Estoy segura de que tendremos que ajustar algunos detalles después de ver una de las habitaciones completa.

—Ya he hecho algunos cambios.

—¿De verdad?

—No quiero este color —dijo, señalando una muestra de pintura—. Así que he puesto en el

ordenador el tono que quiero para las paredes. Verde guisante.

—El color que yo había elegido era el adecuado.

—Es muy feo.

—Sí, de acuerdo, pero era el adecuado —insistió—. Investigué a fondo. El que tú has elegido es demasiado moderno para el siglo XIX.

—Tal vez. Pero no daré dolor de cabeza a nadie. No te preocupes demasiado por un pequeño anacronismo, querida. Estoy asombrado con tu forma de trabajar. Debo reconocer que no esperaba que planearas las cosas con tanto detalle, y desde luego, no tan deprisa. No cabe duda de que sirves para esto.

Regan decidió que no podía soportar más alabanzas.

—Me contrataste para que te ayudara a reconstruir una era en concreto, y eso es lo que estoy haciendo. Fuiste tú quien decidió que la casa tuviera el mismo aspecto que en el pasado.

—Y soy yo quien puede decidir que no lo tenga. También podemos dejar algo de espacio a la estética y al gusto moderno. Me gusta mucho el piso que tienes arriba, pero debo reconocer que resulta demasiado femenino para mí.

—Afortunadamente, no voy a decorar tu casa con los muebles de la mía.

—Además, lo tienes todo tan arreglado que casi da miedo meterse en la casa —prosiguió Rafe—. Pero tienes buen gusto. Sólo te pido que lo uses, combinado con las investigaciones y la precisión.

—Tengo la impresión de que estamos hablando sobre tu gusto. Si quieres cambiar las directrices, por lo menos, explícame con claridad qué es lo que esperas de mí.

—¿Siempre eres tan rígida, o sólo te comportas así conmigo?

Regan se negó a responder a una pregunta tan insultante.

—Me pediste que fuera fiel a la época. Yo no tengo la culpa de que, de repente, hayas cambiado de opinión sin contármelo.

Pensativo, cogió el trozo de pintura sobre el que habían empezado a discutir.

—Una pregunta. ¿A ti te gusta este color?

—Eso es lo de menos.

—Es una pregunta muy sencilla. ¿Te gusta? Regan lo miró furiosa.

—Claro que no. Es horroroso.

—Ahí quería yo llegar. El único cambio en las condiciones del pedido es el siguiente: no pongas nada que no te guste.

—No puedo aceptar esa responsabilidad.

—Te pago para que la aceptes —una vez arreglado el tema, al menos en lo que a él respectaba, se volvió de nuevo hacia la pantalla—. Tienes este... lo que sea en stock, ¿verdad? ¿No es eso lo que significan las letras E.S.?

—Sí, el asiento doble.

Su corazón dio un vuelco. Lo había adquirido la semana pasada en una subasta, pensando en el salón de Rafe. Si lo rechazaba, la precipitaría hacia los números rojos.

—Está en la tienda —dijo, esforzándose por no mostrarse insegura—, con el cartel de vendido.

—Vamos a echarle un vistazo. También quiero ver esta pantalla protectora para la chimenea y estas mesas.

—Tú eres el jefe —dijo entre dientes.

Sintió un nudo en el estómago cuando Rafe se detuvo junto al asiento. Era una pieza de gran valor, lo que se reflejaba en el precio. Por mucho que le gustara, jamás habría pujado por algo así sin no hubiera pensado que tenía un cliente para ello.

Se quedó mirando a su cliente en potencia, con las botas destrozadas, la camiseta rasgada y su aspecto tan masculino, y se preguntó en qué estaría pensando cuando decidió que Rafe MacKade aprobaría la compra de un mueble tan delicado,

curvado y femenino como aquél.

—Es de nogal —comenzó, pasando una mano helada por el mueble—. De 1850, más o menos. La tapicería es nueva, por supuesto, pero es de seda, exactamente igual que la que se utilizaba en aquella época. Como verás, la madera de los respaldos está labrada a conciencia, y además, resulta muy cómodo.

Rafe gruñó y se agachó para mirar la etiqueta del precio.

—Qué barbaridad.

—No es ninguna barbaridad. Yo lo consideraría una ganga.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —preguntó sorprendida.

—Sí. Si me atengo a los planes, el salón estará terminado el fin de semana. Me puedes enviar los muebles el lunes, a no ser que te pida que esperes un par de días. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo, sintiendo que se le doblaban las piernas—. Por supuesto.

—Te lo pagaré cuando lo recoja, ¿de acuerdo? No llevo el talonario encima.

—Muy bien.

—Ahora vamos a ver las mesas.

—Las mesas —repitió desconcertada, mirando a su alrededor—. Ah, sí, las mesas.

Sígueme.

Rafe se enderezó, conteniendo una sonrisa. Se preguntó si Regan sabía que, durante unos momentos, había sido transparente como el cristal. Lo dudaba.

—¿Qué es eso?

—Una mesa vitrina, de caoba —respondió distraída.

—Me gusta.

—Te gusta —repitió.

—Quedaría bien en el salón, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí.

—Envíamela junto con esa cosa rara para sentarse. ¿Está aquí la mesa?

Lo único que pudo hacer fue asentir débilmente. Cuando Rafe se marchó, una hora después, seguía asintiendo.

Rafe fue directamente a la comisaría. Tendría que retrasar un poco su trabajo, pero no estaba dispuesto a marcharse hasta asegurarse de que Joe Dolin estaba entre rejas.

Cuando entró, se encontró a Devin recostado en su silla, frente a la destartalada mesa metálica. El uniforme de Devin consistía en una camisa de algodón, unos vaqueros casi blancos y unas botas desgastadas. Lo único que indicaba su cargo era la estrella que llevaba en el pecho. Estaba leyendo un ejemplar de Las uvas de la ira que parecía haber pasado por las manos de todo el pueblo.

—¿Es usted el encargado de la ley y el orden en este lugar?

Lentamente, de forma deliberada, Devin colocó el marcapáginas en el libro y lo dejó a un lado.

—Desde luego. Siempre tengo una celda esperándote.

—Si Dolin está metido en ella, no me importaría que me encarcelaras durante cinco minutos o así.

—Sí, lo tengo aquí.

Rafe caminó hasta la cafetera.

—¿Te ha dado problemas? Los labios de Devin se curvaron en una sonrisa.

—Los necesarios para que no fuera una detención aburrida. Ponme una taza de eso.

—¿Durante cuánto tiempo puedes tenerlo encerrado?

—No depende de mí.

Devin cogió la taza que Rafe le tendía. Los MacKade siempre tomaban café fuerte, caliente y negro como la noche.

—Vamos a trasladarlo a Hagerstown —prosiguió Devin—. Ha pedido un abogado de oficio. Si Cassie no se echa atrás, le caerá una buena condena.

—¿Crees que se puede echar atrás? —preguntó Rafe, sentándose en la mesa.

Devin se encogió de hombros, frustrado.

—Hasta ahora, jamás había hecho nada por cambiar las cosas. Ese canalla ha estado maltratándola durante años. Probablemente, empezó a pegarla en su noche de bodas. Y la pobre no debe pesar más de cuarenta y cinco kilos. Es tan delicada... Tiene unas buenas marcas en la garganta. Intentó estrangularla.

—No vi eso.

—Tengo fotografías.

Devin se pasó una mano por la cara y se puso en pie. El hecho de forcejear con Joe para esposarlo no había bastado para tranquilizarlo.

—He tenido que tomarle declaración y sacarle fotografías para presentarlas en el juicio, y me miraba como si la estuvieran pegando en ese momento. Dios sabe cómo se enfrentará a las cosas si tiene que ir al juzgado a prestar declaración delante de él.

Se apartó de la mesa y caminó hasta la ventana. Se quedó mirando el pueblo. Había jurado proteger a sus ciudadanos, y no descargar sus frustraciones dando una paliza a uno de ellos. Pero, a veces, le resultaba muy difícil cumplir con su deber.

—Le he facilitado la información habitual —continuó—. Grupos de terapia, asistentes sociales, refugios... Pero he tenido que insistir para que firmara la denuncia. Estaba sentada, llorando como loca, y yo me sentía muy mal por estar presionándola.

Rafe se quedó mirando su café, con el ceño fruncido.

—¿Sigues sintiendo algo por ella, Dev?

—Eso fue en el instituto.

Se esforzó, por abrir las manos, que tenía cerradas en puños, y se volvió hacia su hermano.

Casi eran gemelos; se llevaban menos de un año. Tenían los mismos rizos oscuros y la misma constitución. Pero los ojos de Devin eran más fríos, más parecidos al musgo que al jade. Y las cicatrices que tenía estaban en su corazón.

—Claro que le tengo cariño —continuó—. ¿Cómo no le voy a tener cariño? La conozco desde que éramos pequeños. No me gustaba ver lo que ese bestia le hacía, y

me sentía impotente por no poder impedirlo. Cada vez que los vecinos me llamaban para que fuera a su casa, cada vez que la veía con una marca, me decía que había sido un accidente.

—Pero esta vez, no.

—No, esta vez, no. Mi ayudante la ha acompañado a casa de su madre a buscar a los niños y a su casa, para que recoja todo lo que necesite.

—¿Sabes que se va a alojar con Regan Bishop?

—Sí, me lo ha dicho —apuró su taza de café y se sirvió otra—. En fin; ha dado el primer paso. Probablemente, es el más difícil.

Ya que no había nada más que pudiera hacer, Devin volvió a sentarse tras su escritorio e intentó cambiar de tema.

—Hablando de Regan Bishop, se rumorea que te dedicas a revolotear a su alrededor.

—¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—Si la hay, no es la primera vez que la transgredes —abrió el cajón de su mesa, sacó dos barras de caramelo y ofreció una a su hermano—. No te suelen gustar las mujeres como ella.

—Estoy cambiando de gustos.

—Ya era hora —mordió un trozo—. ¿Vas en serio?

—Llevarse a la cama a una mujer siempre es un asunto muy serio.

—¿Así que eso es todo?

—No lo sé, pero tengo la impresión de que sería un excelente comienzo.

Se volvió y sonrió cuando Regan entró por la puerta.

Se detuvo en seco, tal y como haría cualquier mujer que encontrara a dos hombres como aquellos mirándola.

—Lo siento, ¿os interrumpo?

—En absoluto —dijo Devin, levantándose—. Siempre es un placer verte.

Rafe miró a su hermano y puso una mano en el hombro de Regan.

—Me la pido —dijo a modo de advertencia.

—Disculpa —dijo Regan, echándose hacia atrás—. No te he oído bien, ¿has dicho «me la pido»?

—En efecto.

Mordió un trozo de caramelo y le ofreció el resto. Cuando Regan lo apartó indignada, se encogió de hombros y se lo comió.

—De todas las cosas ridículas e indignantes que he visto en mi vida... Eres un hombre adulto, y estás aquí, comiendo bastones de caramelo y diciendo «me la pido» como si yo fuera la última chocolatina del congelador.

—Si hubieras crecido con tres hermanos, como yo, entenderías que hay que pedirse las cosas rápidamente —para demostrarlo, le dio un beso en los labios—. Tengo que irme. Hasta otra, Dev.

Esforzándose por no reír, Devin se aclaró la garganta. Transcurrían los segundos, y Regan seguía con la vista clavada en la puerta que había cerrado Rafe.

—¿Quieres que lo detenga? —preguntó Devin.

—¿Tienes instrumentos de tortura en las celdas?

—Me temo que no. Pero una vez le rompí un dedo cuando éramos pequeños. Supongo que podría volver a hacerlo.

—No importa —dijo, decidiendo que ya se encargaría de él personalmente más adelante—. He venido a preguntarte si has detenido a Joe Dolin.

—Rafe ha venido por el mismo motivo.

—Debí imaginarlo.

—¿Quieres un café?

—No, gracias, no tengo tiempo. Sólo quería preguntarte eso, y si debo tomar alguna precaución, ya que Cassie y los niños se van a quedar en mi casa.

Devin la calibró en silencio. La conocía de pasada, desde hacía tres años. Le caía bien, y había charlado con ella en algunas ocasiones. Ahora veía lo que había atraído a su hermano. Tenía sangre fría y sentido común, pero también estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de ayudar a los demás.

Se preguntó si Rafe comprendería el cambio que podía experimentar su vida con aquella combinación.

—¿Por qué no te sientas un momento? —insistió—. Tengo bastantes cosas que decirte.

Capítulo 5

EL LUNES por la mañana, Regan se levantó temprano, con una canción en los labios. En unas horas enviaría los primeros muebles a la casa de la colina. Después de cobrar, invertiría el dinero en una subasta que se iba a celebrar aquella tarde en Pennsylvania.

Aquella ocasión justificaba que no abriera la tienda en todo el día.

Cargó y encendió la cafetera y colocó las tostadas en la tostadora. De repente, oyó un ruido a sus espaldas y se volvió sobresaltada.

—Oh, Connor —dijo riendo—. Me has dado un susto.

—Lo siento.

El muchacho era delgado y pálido. Tenía unos enormes ojos del color de la sombra. Los ojos de su madre, pensó Regan, sonriendo.

—No pasa nada. Pensé que todos estabais durmiendo. Es muy temprano. ¿Quieres desayunar?

—No, gracias.

Contuvo un suspiro. No era normal que un niño de ocho años fuera tan considerado. Levantó una ceja y cogió una caja de sus cereales favoritos y la agitó.

—¿No te quieres tomar un tazón conmigo? El niño sonrió con tanta timidez que Regan sintió que se le encogía el corazón.

—Bueno, ya que vas a abrirla...

—¿Por qué no vas sacando la leche de la nevera? —le dolió observar el cuidado con que el niño llevaba a cabo una tarea tan sencilla—. He oído por la radio que va a nevar. Es posible que caiga una buena nevada.

Cogió los tazones y las cucharas y los dejó en la mesa. Cuando alargó un brazo para acariciar su pelo revuelto, Connor se quedó paralizado. Maldijo a Joe Dolin, pero no dejó de sonreír.

—Seguro que mañana no abren el colegio —comentó.

—Me gusta ir al colegio —dijo el niño, mordiéndose el labio.

—A mí también me gustaba mucho —dijo, dispuesta a mostrarse alegre—. Siempre me ale-

graba tener algún día libre de vez en cuando, pero la verdad es que me gustaba estudiar. ¿Cuál es tu asignatura favorita?

—La lengua. Me gusta escribir cosas.

—¿De verdad? ¿Qué cosas escribes?

—Historias —se encogió de hombros y bajó la vista—. Tonterías.

—Estoy segura de que no son tonterías —dijo con la esperanza de no cometer un error adentrándose en un territorio que tal vez debería dejar a los psicólogos—. Deberías estar orgulloso. Sé que tu madre está muy orgullosa de ti. Me ha dicho que ganaste un premio en el colegio por un relato.

—¿Te lo ha dicho?

Se debatía entre sonreír y volver a bajar la cabeza. Pero Regan le había puesto la mano en el rostro. Le gustaba sentir aquella mano cálida. Sus ojos se empañaron antes de que pudiera evitarlo.

—Mi madre llora por la noche.

—Ya lo sé, cariño.

—Siempre estaba pegándola. Lo sabía. Los oía. Pero nunca hice nada para que dejara de pegarla. Nunca la ayudé.

—No es culpa tuya —lo subió a su regazo y lo abrazó—. No podrías haber hecho nada.

Pero ahora los tres estáis a salvo, y podréis cuidaros mutuamente.

—Lo odio.

—Ssssss.

Anonadada ante la intensidad de la cólera que podía sentir una persona tan pequeña, Regan apretó los labios contra su cuello.

En el pasillo, Cassie dio un paso atrás. Se quedó un momento mirando, tapándose la boca con la mano. Después volvió a la pequeña habitación de invitados para despertar a su hija y mandarla al colegio.

Regan llegó a la casa de los Barlow delante del camión de mudanzas que había contratado. El alegre ruido de las obras la saludó cuando abrió la puerta. Nada podría haber mejorado más su humor.

El vestíbulo estaba cubierto de trapos y andamios, pero las telarañas habían desaparecido. El polvo que ahora cubría el suelo era fresco, y en cierto modo, limpio.

Suponía que era una especie de exorcismo. Sorprendida por la idea, contempló la escalera. Para hacer la prueba, empezó a subir.

El punto frío la sobresaltó, haciendo que descendiera dos escalones. Se quedó en pie, con una mano en la barandilla y otra en el estómago, debatiéndose por recuperar el aliento que le había robado el aire helado.

—Qué valor tienes —murmuró Rafe tras ella. Aunque seguía teniendo los ojos muy abiertos por la impresión, se volvió para mirarlo.

—Me preguntaba si habrían sido imaginaciones mías. ¿Cómo suben y bajan los obreros sin...?

—No todo el mundo lo siente. Supongo que los que lo notan aprietan los dientes y piensan en la nómina —subió un par de escalones para cogerla de la mano—. ¿Y tú?

—No me lo habría creído si no lo hubiera vivido por mí misma —dejó que Rafe la llevara a la planta baja sin protestar—. Cuando abras, esto provocará interesantes conversaciones entre tus huéspedes.

—Cuento con ello. Puedes quitarte el abrigo. Ya funciona la calefacción de esta parte de la casa. Está muy baja, pero sirve para quitar el hielo.

—Ya lo veo —dijo complacida, echándose el pelo hacia atrás—. ¿Qué se cuece por arriba?

—De todo un poco. Estoy instalando un baño nuevo. Quiero que me consigas una bañera con

patas, y un lavabo de la época. Supongo que me conformaré con reproducciones si no tienes la suerte de encontrar piezas originales.

—Dame unos días —se frotó las manos, no a causa del frío, sino por los nervios—. ¿Me vas a enseñar los adelantos, o tendré que ponerme de rodillas?

—Claro que te los voy a enseñar.

Estaba deseoso de mostrar a Regan sus logros. Llevaba todo el día mirando por la ventana cada cinco minutos, con la esperanza de verla llegar. Pero ahora que la tenía frente a sí se sentía nervioso. Había trabajado sin cesar durante una semana, invirtiendo entre doce y catorce horas al día, para hacer que aquella habitación quedara perfecta.

—Creo que la pintura queda muy bien. Forma un bonito contraste con la cenefa y el suelo. Me ha costado un poco instalar las ventanas, pero al final lo he conseguido.

Regan no habló. Durante un momento, se limitó a contemplar el salón desde el umbral. Después, lentamente, entró en la estancia.

Estaba preciosa. Las altas y elegantes ventanas, con sus graciosos arcos, iluminaban el suelo de pino antiguo recién acuchillado. Las paredes tenían un tono de azul cremoso, que contrastaba con el ribete labrado de color marfil.

Había convertido el asiento de la ventana en una preciosa hornacina, y había limpiado el mármol de la chimenea hasta hacerlo resplandecer. La moldura del techo florecía con . delicados dibujos que habían sido suavizados por el paso del tiempo.

—Necesita muebles, cortinas, y ese espejo que elegiste para colocar encima de la chimenea —dijo Rafe, deseando oír algún comentario de Regan—. Aún tengo que

arreglar la puerta —se metió las manos en los bolsillos—. ¿Qué ocurre? ¿Se me ha pasado por alto algún detalle fundamental?

—Es absolutamente maravilloso —dijo Regan, saliendo de su mutismo, mientras pasaba el dedo por el marco de una ventana—. Perfecto. No me di cuenta de que se te dieran tan bien las reformas —rió nerviosa y se volvió hacia él—. Espero que no te lo hayas tomado como un insulto.

—Tranquila. La verdad es que yo mismo me sorprendí la primera vez que me di cuenta de que servía para construir algo.

—Es más que eso. Has devuelto la vida a esta casa. Deberías estar orgulloso.

Rafe se dio cuenta de que se sentía emocionado y algo cohibido.

—Es un trabajo. Sólo se necesitan unas herramientas y buen ojo.

Regan ladeó la cabeza, y Rafe miró el sol que atravesaba la ventana para arrancar brillos dorados a su pelo. Se le hizo la boca agua, y después se le secó.

—Jamás esperé de ti una demostración de modestia —comentó Regan—. Te debes haber matado a trabajar para conseguir tanto en tan poco tiempo.

—Tenía mal aspecto, pero no estaba tan mal.

—Has hecho algo increíble —murmuró, dando una vuelta completa para contemplar el resultado—. Verdaderamente increíble.

Antes de que Rafe pudiera comentar nada, Regan estaba a cuatro patas, pasando las manos por el suelo.

—Brilla como un espejo. ¿Qué has usado para el suelo? ¿Cuántas capas has puesto? --como Rafe no respondía, se sentó en el suelo—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué me miras con esa cara?

—Ponte de pie.

Cuando Regan se levantó, Rafe se mantuvo a cierta distancia. No se atrevía a tocarla en aquel momento. Si lo hiciera, no sería capaz de detenerse nunca.

—Quedas muy bien aquí. Deberías verte. Encajas perfectamente. Eres tan perfecta e impecable como esta habitación. Te deseo tanto que sólo puedo verte a ti.

El corazón de Regan dio un vuelco.

—Me vas a hacer tartamudear otra vez. Tenía que hacer un esfuerzo consciente para respirar.

—¿Cuánto tiempo me vas a hacer esperar? No somos niños, y deberíamos tener edad suficiente para ser razonables.

—Eso de razonable me suena a discurso de beata. Desde luego, el sexo tiene que ser responsable, pero no tiene nada de razonable.

La idea del sexo como algo completamente irracional hizo que se despertaran todos los nervios del cuerpo de Regan.

—No sé cómo tratarte —prosiguió—. No sé qué hacer con la forma en que me haces sentir. Normalmente se me da bien enfrentarme a las situaciones. Supongo que tendremos que hablar sobre esto.

—Supongo que tú lo necesitas. Yo he dicho lo que tenía que decir.

Increíblemente frustrado, furioso con su propia respuesta ante ella, se volvió

hacia la ventana.

—Tu camión está aquí —le dijo—. Tengo que subir a trabajar. Pon las cosas donde te parezca.

—Rafe... —dijo Regan, alargando la mano. Él la detuvo, dejándola congelada antes de que llegara a rozar su brazo.

—Estoy segura de que no quieres tocarme ahora —dijo en tono frío y controlado—. Sería un error, y no te gusta cometer errores.

—Eso no es justo.

—¿De dónde has sacado que soy justo? Pregunta a cualquiera que me conozca. Tienes el cheque encima de la repisa de la chimenea.

Furiosa, Regan corrió al vestíbulo detrás de él.

—¡MacKade!

Rafe se detuvo y se giró para mirarla.

—¿Sí?

—Me da igual lo que piensen o digan los demás. Si por mí fuera, nunca te habrías acercado a mí —alzó la vista cuando un obrero curioso asomó la cabeza por la escalera—. Tomaré mi decisión cuando me parezca a mí que ha llegado el momento —añadió, abriendo la puerta a los trabajadores que llevaban los muebles—. Pregunta a quien quieras.

Cuando se volvió para mirarlo, Rafe había desaparecido, como uno de sus fantasmas.

Había estado a punto de estropearlo todo, pensó Rafe más tarde. No sabía muy bien por qué había reaccionado así. Normalmente, no se mostraba furioso y exigente con las mujeres. Tal vez aquél era el problema.

Siempre le había resultado muy fácil conseguir las.

Le gustaban las mujeres. Siempre le habían gustado. Le gustaba su aspecto, su forma de hablar, su olor. Eran suaves, cálidas y fragantes, y le parecían uno de los aspectos más interesantes de la vida.

Frunciendo el ceño, puso otra paletada de cemento y la alisó.

Las mujeres eran importantes. Le gustaba estar con ellas. Y desde luego, también le gustaba mucho el sexo.

A fin de cuentas, era humano.

Las casas eran importantes, pensó mientras aplicaba otra capa de cemento. Repararlas le resultaba satisfactorio. Le gustaba utilizar sus propias manos para convertirlas en algo dura-

dero. Y el dinero que obtenía al final también le parecía satisfactorio.

Una persona tenía que comer.

Pero jamás se había topado con una sola casa que fuera tan importante para él como aquélla.

Y jamás se había topado con una sola mujer que fuera tan importante para él como Regan.

Además, sabía que lo haría picadillo si supiera que la estaba comparando con un

montón de piedras.

Dudaba que Regan comprendiera que aquélla era la primera vez en su vida que se concentraba tanto en algo y en alguien.

La casa lo había cautivado desde siempre. A Regan no la había visto en su vida hasta un mes atrás. Pero ahora, las dos se habían metido en su sangre. No exageraba cuando le dijo que sólo la veía a ella. Lo tenía hechizado, igual que los incansables fantasmas hechizaban las habitaciones y los pasillos.

Cuando la vio por primera vez, se volvió loco de deseo. Suponía que podría conquistarla. Pero aquélla era la primera vez que el deseo se mezclaba con las emociones, y no estaba muy seguro de lo que hacía.

Se dijo que debía aminorar el paso. Si Regan quería espacio, tendría que concedérselo. Tenía tiempo de sobra. Además, aquel encuentro no había sido de los que cambian la vida. Tal vez Regan fuera única; tal vez fuera más intrigante de lo que parecía. Pero, a fin de cuentas, sólo era una mujer.

Oyó los lamentos y sintió un golpe de aire helado. Dejó la espátula en el cubo.

—Sí, sí, te oigo —murmuró—. Espero que te acostumbres a tener compañía, porque no pienso irme de aquí.

Una puerta se cerró de golpe. Ahora le divertían aquellas representaciones continuas. Pasos, crujidos, susurros y lamentos. Era casi como si él formara parte de todo aquello. Decidió que era el conservador. Hacía la casa habitable para los que no podían marcharse nunca.

Pensó que era una pena que ninguno de los residentes permanentes hiciera jamás una aparición. Sería toda una experiencia poder verlos además de oírlos. Un escalofrío involuntario subió por su espalda, como si unos dedos recorrieran su columna.

Además de oírlos y sentirlos, rectificó.

Unos pasos sonaron por el pasillo cuando empezó a aplicar la siguiente capa. Para su sorpresa, se detuvieron justo en la puerta. Vio el picaporte que empezaba a bajar un momento antes de que se apagara la lámpara con que trabajaba, sumiéndolo en la oscuridad.

Habría sido capaz de hacer cualquier cosa antes de reconocer que su corazón se detuvo. Murmuró una maldición y se frotó las manos, repentinamente sudorosas, en los pantalones. Avanzó a ciegas hacia la puerta, que se abrió de golpe, golpeándolo en la cara.

Ahora no murmuraba maldiciones; las gritaba. El golpe le había hecho daño, y su nariz había empezado a sangrar.

Oyó el grito y vio la figura fantasmagórica entre las sombras del vestíbulo. Sin dudarlo, se abalanzó sobre ella como una bala. El fantasma que le había hecho sangre se las iba a pagar.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que se debatía entre sus manos era un ser humano, y unos segundos más en reconocer el olor.

Lo había hechizado por completo, pensó con amargura.

—¿Qué demonios haces?

—¿Rafe? —gimió, alzando los brazos en la oscuridad para golpearlo en la barbilla antes de conseguir abrazarlo—. Dios mío, qué susto me has dado. Pensé que... No sé. Así que eras tú.

—Lo que queda de mí. ¿Qué haces aquí?

La apartó un poco para mirarla. La lámpara que había colgada en la parte superior de la escalera alcanzaba a iluminar débilmente su piel pálida y sus enormes ojos.

—He comprado unas cuantas cosas en una subasta, y he pensado que... ¡Estás sangrando!

—No me digas —se pasó la mano por debajo de la nariz—. Por lo menos, creo que no me la has vuelto a romper. Aunque te ha faltado poco.

—Yo... ¿Te he golpeado con la puerta? Lo siento. Toma —dijo, entregándole un pañuelo—. Lo siento muchísimo —repitió, limpiándole ella misma la sangre—. Estaba... No me di cuenta.

Indefensa, intentó ocultar una carcajada o un hipo. Al final, no pudo contenerse. Se llevó las manos al estómago y rompió a reír.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—Lo siento, no puedo evitarlo. Pensé que... No sé qué pensé. Los oí, o la oí, o lo que sea. Subí para ver si se veía algo, y, de repente, te abalanzaste sobre mí.

—Tienes suerte de que no te haya dado un puñetazo.

—Ya lo sé, ya lo sé.

La miró con los ojos entrecerrados, mientras se retorció de risa.

—Es más, tienes suerte de que no te lo dé ahora.

—Ayúdame a levantarme —dijo, frotándose los ojos—. Tenemos que detener la hemorragia.

—No te preocupes por mí —dijo, cogiéndola de la muñeca para levantarla sin mucha delicadeza.

—¿Te he asustado? —preguntó Regan, intentando sonar amable.

—No digas tonterías.

—Pero oíste... Lo oíste, ¿verdad?

—Desde luego, claro que lo oí. Se oye durante toda la noche, y de día, de vez en cuando.

—¿Y no te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme? —preguntó, intentando mirarla con desdén—. También es su casa.

—Supongo que sí.

Miró a su alrededor. La cocina estaba muy destartada. Habían instalado una pequeña nevera, una cocina de la que sólo funcionaban dos hornillos, y una puerta sobre caballetes que hacía las veces de mesa. Rafe fue directamente al fregadero y abrió el grifo de agua fría. Se inclinó y se lavó la cara. Regan dobló las manos, adoptando una pose avergonzada.

—Lo siento muchísimo, Rafe. ¿Te duele?

—Sí.

Cogió un trapo y se secó el rostro. Sin decir otra palabra, abrió la nevera y sacó una cerveza.

—Ha dejado de sangrar.

Abrió la botella y vació un tercio de un trago. Regan decidió que, dadas las circunstancias, podía intentarlo de nuevo.

—No vi tu coche. Por eso no pensé que hubiera nadie aquí.

—Me ha traído Devin —dijo Rafe, considerando que, dadas las circunstancias, podía dejar de ser desagradable con ella—. Se supone que esta noche caerá una tormenta de nieve, así que pensé que, si traía el coche, se enterraría. Iba a quedarme a dormir, aunque siempre podría ir andando al pueblo en caso necesario.

—Supongo que eso lo explica.

—¿Quieres una cerveza?

—No, gracias. No bebo cerveza.

—Pues no nos queda champán.

—La verdad es que debería marcharme cuanto antes. Ya ha empezado a nevar. Había venido a dejar los candelabros y el juego de atizadores que he comprado. No podía esperar para verlos en su sitio.

—¿Y qué tal quedan?

—No lo sé. Lo dejé todo en el vestíbulo cuando entré y oí la... función nocturna.

—Así que decidiste salir a cazar fantasmas en vez de decorar.

—Algo parecido. En fin, pondré los candelabros en su sitio antes de marcharme. Rafe cogió su cerveza y la siguió.

—Espero que te hayas tranquilizado desde esta mañana.

—No exactamente —lo miró de reojo mientras caminaban hacia el vestíbulo—. Aunque me encuentro mejor ahora que te he hecho sangrar por la nariz, aunque haya sido sin querer. Te comportaste como un estúpido.

Rafe entrecerró los ojos mientras Regan cogía la caja que había dejado en el vestíbulo y se dirigía al salón.

—Sólo quería dejar clara mi postura. A algunas mujeres les gusta la sinceridad.

—A algunas mujeres les gustan los estúpidos. A mí no. A mí me gustan los buenos modales y el tacto. Cosas de las que careces, por supuesto —se volvió y sonrió—. Pero creo que, dadas las circunstancias, deberíamos pactar una tregua.

—¿Quién te rompió la nariz por primera vez?

—Jared, cuando éramos pequeños. Nos estábamos peleando en el granero, y él tuvo suerte.

Regan pensó que jamás comprendería por qué el amor fraternal de los MacKade incluía roturas de tabiques nasales

—¿Vas a dormir aquí? —preguntó, señalando el saco de dormir que había junto a la chimenea.

—Ahora mismo es la habitación más caldeada. Y la más limpia. ¿Cuáles son esas circunstancias que justifican la tregua?

—No dejes ahí esa botella sin un posavasos. No puedes tratar las antigüedades

como si fueran...

—¿Muebles? —interrumpió, cogiendo un posavasos de la cesta plateada—. ¿A qué circunstancias te refieres, Regan?

—Para empezar, a nuestra actual relación comercial —se desabrochó el abrigo mientras caminaba hacia la ventana—. Los dos intentamos conseguir lo mismo con esta casa, de modo que no tiene sentido que nos dediquemos a pelearnos. ¿Qué te parecen los atizadores? —preguntó, sacándolos de la caja—. Habrá que limpiarlos un poco.

—Seguro que van mejor que la barra de hierro que he estado usando.

Se metió las manos en los bolsillos y miró a Regan, que llevaba el soporte junto a la chimenea y colgaba cuidadosamente cada pieza en su sitio.

—No sé qué habrás usado, pero es una buena hoguera. Sigo buscando la pantalla protectora adecuada. Ésta no encaja bien del todo. Quedaría mejor en una de las habitaciones de arriba. Supongo que querrás arreglar todas las chimeneas.

—Sí, claro.

Se dio cuenta de que sólo hacía unas semanas que la conocía. No entendía por qué estaba tan seguro de que estaba luchando consigo misma. Iluminada por la luz de la hoguera, con la espalda completamente recta y con la cortina de pelo que ocultaba la mirada de su rostro, parecía relajada y confiada, completamente cómoda. Tal vez se trataba de la forma en que entrelazaba los dedos, o del hecho de que evitaba mirarlo. Pero estaba seguro de que estaba librando una batalla interior.

—¿A qué has venido, Regan?

—Ya te lo he dicho —respondió volviendo junto a la caja—. Tengo más cosas de la subasta en el coche, pero todavía no están terminadas las habitaciones adecuadas. Pero estos candelabros quedarán muy bien aquí. También tengo un jarrón. Deberías tenerlo siempre lleno de flores frescas.

Desenvolvió cuidadosamente dos candelabros de cristal y un jarrón, y los dispuso en el lugar adecuado.

—Los tulipanes quedarán muy bien, pero el problema es que sólo se consiguen en invierno —prosiguió, colocando en los candelabros las dos velas blancas que había llevado—. Pero también quedará muy bien lleno de gerberas, o de rosas —se obligó a sonreír antes de volverse—. ¿Qué te parece?

Sin decir nada, Rafe cogió una caja de cerillas de madera de la repisa de la chimenea y se acercó para encender las velas. Después, se quedó mirando las dos pequeñas llamas gemelas.

—Funcionan.

—Me refiero al efecto general de la habitación.

Era la excusa perfecta para apartarse de él y ponerse a recorrer la estancia.

—Está perfecta. No esperaba menos de ti.

—Yo no soy perfecta —se apresuró a responder, sorprendiéndolo y sorprendiéndose—. Me pones nerviosa cuando dices esas cosas. Siempre intenté ser perfecta, pero soy humana. No estoy cuidadosamente distribuida, como esta habitación, con cada pieza en su sitio, por más que me esfuerce. Soy un caos —se pasó

la mano por el pelo, nerviosa—. Pero antes no lo era. Antes no. No; quédate ahí —se apartó rápidamente cuando Rafe se acercó—. Quédate ahí, por favor.

Frustrada, alargó las manos, como si quisiera alejarlo. Rafe se quedó mirándola, en silencio.

—Esta mañana me asustaste —prosiguió Regan—. También me enfadé contigo, pero sobre todo, me asusté.

A Rafe no le resultaba nada fácil no tomarla entre sus brazos.

—¿Cómo?

—Nadie me había deseado nunca como tú. Sé que me deseas —se detuvo y se frotó los brazos con las manos—. Me miras como si ya supieras cómo iba a ser. Y yo no puedo controlarlo.

—Pensaba que te cedía el control al decirte que tomes tú la iniciativa.

—No, no —repitió, haciendo aspavientos—. No tengo ningún control sobre lo que siento. Tienes que saber eso. Sabes exactamente cómo afectas a la gente.

—No estamos hablando de la gente.

—Sabes exactamente cómo me afectas a mí—espetó, casi con un grito, antes de intentar recobrar la compostura—. Sabes que te deseo. ¿Por qué no iba a desearte? Como tú dijiste, somos adultos que sabemos lo que queremos. Y cuanto más me aparto, más estúpida me siento.

Los ojos de Rafe quedaban a la sombra. Regan no podía ver su expresión.

—¿Esperas que me quede cruzado de brazos mientras me dices todo eso?

—Espero ser capaz de tomar una decisión sensata y racional. No quiero que mis glándulas puedan más que mi cerebro —resopló exasperada—. Pero después te miro y me apetece arrancarte la ropa.

Rafe tenía que reír. Era la manera más segura de desactivar la bomba que tenía en su interior.

—No esperes que te pida que no lo hagas—dio un paso al frente, y Regan saltó hacia atrás como si hubiera accionado un resorte—. Espera a que me termine la cerveza. La necesito—murmuró, levantando la botella y bebiendo un largo trago—. Así que vamos a ver. ¿Qué es lo que tenemos aquí? Dos personas adultas, solteras y sin compromiso, que desean lo mismo la una de la otra.

—Y que apenas se conocen —añadió Regan—. Que apenas han arañado la superficie de cualquier tipo de relación. Que deberían tener el sentido común suficiente como para no lanzarse al sexo de cabeza como si fuera una piscina.

—Yo nunca me tomo la molestia de probar el agua.

—Yo sí. Me meto muy poco a poco —se obligó a mantener la calma y volvió a entrelazar las manos—. Para mí es importante saber exactamente dónde me estoy metiendo, a dónde voy.

—¿Nunca improvisas?

—No. Cuando planeo algo, me atengo a los planes. Así es como yo funciono —se dijo que ya se había calmado, que ya pensaba de forma racional—. He tenido mucho tiempo para pensar mientras iba en coche a Pensilvania y volvía. Tenemos que

decelerar un poco, examinar detenidamente la escena general.

Se preguntó por qué, si estaba tranquila, no podía dejar de retorcer su chaqueta y dar vueltas a sus anillos.

—Es como esta casa —continuó rápidamente—. Has terminado una habitación, y es muy bonita, es maravillosa. Pero no emprendiste este proyecto sin tener un plan completo sobre lo que vas a hacer con el resto. Creo que la intimidad se debe planear con tanto cuidado como la renovación de una casa.

—Parece razonable.

—Bien —respiró profundamente y expulsó el aire—. Por tanto, daremos unos cuantos pasos atrás para ver las cosas con mayor claridad. Es el camino más razonable y responsable.

Sus manos seguían temblando cuando cogió el abrigo.

Rafe dejó la cerveza sobre el posavasos.

—¿Regan?

—¿Sí? —preguntó, deteniéndose para mirarlo mientras caminaba hacia la puerta.

—Quédate.

Regan sintió que su cuerpo dejaba de responder. Dejó escapar todo el aire de sus pulmones, con un suspiro entrecortado.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca. Con una risa nerviosa, se lanzó a sus brazos.

Capítulo 6

ESTO ES una locura. No quería hacer esto. Sin aliento, hundió los dedos en el pelo de Rafe para atraerlo hacia sí. Todo su cuerpo se concentró en el beso, en el calor, en el peligro y en la promesa.

—No te preocupes —respondió Rafe, apartando los labios para besarla en el rostro—. Lo haré yo.

—Lo tenía todo muy bien pensado —dejó escapar una risa temblorosa—. Todo lo que acabo de decir era perfectamente razonable. Esto es sólo química. Se trata únicamente de una atracción superficial.

—Deja de pensar.

Con un movimiento rápido, le bajó la chaqueta por los hombros, dejándole los brazos aprisionados. La mirada alarmada de Regan

hizo hervir su sangre, y sus enormes ojos desconcertados incrementaban su deseo.

Con una sonrisa malévola, tiró de la chaqueta, apretando a Regan contra sí. Vio el brillo de sus ojos y oyó el gemido ahogado cuando sus bocas se juntaron. Después, sus labios bajaron por la línea de su garganta. Era tan suave y aromática como la había imaginado.

La cogió por las caderas, mientras ella echaba hacia atrás la cabeza para

ofrecerle todo lo que quisiera tomar. Respiraba entrecortadamente.

Rafe liberó sus brazos. Antes de que Regan pudiera estirarlos, él pasó las manos por debajo de su jersey, para moldear su cuerpo.

Carne y encaje, curvas y temblores. Encontró todo lo que quería y quiso más. Su boca continuó su asalto, mientras sus dedos torturaban su piel, y su piel lo torturaba.

Con un giro de muñeca, le desabrochó los pantalones y pasó las yemas de los dedos por su estremecido estómago, hasta llegar a otra pieza de encaje. Regan se apretó contra él, mordiéndole el cuello con avidez.

Podía tomarla en aquel momento, rápidamente, donde estaban. La velocidad aliviaría la terrible presión que ardía en su interior.

Pero quería más.

Le quitó el jersey, lo echó a un lado y se llenó las manos con sus senos. El sujetador que los cubría era suave y delicado, y la carne que había debajo ardía de deseo. Rafe controló el impulso de precipitarse y contempló su rostro, admirando el juego de luces y sombras en él.

—Te he imaginado así.

—Ya lo sé.

Los labios de Rafe volvieron a arquearse. Mirándola fijamente a los ojos, le bajó el tirante del sujetador.

—No creo que hayas imaginado lo que he pensado en hacer contigo. No creo que puedas. Así que te lo voy a enseñar.

Siguió observándola, midiéndola, mientras bajaba un dedo por el valle que formaban sus senos. Al llegar al cierre delantero del sujetador, lo abrió.

Vio que sus ojos azules se oscurecían con la tormenta que se desataba en su interior. Y sintió los truenos en sus cuerpos.

Regan contuvo la respiración cuando Rafe la tumbó y se puso a besarle todo el cuerpo. Arqueó la espalda, hundiendo las manos en su pelo, tirando desesperada de su camisa. Su lengua desataba en ella necesidades tan fuertes que resultaban insoportables.

Se aferró a él, frenética, y le arrancó la camisa, demasiado impaciente para buscar los botones. Estaba tendida en el suelo, con la espalda apoyada en el saco de dormir, con Rafe sobre ella.

Al final, consiguió quitarle la camisa y maldijo al encontrar otra capa de tejido que los separaba. Quería carne. Necesitaba sentir su piel. En cuanto Rafe se quitó la camiseta, Regan le clavó los dientes en el hombro.

—Tócame —le pidió con impaciencia—. Quiero sentir tus manos en el cuerpo.

De repente, las tenía por todas partes. El mundo de Regan se transformó en algo primitivo, peligrosamente excitante y lleno de sensaciones indescriptibles. Cada una de las caricias impacientes le provocaba un estremecimiento, hasta que su cuerpo se vio reducido a una masa de carne sudorosa y palpitante.

A su lado, la hoguera lanzaba llamas contra la pantalla protectora. En su interior, las llamas ardían sin protección ninguna.

Podía ver a Rafe a través de la pasión que nublaba su vista. El pelo negro, los ojos decididos, los músculos que brillaban reflejando las llamas. Gimió de protesta cuando dejó de besarla, para a continuación gemir de placer cuando empezó a bajar con los labios por su cuerpo.

Rafe se echó hacia atrás, y Regan, ciega de deseo, lo siguió, rodeándolo de forma posesiva con los brazos, buscando con los labios sabores nuevos.

—Las botas —acertó a decir Rafe.

Regan estaba a su alrededor. Su maravilloso cuerpo se apretaba contra el suyo, y lo recorría con sus manos, increíblemente elegantes.

Se quitó las botas rápidamente y las echó a un lado. Después se volvió de nuevo hacia ella.

Quería tenerla completamente desnuda, ver toda la extensión de sus largos y sedosos miembros. Quería oírla gritar su nombre y ver la expresión de sus ojos cuando estuviera consumida por el placer. Le bajó los pantalones, y con un tirón, le quitó las braguitas, destrozándolas. Antes de que pudiera empezar a protestar, se arrodilló entre sus piernas y empezó a utilizar la boca.

Al llegar al clímax, Regan sintió que se quedaba sin sentido. Balbuceó su nombre, casi entre sueños, y pidió más, casi de forma inconsciente.

Rafe le dio más. Y tomó más. Cada vez que Regan pensaba que iba a terminar, que debía terminar, Rafe encontraba algo nuevo con que sorprenderla. Sólo estaba él, su sabor, su olor, su tacto. Rodaron por el suelo en un salvaje y glorioso combate, mientras las uñas de Regan se hundían en su espalda.

Cegado por la necesidad, la cogió de las manos. Pensó que su respiración debía estar destrozando sus pulmones. Lo único que podía ver era el rostro de Regan cuando se introdujo en su interior. Un tronco crujió en la chimenea.

Se estremecieron, mirándose mientras saboreaban aquel infinito instante.

Rafe bajó la cabeza y cubrió su boca. Cuando el beso había alcanzado su punto culminante, cuando el sabor de Regan lo llenaba tanto como él la llenaba a ella, empezaron a moverse juntos.

El frío fue lo que despertó a Regan. Aunque le parecía imposible, se debía haber quedado dormida. Intentó orientarse y se dio cuenta de que tenía la espalda desnuda apoyada en el frío y duro suelo de madera. El cuerpo de Rafe estaba sobre el suyo.

Miró a su alrededor, aturdida. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, habían acabado a varios metros del fuego.

—¿Estás despierta? —preguntó Rafe con voz soñolienta.

—Creo que sí —intentó respirar profundamente y se sintió aliviada al ver que podía hacerlo—, pero no estoy segura.

Rafe levantó la cabeza y la besó en el comienzo del pecho. El cuerpo agotado de Regan se estremeció en respuesta.

—Creo que sí que estoy despierta.

—Debes tener frío —dijo, llevándola al saco de dormir—. ¿Mejor ahora?

Insegura, se tapó con el saco. Nunca había estado tan expuesta, tan desnuda en cuerpo y alma, delante de nadie.

—Me he debido quedar dormida.

—Sólo un par de minutos. Podré otro tronco en la chimenea.

La miró sonriente. Se sentía como si hubiera escalado una montaña. Y podía escalar diez más.

Se levantó, desnudo, a echar más leña a la chimenea. Regan se quedó boquiabierto al ver los arañazos de sus hombros. Se los había hecho ella. No se lo podía creer.

—Tengo que irme. Cassie debe estar preocupada.

Rafe volvió a colocar la pantalla de la chimenea. A continuación, abrió su bolsa y sacó un teléfono móvil.

—Lámala.

—No sabía que tuvieras un trasto de esos.

—No me dedico a llevarlo a todas partes, como otros. Pero en mi trabajo es una herramienta más. No suele haber teléfono en los sitios que están de obras. Lámala, y quédate.

Regan estaba segura de que había motivos por los que debía irse, pero marcó su propio número, mirando a Rafe mientras lo hacía.

—¿Cassie? Soy Regan. Sí, todo marcha bien. ¿Nieve? —se apartó el pelo de la cara, desconcertada—. Ah, sí, está nevando mucho. Por eso te llamo. Me he... liado, y creo que...

Se intentó apartar cuando Rafe bajó la esquina del saco de dormir y empezó a acariciarla.

—¿Qué? —preguntó Regan al teléfono, conteniendo un gemido—. ¿En Pennsylvania? No, no estoy en Pennsylvania.

Rafe cogió el teléfono de su mano.

—Está conmigo —dijo a Cassie—. Se va a quedar a pasar la noche. Sí, lo digo en serio. Mañana te llamaré. Hasta luego.

Apagó el teléfono y lo dejó a un lado.

Cassie dice que la capa de nieve ha alcanzado medio metro, que las calles están intransitables y que debes quedarte.

Ah —cerró los ojos y levantó los brazos—. Es muy razonable.

Cuando se despertó, las velas se habían consumido y el fuego estaba reducido a ascuas. La casa estaba tan silenciosa que podía oír los latidos de su corazón. La habitación estaba a oscuras, pero resultaba extrañamente tranquila. Tal vez los fantasmas se hubieran ido a dormir. O tal vez se sintiera cómoda con ellos porque Rafe estaba dormido a su lado.

Se volvió y estudió su rostro a la luz de las ascuas. Dormido o despierto, nunca tenía aspecto de niño inocente. Toda su fuerza seguía allí, labrada en su rostro.

Sabía que podía ser tierno y cariñoso. Lo había visto en la forma en que se comportaba con Cassie. Pero como amante era brusco y exigente.

Y, por primera vez en su vida, ella se había comportado igual.

Ahora, rodeada de silencio, le resultaba difícil creer que había hecho lo que había hecho, y que le había permitido a él que hiciera lo que había hecho.

Tenía agujetas en todo el cuerpo. Se preguntó si, a lo largo del día, se estremecería al recordar a qué se debían, si cada vez que moviera un músculo dolorido reviviría la forma en que se había estremecido bajo sus grandes manos.

Y más aún, cómo había usado ella las suyas.

Cómo quería usarlas en aquel momento.

Respiró profundamente y se apartó el brazo que Rafe apoyaba sobre su cuerpo. Se movió en silencio, dispuesta a coger la camisa de Rafe para cubrirse. Mientras se la abrochaba, caminó hacia la cocina.

Se dijo que necesitaba beber un vaso de agua fría y tener unos momentos para evaluar la situación.

Cogió un vaso y lo llenó en el fregadero. Mientras sus ojos se ajustaban, miró por la ventana la nieve que caía.

No se arrepentía. Arrepentirse sería una estupidez. El destino había puesto un amante extraordinario en su camino. La clase de hombre con que pocas mujeres se topaban. Podía y debía sentirse satisfecha con el placer físico, pero también podía y debía evitar que complicase su vida.

Como bien había dicho Rafe, los dos eran adultos. Los dos sabían lo que querían. Probablemente, cuando la casa estuviera acabada, Rafe se iría para enfrentarse a un nuevo reto. Mientras tanto, disfrutarían el uno del otro. Y cuando acabara, no habría reproches. También quería creer que seguirían siendo amigos.

Probablemente, lo mejor sería que discutiera con él sus expectativas, o la falta de ellas, antes de que las cosas llegaran más lejos. Pero no soportaba la idea de decir aquello en voz alta.

Rafe la miraba desde el umbral. Estaba de pie, apoyada en el fregadero, con la vista clavada en la ventana. Su rostro se reflejaba en ella. Llevaba puesta su camisa, que le quedaba por los muslos. El contraste de la franela desgastada con su piel inmaculada resultaba arrebatador.

Se dio cuenta de que en toda su vida había visto nada tan bello. Tenía las palabras para decírselo; siempre había sido muy elocuente. Pero se dio cuenta de que en aquella ocasión carecían de significado. Nada parecía suficiente para decirle cuánto le importaba.

De modo que eligió las palabras más fáciles y despreocupadas, sin prestar atención al dolor que se apoderaba de su corazón.

—Me gusta tu vestido, cariño.

Regan dio un salto, y estuvo a punto de tirar el vaso. Rafe se había puesto los pantalones, pero no se había tomado la molestia de abrochárselos. Estaba apoyado en el marco de la puerta, sonriendo.

—Es muy práctico —respondió Regan con el mismo tono.

—Esa camisa nunca me ha parecido tan bonita. ¿No podías dormir?

—Tenía sed —mintió, mientras dejaba el vaso lleno en el fregadero—. Supongo que me despertó el silencio. ¿No te parece extraño el silencio que hay?

—La nieve amortigua los sonidos.

—No, me refiero a la casa. Parece distinta. Más tranquila.

—Incluso los cabos muertos y las mujeres infelices tienen que dormir de vez en cuando —cruzó la habitación para coger el vaso y beber un trago—. Casi está amaneciendo. Una vez, mis hermanos y yo pasamos una noche aquí, cuando éramos pequeños. Creo que ya te lo había dicho.

—Sí. Jared se dedicaba a hacer ruidos, y pasasteis la noche contando historias de miedo y fumando cigarrillos robados.

—Exactamente. El caso es que entré en la cocina. También estaba amaneciendo, pero era verano. Todo estaba tan verde, y los bosques estaban tan densos, que resultaban muy misteriosos. El suelo estaba cubierto de bruma, como si fuera un río. Era muy bonito, y pensé...

—Se detuvo, encogiéndose de hombros.

—Sigue. ¿Qué pensaste?

—Pensé que podía oír los tambores, el sonido de los soldados acampados que se preparaban para la batalla. Podía oler el miedo, la excitación, el horror. Pensé que podía oír cómo la casa se despertaba a mi alrededor, los susurros y los ruidos. Estaba petrificado, paralizado. Si hubiera podido moverme, me habría ido corriendo. Mis hermanos me lo habrían restregado por las narices durante años, pero si mis piernas se hubieran querido mover, habría huido como un conejo.

—Sólo eras un niño.

—Eso era lo peor. Tenía algo que demostrar. Había pasado toda la noche en la casa, sin asustarme. Y de repente, cuando ya estaba amaneciendo, me moría de miedo. Cuando todo pasó, me quedé mirando por la ventana, y pensé que una casa no podría conmigo. Que nada podría conmigo. Tal vez la compré para demostrármelo —sonrió y dejó el vaso—. No sé cuántas veces vine aquí solo, después de aquello. Esperaba que ocurriera algo, deseaba que ocurriera, para demostrarme que lo soportaba. Recorrí todas las habitaciones de la casa. Oí cosas, vi cosas, sentí cosas. Cuando me marché de aquí, hace diez años, me prometí que volvería.

—Y ahora la casa es tuya.

—Sí —la miró algo cohibido—. Nunca le había contado eso a nadie.

—Entonces, yo tampoco lo repetiré —le acarició la mejilla—. Sean cuales sean tus razones, estás haciendo algo importante. Esta casa ha estado abandonada durante demasiado tiempo.

—¿Te ha dado miedo quedarte a pasar aquí la noche?

—No. No por la casa.

—¿Y por mí? —preguntó levantando una ceja.

—Sí. Tú sí que me das miedo.

El humor desapareció de sus ojos.

—He sido demasiado brusco.

—No es por eso —dijo, poniendo el hervidor en el hornillo para tranquilizarse—. Nunca he estado con nadie como estuve contigo anoche. Tan descontrolada, tan... ávida. Me sorprende un poco cuando lo pienso, y... bueno.

Dejó escapar el aire de los pulmones y se puso a buscar algo para preparar un café.

—¿Estás sorprendida? Vaya, lo siento.

—No lo sientas, Rafe —se esforzó por volverse y mirarlo a los ojos—. No tienes por qué sentirlo. Simplemente, estoy un poco inquieta, porque sé exactamente qué puedes hacer conmigo. Sabía que estaría bien hacer el amor contigo, pero no sabía que fuera tan... turbador. No hay nada en ti ordenado o previsible. Y a mí me gustan las cosas ordenadas y previsibles.

—Te deseo ahora. Eso era previsible.

—Me da un vuelco el corazón —acertó a decir—. Sí, literalmente, me da un vuelco cuando dices esas cosas. Pero yo necesito que mi mundo sea ordenado —abrió la lata del café y midió cuidadosamente las cucharadas, como para demostrarlo—. Supongo que tus empleados empezarán a llegar dentro de una hora, más o menos. No creo que éste sea el mejor momento para hablar.

—Nadie va a venir hoy. Hay más de un metro de nieve.

—Oh.

Le tembló la mano y dejó caer un poco de café molido en la cocina.

—Estamos atrapados aquí, cariño. Puedes hablar todo lo que quieras.

—Bueno —se aclaró la garganta y volvió a mirarlo—. Creo que es mejor que los dos entendamos una serie de cosas.

—¿Qué cosas?

Regan se sintió furiosa consigo misma por dudar.

—Todo lo que no acabamos de discutir anoche. El hecho de que lo que tenemos es una aventura puramente física y mutuamente satisfactoria, sin ataduras ni...

—¿Complicaciones?

—Eso es —respondió, asintiendo aliviada—. Exactamente.

Sorprendido por sentirse enfadado ante una descripción tan fría, a pesar de que en teoría reflejaba sus propios deseos, se rascó la cabeza.—Es bastante ordenado, a tu gusto. Pero si eso significa que tienes intención de salir con alguien más, las cosas se desordenarán bastante cuando me dé un ataque de celos.

—De todas las ridiculeces...

—Y deja de...

—¡Cállate! —resopló furiosa—. No tengo intención de salir con nadie más mientras dure lo nuestro, pero si...

—Será mejor que lo dejemos ahí —interrumpió Rafe—. Digamos simplemente que tenemos una relación física exclusiva mutuamente satisfactoria. ¿Te parece bien?

Más tranquila, Regan se volvió y llenó el filtro de agua hirviendo.

—Sí, muy bien.

—Eres una obra de arte, Regan. ¿Quieres que firmemos el contrato por

triplicado?

—Sólo quiero estar segura de que los dos esperamos lo mismo —se concentró en cubrir el café molido con agua, a conciencia—. No hemos tenido tiempo para conocernos bien. Ahora somos amantes. No quiero que pienses que pretendo nada más.

—¿Y si yo pretendo algo más? Los dedos de Regan se quedaron blancos. Apretaba con fuerza el mango del hervidor.

—¿Pretendes algo más? Rafe se apartó de ella y se quedó mirando por la ventana.

—No.

Regan cerró los ojos, diciéndose que se sentía aliviada al oír aquella respuesta. Sólo aliviada.

—Entonces, no hay ningún problema.

—No, todo está muy claro. No quieres romanticismo, así que me ahorras los problemas. No quieres promesas, así que no tengo que mentir.

Los dos queremos acostarnos juntos. Eso simplifica las cosas.

—Me gusta acostarme contigo —dijo Regan, complacida con su tono despreocupado—, pero si no me gustaras, no habríamos llegado a tanto. He deseado a otros hombres.

Rafe le apartó el pelo de la cara.

—Ahora intentas enfurecerme.

El hecho de que no pudiera entender lo difícil que resultaba para ella ser clara y simplificar las cosas le permitía actuar con naturalidad. Extrañamente, no le costaba ser sincera con él.

—Sólo era un cumplido. No habría venido anoche, con la esperanza de encontrarte aquí, si no me cayeras bien.

—Viniste a dejar unos candelabros.

Regan no se había dado cuenta nunca de que la sinceridad sexual pudiera ser tan divertida.

—Eres idiota —dijo, sirviendo el café—. No te tragarías eso, ¿verdad?

Intrigado, Rafe cogió la taza que le ofrecía.

—Sí, me lo tragué.

—Tonto.

—Tal vez no me gusten las mujeres retorcidas y agresivas.

—Te encantan. De hecho, tienes la esperanza de que te seduzca ahora mismo.

—¿Eso crees?

—Lo sé. Pero antes me quiero tomar el café. Rafe la contempló. Era impecable y delicada hasta cuando bebía.

—Tal vez sólo quiera que me devuelvas la camisa. No me preguntaste si podías usarla.

—Muy bien —dijo, desabrochándosela con una mano—. Cógela.

Rafe le quitó el café y dejó las dos tazas a un lado. Regan rió mientras la llevaba en brazos por el pasillo. De repente, se abrió la puerta de la casa, dejando pasar el frío. En el umbral había una figura cubierta de nieve.

Shane se quitó la capucha y se sacudió como un perro.

—Hola —dijo sin inmutarse—. Tienes el coche casi enterrado en la nieve, Regan.

—Oh —se apresuró a cerrarse la camisa e intentó imitar su tono normal—. Ha nevado mucho.

—Casi un metro. Supuse que te vendría bien que te ayudara a sacarlo.

—¿Te parece que quiero que alguien me rescate? —preguntó Rafe indignado, entrando en

el salón y dejando a Regan en el sofá—. Quédate ahí.

—¡Rafe! —protestó, intentando bajarse la camisa para cubrirse las piernas—. ¡Por favor!

—Quédate ahí —repitió, volviendo al vestíbulo.

—¿Habéis hecho café? —preguntó Shane, olfateando el aire—. Sí, gracias.

—Dame un motivo para que no te rompa el cuello.

Shane se quitó los guantes y se frotó las manos heladas.

—Que he venido hasta aquí en mitad de una tormenta porque pensé que estabas en apuros —se inclinó, pero no pudo ver el interior del salón—. ¡Qué piernas tiene!

—¿Dónde quieres morir?

—Sólo era un comentario —dijo, sonriendo—. Oye, ¿cómo lo iba a imaginar? Pensé que estabas atrapado aquí y que no tenías forma de volver. Solo. Después, cuando vi el coche de Regan, pensé que tal vez ella tampoco pudiera salir. Creo que voy a preguntarle si quiere que la lleve.

—Da un paso más y no encontrarán tu cuerpo hasta la primavera.

—Si gano, ¿me la puedo quedar? —estalló en una carcajada al ver el rostro indignado de Rafe—. Oye, no me pegues. Estoy congelado y me rompería.

Murmurando amenazas, Rafe cogió a su hermano por el cuello del abrigo y lo llevó a la cocina. Una vez allí, le ofreció la cafetera.

—Me voy —anunció Shane, bebiendo directamente de la jarra—. Hace una ventisca horrible —volvió a beber, agradecido por el calor—. No tenía intención de irrumpir en vuestro nidito de amor. Oye, ¿va en serio lo vuestro?

—Ocúpate de tus asuntos. Shane dejó la jarra de la cafetera encima de la mesa.

—Tú siempre has sido asunto mío. Y Regan me cae muy bien. Lo pregunto en serio.

—¿Y qué?

—Y nada —se cambió de posición, algo cohibido—. Me gusta, siempre me gustó. Había pensado en...

Decidió que sería mejor que no siguiera y se puso a silbar, mirando a otro lado.

—¿En qué habías pensado? Shane se pasó la lengua por los dientes, con precaución. Quería conservarlos todos.

—En lo que tú piensas que había pensado. No tienes más que mirarla. ¿En qué crees que pensaría cualquier hombre? Lo único que hice fue pensar. No me puedes reprochar que piense —levantó las manos—. Lo que quiero decir es que enhorabuena. Te llevas a la mujer más interesante del pueblo.

—Sólo nos hemos acostado juntos. Eso es todo.

—Por algún sitio hay que empezar.

—Ella es distinta, Shane. No sé en qué consiste, pero es muy distinta. Me importa mucho.

No lo había querido reconocer ante sí mismo, pero no le costó trabajo confesárselo a su hermano.

—Todo el mundo tiene que caer tarde o temprano —dijo, dando una palmada con su mano helada en el hombro desnudo de Rafe—. Hasta tú.

—Yo no he dicho nada de caer —murmuró. Sabía lo que aquello significaba. Enamorarse. Estar enamorado.

—No era necesario. Mira; pasaré con la máquina quitanieves, por si acaso. ¿Tenéis comida?

—Sí, de sobra.

—Entonces, me voy. Se supone que dejará de nevar a media mañana. Tengo que cuidar de los animales, así que, si necesitas algo, llama antes a Devin.

—Gracias. Pero como te atrevas a mirar el salón mientras sales, tendré que matarte.

—Ya le he visto las piernas —dijo, saliendo al vestíbulo—. Hasta luego, Regan.

En cuanto oyó que la puerta se cerraba, Regan apretó la cara contra las rodillas. Le temblaban los hombros. Al entrar en el salón, Rafe hizo un gesto de extrañeza al encontrarla en aquella postura defensiva.

—Lo siento, cariño. Debería haber cerrado la puerta —se sentó a su lado—. Shane no es un idiota a propósito. Nació así. No pretendía hacer nada malo.

Regan emitió un sonido estrangulado, y cuando levantó la cabeza, las lágrimas corrían por sus mejillas. Estaba llorando de risa.

—¿Te imaginas la cara que habría puesto cualquiera que nos viera a los tres en el vestíbulo? —dijo entre carcajadas—. Tú y yo medio desnudos, y Shane disfrazado de abominable hombre de las nieves.

—¿Te parece gracioso?

—No. Me parece divertidísimo —respondió, sin dejar de reír—. Los hermanos MacKade. ¡Dios mío, en qué lío me he metido!

Encantado con ella, la abrazó fuertemente.

—Devuélveme mi camisa, querida, y te lo enseñaré.

Capítulo 7

REGAN ESTABA junto al fuego, durmiendo en el saco. La hoguera crepitante le calentaba el rostro y el brazo que tenía fuera. Suspiró y se volvió junto a su amante, soñolienta.

Sus sueños eran casi tan eróticos como la realidad de la hora anterior, bastante vívidos para hacer que deseara su contacto. Cuando se encontró con que estaba sola,

volvió a suspirar, decepcionada.

El fuego estaba encendido, por lo que sabía que Rafe había vuelto a cargar la chimenea antes de marcharse. La habitación estaba en absoluto silencio, interrumpido sólo por el tictac del reloj de pared. Estaba rodeada de pruebas de las actividades de la noche anterior. Las ropas quitadas apresuradamente cubrían el suelo. En una esquina, se encontraban los restos de sus braguitas, y en otra, las botas de Rafe. Y también tenía pruebas dentro de sí. Se estiró, sintiendo el calor del deseo.

Deseaba que Rafe estuviera allí, para poder acariciarla como había acariciado el fuego.

No dejaba de sorprenderse cada vez que se daba cuenta de que podía ser tan apasionada.

Se incorporó. Nunca había sido parecido a aquello. Las relaciones físicas siempre habían ocupado un lugar muy bajo en su escala de valores. Se preguntaba si, después de su reciente conducta, Rafe creería que se consideraba una persona insegura y algo tímida en la cama.

Bostezó, cogió su jersey y se lo puso.

Decidió que, tratándose de él, sería mejor que no le dijera nada.

Era una pena que no pudiera culpar de su ardiente respuesta al celibato que había mantenido durante unos años. Tenía la impresión de que su libido había cobrado vida en el momento en que Rafe se acercó a ella. Pero no podía atribuir aquello a la abstinencia.

Rafe había cambiado su vida con sólo cruzarse en su camino. Estaba segura de que, para ella, nunca volvería a ser lo mismo una velada frente a la chimenea. Dudaba que pudiera volver a mirar nada de la misma forma que antes, ahora que sabía de qué era capaz con la persona adecuada.

Lo que no sabía era cómo podía una mujer volver a su tranquila y apacible vida después de probar a Rafe MacKade. Aquél era un problema del que tendría que ocuparse algún día, en el futuro.

Por el momento, lo único que quería era encontrarlo.

Empezó a recorrer la casa, calzada sólo con los calcetines. Rafe podía estar en cualquier lugar, y el reto de acecharlo, para sorprenderlo dedicado a alguna tarea de la que lo distraería, le parecía divertido.

El frío de los suelos empezó a calar en su interior, y se frotó las manos para entrar en calor. Pero la curiosidad podía más que un poco de incomodidad.

Sólo había subido al primer piso en dos ocasiones. La primera vez, cuando fue a la casa a tomar medidas, y la segunda vez, cuando fue a verificarlas. Pero ahora no había obreros; no se oían las voces ni el ruido de las herramientas.

Entró en la habitación que había al otro lado del salón, soñando despierta.

Aquello sería la biblioteca. Estantes encerados llenos de libros, sillones tapizados que invitaran a sentarse a leer. También pondría una mesa de biblioteca, una Sheraton si la encontraba, con una botella de brandy, un jarrón de flores y un tintero antiguo.

Por supuesto, también habría una pequeña escalera de mano para alcanzar los estantes superiores. Lo veía todo a la perfección. Y los sillones de orejas que estarían frente a la chimenea necesitarían unos reposapiés,

Quería poner un atril de lectura en una esquina. En él colocaría un enorme libro de visitas con los cantos dorados.

Abigail O'Brian, casada con Charles Richard Barlow el 10 de abril de 1856

Catherine Anne Barlow, nacida el 5 de junio de 1857

Charles Richard Barlow, nacido el 22 de noviembre de 1859

Robert Michael Barlow, nacido el 9 de febrero de 1861

Abigail Barlow, fallecida el 18 de septiembre de 1864

Regan se estremeció y sintió que se mareaba. Volvió en sí lentamente, abrazándose a sí misma para combatir el frío que atenazaba sus miembros. Su corazón latía a toda velocidad cuando la visión empezó a desvanecerse.

Se preguntó cómo sabía aquello. Se pasó una mano por la cara, intentando recordar si había leído en algún lugar aquellos nombres y fechas.

Se aseguró que los había visto en algún sitio, pero volvió a estremecerse. Tenía que haberlo visto en todas sus investigaciones. Lentamente, salió de allí y se apoyó en una pared del vestíbulo, intentando recobrar el aliento.

Por supuesto, sabía que los Barlow habían tenido tres hijos. Lo había leído en algún sitio. Las fechas también debían figurar, aunque no les había prestado demasiada atención. Las había recordado de forma inconsciente por algún motivo. Aquello era todo.

Por nada del mundo habría estado dispuesta a reconocer que, por un momento, había creído estar mirando las páginas de un libro que se encontraba en un atril, en aquella esquina, con los nombres y las fechas apuntados cuidadosamente.

Caminó hasta la escalera y subió.

Rafe había dejado la puerta abierta. Cuando llegó al descansillo, Regan oyó el sonido de la lija en la pared. Suspiró aliviada y avanzó.

Recobró el calor con sólo mirarlo.

—¿Necesitas que te eche una mano? Rafe la miró. Estaba allí, de pie, con su jersey y sus pantalones planchados.

—No con esa ropa. Sólo quería terminar con esto, y pensé que necesitabas dormir un poco.

Regan se conformó con apoyarse en el marco de la puerta para mirarlo.

—¿Por qué a algunas personas les gustará tanto el trabajo manual?

—Porque a las mujeres les gustan los hombres sudorosos.

—Al parecer, a mí sí —dijo observando detenidamente su técnica, la forma en que giraba la muñeca mientras lijaba—. ¿Sabes? Se te da mejor que al que me arregló la tienda.

—Odio lijar.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Me gusta ver el resultado. Y soy más rápido que la gente que he contratado.

—¿Cómo aprendiste?

—En la granja siempre teníamos que arreglar algo. Cuando me marché, me dediqué a esto. A fin de cuentas, era lo único que sabía hacer.

—Y después, montaste tu propio negocio.

—No me gusta trabajar para otras personas.

—A mí tampoco. Aunque no todo el mundo tiene la suerte de conseguir independizarse. ¿A dónde fuiste? ¿Cuándo te marchaste?

—Hacia el sur. Cogía los trabajos que podía cuando los encontraba. Prefería esto a dedicarme a las labores del campo —por costumbre, se llevó la mano al bolsillo de la camisa y lo encontró vacío—. He dejado de fumar —murmuró.

—Me alegro.

—Me estoy volviendo loco.

Para mantenerse ocupado, se acercó a ver si había fraguado el yeso que había colocado la noche anterior.

—Fuiste a Florida —comentó Regan.

—Sí, acabé ahí. En Florida hay mucho trabajo de construcción. Empecé a comprar casas para venderlas una vez reformadas, y me fue bastante bien. Así que volví. Eso es todo.

—No intentaba inmiscuirme.

—No he dicho que lo hicieras. Lo que ocurre es que no hay mucho de que hablar. Simplemente, me marché porque aquí no tenía nada que hacer. Dediqué mi última noche en el pueblo a pelearme en un bar. Con Joe Dolin.

—Imaginaba que ocurría algo entre nosotros.

—No demasiado —se quitó la cinta que usaba para mantenerse el pelo apartado de los ojos

y se la metió en el bolsillo—. Nos odiábamos. Eso es todo.

—Debo reconocer que tienes muy buen gusto a la hora de buscarte enemigos.

Rafe se encogió de hombros, nervioso.

—Si no hubiera sido él, habría sido cualquier otro. Aquella noche estaba deseando tener un enfrentamiento —sonrió sin humor—. La verdad es que era lo que se puede llamar un camorrista. Nadie se imaginó nunca que pudiera llegar a algo. Ni siquiera yo.

Si intentaba decirle algo, Regan no estaba segura de entenderlo.

—Pues parece que todos se equivocaban. Tú también.

Rafe tuvo que decir lo que había estado pensando mientras la miraba dormir.

—La gente va a hablar de nosotros. Dentro de poco, cuando entres en la cafetería o en el supermercado, te encontrarás con que todo el mundo se calla. Y cuando salgas, la gente empezará a murmurar sobre lo que esa encantadora señorita Bishop está haciendo con el impresentable Rafe MacKade.

—Llevo aquí tres años. Sé cómo funcionan. Rafe necesitaba hacer algo con las

manos, de modo que cogió la lija y atacó de nuevo la pared.

—No creo que les hayas dado muchos motivos para cotillear hasta ahora.

Regan pensó que trabajaba como si le fuera la vida en ello. Cualquier cosa que hiciera parecía urgente y crucial.

—Hablaron mucho de mí cuando abrí la tienda. No entendían que una señoritinga fuera a vender allí antigüedades en vez de tornillos. Eso hizo que se me llenara el comercio de mirones, y muchos mirones se convirtieron en clientes —ladeó la cabeza, mirándolo—. Algo como esto hará que mi negocio se ponga de moda durante unas semanas.

—Quiero que sepas dónde te estás metiendo.

—Es un poco tarde para eso. Tal vez seas tú quien se preocupa por su reputación —contraatacó.

—Tienes razón. Estaba pensando en presentarme a alcalde —dijo con sarcasmo.

—No, me refiero a tu reputación de chico malo. MacKade se debe estar suavizando. ¿Has visto la mujer con la que sale? A este paso acabará comprando flores en vez de preservativos. Parece que lo ha domesticado.

Rafe dejó la lija a un lado, se metió los pulgares en los bolsillos y se volvió para mirarla con curiosidad.

—¿Es eso lo que vas a intentar, Regan? ¿Domesticarme?

—¿Es eso lo que te preocupa, MacKade? ¿Que te domestique?

La idea no le pareció muy agradable.

—Lo han intentado muchas personas —dijo, acariciando su mejilla—. Y creo que sería más fácil que yo te corripiere. Al final, acabarías jugando al billar en la taberna de Duff.

—O tú citando a Shelley.

—¿A Shelley? ¿Quién es ésa?

Ella rió y se puso de puntillas para besarlo.

—Percy Bysshe Shelley, el poeta. Será mejor que tengas cuidado conmigo.

Aquello le pareció tan ridículo que se relajó un poco.

—Cariño, el día que yo empiece a leer poesía, las ranas tendrán pelo.

Regan sonrió una vez más, y una vez más lo besó.

—Yo que tú no apostarías nada. Vamos, me gustaría ver cómo anda la obra.

—¿En qué tipo de apuesta estabas pensando? —preguntó, cogiéndola de la mano.

—Rafe, era sólo una broma. Venga, dame una vuelta por la casa.

—No, no, espera un momento. Los MacKade nunca damos la espalda a un reto. Ella suspiró.

—Muy bien, entonces te reto.

—No, no, así no. Yo digo que antes de un mes estarás tan loca por mí que te pondrás una falda corta de cuero, de color rojo, y entrarás en la taberna a tomarte una cerveza y jugar al billar.

Regan lo miró, divertida.

—Soñar no cuesta nada, MacKade. ¿De verdad crees que pienso hacer una cosa

así?

—Por supuesto —sonrió—. De hecho, te imagino perfectamente. Pero asegúrate de llevar tacones altos.

—Nunca llevaría algo de cuero sin tacones. No es mi estilo.

—Tampoco llevarás sujetador. Regan rió.

—Te lo estás tomando muy en serio, ¿verdad?

—Claro, y tú también te lo tomarás en serio —contestó, mientras la cogía por la cintura—. Porque estarás loca por mí.

—Obviamente, has perdido la razón. Pero no importa, aceptó —dijo, apartándolo con una

mano—. Por mi parte, te aseguro que antes de un mes estarás de rodillas ante mí, con un ramo de lilas y...

—¿Lilas?

—Sí, me gustan mucho las lilas. Y recitarás algún poema de Shelley.

—¿Y qué ganará el vencedor?

—La satisfacción de la victoria.

—Bueno, supongo que será suficiente —sonrió—. Trato hecho.

Ambos estrecharon las manos.

—¿Vas a llevarme a dar una vuelta?

—Por supuesto.

Rafe pasó un brazo por encima de su hombro y se dejó llevar por la visión de aquellas piernas, enfundadas en una falda corta de cuero rojo. Avanzaron por el pasillo y abrió una puerta.

—Me gusta mucho tu idea de hacer una suite nupcial. De hecho, casi está preparada para lo que tenga que ocurrir.

—Rafe...

Encantada, entró.

El precioso papel pintado casi cubría todas las paredes. El techo ya estaba pintado, y las puertas dobles se encontraban instaladas en su lugar. Algún día se abrirían al ancho porche, permitiendo que se vieran los jardines, llenos de flores. En cuanto al suelo, aún estaba cubierto de trapos, pero podía imaginarlo brillante y decorado con alguna alfombra.

Se abrió paso entre cubos y escaleras, colocando mentalmente los muebles.

—Va a quedar preciosa —murmuró.

—Desde luego. Por desgracia, no pude arreglar la repisa de la chimenea. Sin embargo, he encontrado un buen tablón de madera de pino, y tengo a un carpintero trabajando en él, utilizando la original como guía.

—La pintura rosa quedará muy bonita —dijo, abriendo una puerta—. Ah, aquí está el cuarto de baño.

—Mmm... En el pasado era el vestidor.

Rafe observó la habitación, pensativo. Era bastante grande, y se notaba que los fontaneros habían estado haciendo de las suyas en su interior.

Regan lo cogió de la mano y preguntó:

—¿Puedes olerlo?

—Rosas —contestó, acariciándose la mejilla—. Siempre huele a rosas aquí. Uno de los trabajadores que estaban colocando el papel pintado acusó a su compañero de ponerse perfume.

—Ésta era su habitación, ¿no es cierto? La de Abigail. Murió aquí.

—Es probable.

En aquel momento, Regan dejó escapar una lágrima.

—No llores —continuó.

—Es tan triste... Debió ser muy infeliz al saber que el hombre con el que se había casado, el padre de sus hijos, era capaz de semejante crueldad. ¿Cómo la trataba, Rafe? ¿La amaba, o sólo la poseía?

—No lo sé, pero no llores —contestó, mientras secaba su lágrima—. Haces que me sienta muy mal, te lo aseguro. Además, no tiene sentido que lloremos por algo que sucedió hace más de cien años.

—Ella aún sigue aquí —dijo, abrazándolo—. Lo siento mucho por Abigail, y por todos ellos.

—No vas a hacernos ningún bien si cada vez que entras en esta habitación te pones triste.

—Lo sé —suspiró, más tranquila al sentir su cuerpo—. Es extraño, pero poco a poco me voy acostumbrando a todo lo que nos rodea. Hace un rato, cuando estaba abajo, sola...

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirándola con inquietud.

—No, nada.

—¿Qué ha pasado? —repitió.

Regan estaba atrapada entre la necesidad de contárselo y la vergüenza que sentía.

—Entré en la biblioteca. En la habitación que era la biblioteca y que seguirá siéndolo. Y entonces... pude verlo.

Los ojos de su amante se clavaron sobre ella.

—¿A qué te refieres?

—A la habitación. Pero no me refiero a los cambios. Vi la habitación original, con libros en todas las paredes, flores en la mesa y cortinas en las ventanas. No fue como cuando imagino la decoración de un lugar. No fue exactamente así. Estaba pensando que podía poner un atril con un libro antiguo, abierto. Y, de repente, lo vi y pude leer la página. Casi pude tocarla. Era una lista de nacimientos, bodas y entierros.

Contuvo la respiración durante unos segundos y añadió:

—No dices nada.

—Porque te estoy escuchando.

—Sé que parece una locura.

—En esta casa, no.

—Fue algo tan real, tan triste. Tanto como el olor a rosas de esta habitación.

Pero, entonces, se transformó en algo frío y amargo, como si alguien hubiera abierto una ventana en pleno

invierno —declaró, apoyando la cabeza en su pecho—. Eso es todo.

—Es bastante para un solo día —acarició su cabello—. Llamaré a Devin para que venga a buscarte.

—No, no quiero marcharme. He perdido los papeles durante un momento, pero como he dicho antes, empiezo a acostumbrarme a ello. Puedo arreglármelas.

—No debí dejarte a solas.

—No seas tonto. No creo que necesite que me defiendan de simples fantasmas.

Sin embargo, él quería defenderla. Le habría gustado que lo llamara. De hecho, le sorprendió necesitarla tanto como para desear que quisiera su ayuda.

—La próxima vez que quieras entrar en la biblioteca, házmelo saber e iré contigo.

—La casa está cambiando —dijo con tranquilidad—. Has hecho mucho por ella. Y empiezo a sentir que yo también soy responsable en parte.

—Es cierto.

—Cuando haya gente en ella, haciendo el amor de nuevo, riendo de nuevo, volverá a cambiar. Se nota que necesita calor humano.

Se detuvo un momento, levantó la cabeza y rogó:

—Hazme el amor.

Rafe cogió su cara entre las manos y la besó. Después la cogió en brazos, y el olor a rosas los siguió cuando salieron de la habitación. Regan pasó los brazos alrededor de su cuello y apretó los labios contra su cuello. Notaba que su sangre había empezado a hervir en las venas.

—Es como una droga —murmuró.

—Lo sé —dijo Rafe.

Se detuvo al llegar a las escaleras y la besó de nuevo.

—Hasta ahora nunca había sentido nada parecido.

Rafe pensó que él tampoco.

Empezó a bajar, con ella. Ninguno de los dos notó que el aire de la escalera había permanecido cálido y tranquilo.

Cuando llegó a la chimenea la colocó ante ella, tumbada. Después, acarició su rostro con un dedo, apoyándose en un codo. Algo estalló en el corazón de Regan, alimentando su deseo.

—Rafe...

—Ssss.

Para tranquilizarla, la besó en la frente. En realidad, Regan no sabía qué iba a decir. El deseo que los unía era más que suficiente, y se alegraba de que ninguno necesitara de las palabras para comunicarse.

O, al menos, pensaba que debía sentirse aliviada.

Estaba preparada para que la besara, y cuando lo hizo se dejó llevar, mucho más relajada, sin tensiones, sintiendo sus labios y su lengua. La trataba con una ternura y

una suavidad casi inesperadas. Dejó escapar un suspiro, suave como un secreto.

El propio Rafe notó el cambio que se había producido, tanto en ella como en él. Maravillado, se preguntó por qué siempre habían tenido tanta prisa, por qué había dudado en probar su sabor cuando había tantas cosas que probar en aquella mujer.

Le encantaba el sabor, seductor y tranquilo, de su piel. Le encantaba el contacto de sus suaves curvas, de sus largas líneas. Le encantaba el olor de su pelo, de su ropa, de sus hombros. De modo que decidió saborearlo todo, con largos y lentos besos que nublaron su mente y que consiguieron que se olvidara de todo, menos de ellos mismos.

Le quitó el jersey con dulzura e hizo lo mismo con sus pantalones. Antes que tocarla o tomarla, prefirió besarla otra vez, dejándose llevar por el simple contacto de sus labios.

—Déjame a mí —susurró ella.

Regan se incorporó hasta que los dos estuvieron de rodillas. Empezó a desabrochar los botones de la camisa de Rafe, con manos seductoras, y la arrojó lejos. Acto seguido puso las manos sobre sus hombros y lo miró.

Durante unos minutos no hicieron otra cosa que abrazarse, acariciarse y besarse. Ella sonrió al sentir sus labios en el hombro y suspiró cuando su boca probó su garganta.

En cuanto estuvieron desnudos, Rafe la posó sobre su cuerpo, cubriéndolo. El cabello de su amada caía sobre su cuerpo como una cortina.

Regan sintió que flotaba en un mar de nubes y de sensaciones sin fin, con el sol invernal entrando por las ventanas, el fuego crepitando y el contacto de su duro cuerpo bajo el suyo.

Sus caricias eran todo un don, un regalo maravilloso que notaba en cada poro, cada nervio y cada músculo de su ser.

Ya no había furia, ni desesperación, ni apresuramiento. Era consciente de todo, desde las motitas de polvo que brillaban en la luz hasta las llamas de la chimenea, pasando por el olor rosas y a hombre.

Podía sentir los latidos de su corazón, fuertes, mientras besaba su pecho. Podía capturar la contracción de un músculo bajo su mano y escuchar el sonido de su propia respiración.

Suspiró y se abrazó contra él cuando Rafe se volvió para colocarse encima.

El tiempo desapareció entonces, de repente. El reloj que había sobre la chimenea pareció detenerse, algo que no le extrañó en absoluto, porque acababan de entrar en otro mundo. Un mundo en el que sólo importaban la necesidad satisfecha, y los corazones unidos.

Rafe la llevó a cotas increíbles de placer. Su nombre se convirtió en un simple murmullo en sus labios mientras se arqueaba, se tensaba o se relajaba contra su cuerpo, ligera como un trozo de seda. Se abrió para él y dejó que entrara en su interior. Rafe metió la cabeza entre su pelo, arrebatado. Y la ternura del acto los sorprendió a ambos.

No hablaron sobre ello. Cuando se separaron por la mañana, los dos actuaron

como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, ambos estaban pensativos, y preocupados.

Rafe la observó mientras se marchaba en su coche, mientras el sol se elevaba sobre las montañas del este. Cuando se fue, cuando ya no hubo a quién mirar, se llevó la mano al corazón.

Sentía un dolor que no podía explicar. Tenía la impresión de que ella era la causante, y de que, de algún modo, en cuestión de horas, su relación había cambiado. Acababa de marcharse y ya la echaba de menos.

Se maldijo por ello y volvió a maldecirse por reaccionar de aquel modo. Se dijo que podía controlar la sensación, o dejarse llevar si quería. Regan era una mujer de atractivos muy poderosos, y no le extrañaba que lo hubiera hechizado.

A fin de cuentas debía tratarse, únicamente, del deseo. No era tan raro que se sintiera así después de haber pasado muchas horas de sexo y soledad con una mujer apasionante y maravillosa.

No pretendía nada más. Ni ella.

Resultaba un alivio saber que había encontrado una amante que no quería ni más ni menos que él. Una mujer que no esperaba que jugara ningún tipo de juego, que no quería que hiciera promesas que no pudiera cumplir, que no deseaba que dijera palabras que, a fin de cuentas, sólo eran palabras.

Cogió una pala y empezó a limpiar la nieve que cubría el camino. El sol estaba saliendo, de manera que trabajó con rapidez, hasta el punto de que agradeció el fresco viento que soplaba del norte.

Supuso que, probablemente, Regan se habría ido directamente a la ducha, para lavarse su precioso cabello.

Mientras quitaba la nieve, se preguntó cómo sería su pelo estando mojado.

Cogería alguna prenda de su armario. O más bien, la seleccionaría. Algo de colores suaves y líneas simples. Una de aquellas chaquetas que usaban las mujeres profesionales, con algún adorno en la solapa. Después se maquillaría ligeramente. Un poco de colorete en los pómulos, pero no demasiado; un poco de color bajo sus increíblemente largas pestañas. Y luego se pintaría los labios lo suficiente para acentuar su belleza y su plenitud.

Cuando ya había recorrido la mitad del camino se detuvo, se apoyó en la pala y se preguntó si no estaría volviéndose loco. De hecho, hasta estaba pensando en el maquillaje que usaba. En teoría, debía importarle muy poco lo que hiciera antes de abrir su tienda.

Sin embargo, siguió pensando que ya habría puesto a calentar una tetera, o perfumado el lugar para que oliera a manzanas y a especias. Y seguramente, seguiría con su día de trabajo sin pensar ni una sola vez en él.

Mientras retiraba la nieve, comenzó a nevar. Se dijo que tenía mucho que hacer. Tanto como para no preocuparse por aquellas cosas.

Ya había limpiado todo el camino, y colmado toda su paciencia, cuando apareció Devin en el coche patrulla.

—¿Qué diablos quieres? —preguntó Rafe—. ¿No tienes a nadie a quien arrestar?

Devin salió del coche y se apoyó en la puerta, abierta.

—Vaya, ya veo que estás más tranquilo. Vi que el vehículo de Regan se alejaba, así que imaginé que sería un buen momento para dejarme caer.

—Los obreros llegarán en cualquier momento. No tengo tiempo para charlar.

—En tal caso me llevaré los pasteles y me marcharé.

Rafe se pasó una mano por la cara.

—¿De qué son?

—De manzana y azúcar moreno.

Algunas cosas eran más que sagradas para los hermanos MacKade. Entre otras, los pastelillos de manzana.

—Bueno, ¿vas a quedarte toda la mañana con esa estúpida sonrisa en tu rostro? Dame uno de esos pasteles.

Devin sacó una bolsa del coche, obediente.

—Ayer tuve unos cuantos problemas en el pueblo.

—Antietam es un lugar salvaje, ya lo sé. ¿Tuviste que disparar a alguien?

—No —contestó Devin, cogiendo un pastelillo antes de darle la bolsa—. Pero tuve que parar una pelea a puñetazos.

—¿En la taberna?

—No, en el mercado. Millie Yeader y la señorita Metz se enfrascaron en una disputa por el último rollo de papel higiénico.

Rafe sonrió.

—La gente se pone un poco nerviosa cuando nieva demasiado.

—Dímelo a mí. La señora Metz pegó a Millie con los plátanos que había comprado. Tuve que utilizar toda mi diplomacia para evitar que presentara cargos contra ella.

—Asalto con plátanos. No estaría mal —declaró Rafe, lamiéndose los dedos—. ¿Has venido para contarme los últimos sucesos y tribulaciones de Antietam?

—No, aunque he oído que la comida sabrá mejor cuando te marches.

Devin terminó de comerse su pastel y encendió un cigarrillo, sonriendo.

—Suelta lo que tengas que decir, canalla. Devin sopló el humo en dirección a su hermano.

—Pareces algo nervioso, Rafe. ¿Problemas en el paraíso?

Rafe pensó en la posibilidad de golpearlo con la pala y quitarle el paquete de cigarrillos. Pero en lugar de hacerlo se apoyó de nuevo en la herramienta de trabajo.

—¿Cuánto tiempo ha tardado Shane en abrir la boca?

—Veamos... Considerando que ayer no hubo demasiado tráfico, tardó exactamente siete minutos en venir directamente a mi despacho. Por tanto, tardó siete minutos y diez segundos en contármelo.

—¿Y has venido para ofrecerme tus maravillosos consejos?

—Oh, no, ya he tenido bastante con esas dos brujas que se pelearon en el mercado —sonrió de nuevo.

Apuró el final de su cigarrillo y lo arrojó a lo lejos.

Rafe lo observó mientras se apagaba en la nieve.

—No soy precisamente el experto en amores de la familia MacKade —continuó Devin—. Pensé que querías conocer las últimas noticias sobre Joe Dolin.

—Está encerrado, ¿no?

—Por ahora. Tengo entendido que piensa hacer caso a su abogado y aducir que actuó bajo los efectos del alcohol. De ese modo, conseguirá librarse con una simple multa y la promesa de que no volverá a pegar a su esposa.

—¿Pero qué clase de leyes aplican aquí?

—Ten en cuenta que las prisiones están abarrotadas, y no quieren empeorar la situación castigando las disputas domésticas. Dirá que lo siente, que estaba borracho y que perdió los estribos. Aducirá que su situación económica no es muy buena y que se encuentra personalmente deprimido, y el juez no tendrá más remedio que aplicar la ley.

Rafe observó con atención el rostro de su hermano. Bajo su aparente calma, se notaba que se sentía muy frustrado.

—¿Piensas permitir que se salga con la suya?

—Yo no soy juez —contestó, enfadado e impotente—. No puedo hacer nada, salvo hablar con Cassie para que se separe de él y asegurarme de que no se acerque a los niños.

—Pero mientras tanto, están en casa de Regan. Eso la sitúa en la línea de fuego.

—A mí no me gusta la situación más que a ti. Por desgracia debo aplicar las leyes, aunque no me haga gracia.

—Pero yo no.

Devin lo miró con frialdad.

—No, tú no. Pero si intentas algo contra él, sólo conseguirás hacerle un favor. Si lo dejas, cometerá un error. Y, cuando vuelva a hacerlo, lo meteré en la cárcel de nuevo. Hasta entonces... No sé qué hay entre Regan y tú, pero si te quedaras con ella, me sentiría mucho más tranquilo.

—¿Quieres que le pida que me deje vivir a su lado?

—Y con Cassie y los niños.

La idea le resultó muy atractiva. Le encantaba la perspectiva de despertar a su lado y compartir la primera taza de café.

—¿Por qué no me haces tu ayudante, Dev?

—No lo haría en toda mi vida.

—Qué lástima. En tal caso, hablaré con Regan y te haré saber lo que decida.

Capítulo 8

NO, DE ESO nada —espetó Regan, con los brazos cruzados sobre el pecho—. No pienso dejar que duermas en mi cama con dos niños en la habitación contigua.

—No tiene nada que ver con el sexo —explicó con paciencia—. Eso sería un

premio extra, por así decirlo. Te estoy diciendo que se trata de una petición oficial por parte del sheriff.

—Que resulta ser tu hermano. No —dijo, dándose la vuelta—. Cassie se sentiría incómoda, y sería un mal ejemplo para los niños.

Rafe se preguntó qué habría contestado si no hubiera dos niños en la casa. Estuvo a punto de intentar averiguarlo, pero no lo hizo.

—Se trata precisamente de ellos y de su madre. ¿Crees que Dolin se mantendrá alejado sólo porque Cassie firme un papel diciéndole que lo haga?

—No sé qué pensará hacer, pero tendrá que pasar por encima de mi cadáver. La idea le pareció aterradora.

—Escúchame...

—No, escúchame tú a mí —levantó una mano—. Ese hombre es un bruto y un borracho. No temo a los de su calaña. Ofrecí a Cassie mi casa y puede quedarse en ella todo el tiempo que quiera. Tengo una buena cerradura en la puerta, y el número de teléfono del sheriff, al que no dudaría en llamar llegado el caso.

—Pero no tienes ninguna cerradura aquí —dijo Rafe, mirando hacia la puerta de la tienda—. ¿Qué podría evitar que entrara cuando estés trabajando, para molestarte o para intentar algo peor?

—Yo.

—Ya. Te aseguro que tu obstinación no lo detendrá. Por si no lo sabes, le encanta pegar a las mujeres.

No sabía cómo convencerla para que entrara en razón. La ingenuidad de las mujeres resultaba inquietante en ocasiones.

. —Tendré que recordarte que yo llevo tres años en este lugar, a diferencia tuya. Sé muy bien lo que ha hecho a Cassie.

—¿Y piensas que porque no estás casada con él te encuentras a salvo? —preguntó, agitándola—. No es posible que seas tan estúpida.

—No soy estúpida —se defendió—. Soy muy competente. Y no necesito, ni quiero, que seas mi guardaespaldas.

Los ojos de Rafe brillaron con ira. Apretó las manos sobre sus hombros antes de apartarse.

—Ya, supongo que ésa es la cuestión. No quieres ni deseas mi ayuda.

Regan suspiró y pensó que ningún monstruo era tan fiero ni vulnerable como el ego de un hombre.

—Si necesitara ayuda, el despacho del sheriff está a cinco minutos de aquí —declaró, con la esperanza de tranquilizarlo—. Rafe, aprecio tu preocupación, de verdad, pero puedo cuidar perfectamente tanto de mí como de Cassie si fuera necesario.

—Seguro.

—Trabajé en una tienda de Washington durante años. Una noche me robaron a punta de pistola. Sé cómo actuar en esos casos, sé cómo defenderme y sé muy bien lo que no debo hacer. Agradezco tu preocupación, pero yo no soy como Cassie. A mí no

puede intimidarme, ni asustarme.

—Eso es lo que tú crees. La mayor parte de las mujeres maltratadas se creen tan fuertes como tú antes de encontrarse en esas situaciones. La gente se equivoca al pensar que son cosas que sólo le ocurren a las débiles.

—Deja que termine. Cassie se siente más segura ahora, y los niños están muy tranquilos. No sé cómo reaccionarían si tuvieran cerca a un hombre. No te conocen.

Rafe se metió las manos en los bolsillos.

—Te aseguro que no pienso dedicarme a pegarles patadas.

—Pero ellos no lo saben. Emma se pasa el día sentada a los pies de su madre, y apenas habla. En cuanto al chico... me rompe el corazón. Necesitan sentirse a salvo de nuevo. Y tú eres demasiado grande, demasiado fuerte, demasiado masculino.

Rafe intentó no pensar en el hecho de que lo había herido, en el hecho de que podía herirlo, y prefirió concentrarse en el problema.

—Eres una cabezota muy poco razonable.

—Hago lo que considero mejor. La única manera que conozco de hacer bien las cosas. Créeme, he pensado mucho en este asunto y he calibrado todas las opciones. Y que tú vengas á mi casa no es una de ellas.

—Invítame a cenar —dijo de repente.

—¿Quieres venir a cenar?

—Pídemelo. De ese modo, podré conocer a los niños y se acostumbrarán a mí.

—¿Quién está siendo tozudo ahora? —suspiró—. Muy bien, de acuerdo. Te espero a las seis y media. Y te marcharás a las diez.

—¿Podemos sentarnos un rato en el sofá cuando los niños se hayan marchado a la cama?

—Tal vez. Ahora, márchate de aquí.

—¿Es que no vas a despedirte con un beso? Regan respiró y lo besó en la mejilla.

—Estoy trabajando —contestó, riendo al ver que la abrazaba—. Rafe, estamos delante del escaparate. Yo...

Rafe no dejó que terminara la frase. Se lo impidió con un beso.

—Bueno, en tal caso, démosles algo de lo que hablar.

Sin embargo, tenía la intención de que fuera ella quien tuviera algo en lo que pensar. Quería que pensara en él día y noche.

Le mordió el labio con suavidad y la soltó antes de marcharse de la tienda.

Cassie se encontraba en el despacho del sheriff, con las manos juntas. Sabía que aquello iba a resultarle más fácil al encontrarse ante Devin, alguien a quien conocía de toda la vida. Pero contrariamente a lo que había pensado, se sintió más avergonzada.

—Lo siento. He estado muy ocupada y no he podido salir hasta ahora.

—No te preocupes, Cassie. Ya he preparado todo el papeleo. Sólo tienes que firmarlo.

Había cogido la costumbre de hablar con ella en voz muy suave, como si estuviera dirigiéndose a un pajarito herido.

—No va a ir a la cárcel, ¿verdad?

—No —contestó con amargura.

—¿Es porque dejé que me pegara?

—En absoluto —contestó, deseando poder tranquilizarla—. Confesó lo sucedido, pero adujo ciertas cosas en su favor. Habló de su problema con el alcohol y de su situación laboral y económica. Tendrá que someterse al control de un psicólogo y no meterse en problemas.

—Puede que le venga bien —dijo, bajando la mirada—. Si deja de beber, es posible que cambie.

—Ya —espetó, asombrado por la candidez de aquella mujer—. Pero mientras tanto, debes protegerte. Precisamente he preparado esta orden para eso. Cuando la firmes, no podrá acercarse a ti.

Ella levantó la mirada de nuevo y lo miró.

—¿Ese documento impedirá que regrese? Devin sacó un cigarrillo, que no encendió. Su voz sonó fría y oficial.

—Impedirá que se acerque a ti. No puede aproximarse a ti en tu trabajo, ni en la calle, ni cuando estés en la casa de Regan o en cualquier otro sitio. Si se le ocurre desobedecer la orden, se revisarán su caso y pasará dieciocho meses en la cárcel.

—¿Lo sabe?

—Se lo han notificado.

Cassie se humedeció los labios. No podía acercarse a ella. Y si no podía hacerlo, tampoco podría pegarla.

—¿Sólo tengo que firmar?

—En efecto —contestó.

Se levantó, dio la vuelta al escritorio y le ofreció un bolígrafo. Cassie no hizo ademán de cogerlo, y el sheriff tuvo que contener un suspiro de desesperación.

—¿Qué diablos quieres, Cassie? ¿Quieres decirme qué quieres?

Cassie movió la cabeza y cogió el bolígrafo por fin. Después, firmó con rapidez, como si le doliera.

—Sé que te he dado muchos problemas, Devin.

—Es mi trabajo.

—Y tú eres un buen sheriff —declaró, intentando sonreír—. Todo el mundo sabe que se puede contar contigo. Eres bueno y competente. Mi madre siempre decía que tus hermanos y tú acabaríais en la cárcel. Pero ya ves, se equivocó. Te pido disculpas en su nombre. Era una estupidez.

—No lo creas. Yo mismo llegué a creerlo —sonrió, pensando que en aquel momento se parecía mucho a la joven que había conocido—. ¿Sabes una cosa, Cass? Ésta es la primera vez en diez años que hablamos largo y tendido.

—Siempre tengo que meter la pata...

—No te preocupes. ¿Qué tal están los niños?

La cogió por la barbilla con la intención de hacer que levantara la cabeza. Pero entonces se dio cuenta de que en realidad estaba a punto de besarla, de modo que se

alejó un poco.

—Oh, mucho mejor.

—¿Se llevan bien con Regan?

—Sí, claro. Regan es maravillosa. Hasta he llegado a olvidarme de que estoy molestándola.

Me hace sentir como si estuviera en casa. Tanto ella como Rafe... En fin, supongo que tendrás mejores cosas que hacer que escuchar cotillees.

—En absoluto —respondió, dispuesto a hacer cualquier cosa para que continuara allí—. ¿Qué te parece la relación que mantienen Regan y mi hermano?

—Yo... Bueno, cuando regresó esta mañana, Regan parecía muy contenta.

—Pues él no estaba muy alegre cuando pasé por su casa. Cassie sonrió.

—Buen síntoma. Rafe necesitaba que una mujer lo hiciera infeliz. Siempre ha tenido demasiado suerte en sus relaciones. Bueno, él y todos vosotros.

—¿Ah, sí? Creo recordar que tú me diste calabazas.

—Oh, vamos, eso fue hace muchísimo tiempo. Cassie se levantó.

—Sólo han pasado doce años. Tú tenías dieciséis.

Mientras recogía su abrigo, ella se pregunto si alguna vez, realmente, había sido tan joven.

—Entonces, ya estaba saliendo con Joe. Pero han pasado tantas cosas desde entonces que ni siquiera recuerdo cómo éramos, ni lo que queríamos. Muchas gracias por haberte preocupado por mí, Devin.

—Para eso estoy.

Cuando llegó a la puerta, Cassie se detuvo, pero no miró atrás. Le resultaba más fácil hablar si no tenía que mirar los fríos ojos de Devin.

—Antes me preguntaste qué quería. Pues bien, sólo quiero sentirme a salvo. Eso es todo.

Entonces, armada con un abrigo demasiado fino para el viento que soplaba, regresó al café.

Rafe llegó con diez minutos de antelación a la cena, y subió los escalones de la casa de Regan como si fuese su primera cita. Llevaba una botella de vino en una mano y una caja de bombones para los niños en otra. En cierta manera, se arrepentía de haber tenido aquella idea, porque no sabía nada sobre niños, ni sobre cómo tratarlos.

Al final, se atrevió a llamar al timbre y dio un paso atrás. Regan abrió en persona, sin quitar la cadena.

—Bueno, al menos adoptas medidas de seguridad. Pero deberías haber preguntado quién era antes de abrir.

Regan cerró la puerta en sus narices, pero volvió a abrirla, esta vez sin cadena.

—Te vi llegar por la ventana —dijo ella, sonriendo—. Vaya, ¿no me traes un ramo de lilas?

La habría besado de no ser porque se dio cuenta de que unos ojos grises lo observaban desde el sofá.

—De eso nada. Por cierto, parece que tienes un ratón en casa.

Regan se dio la vuelta y sonrió al ver a Emma.

—Es muy tranquila, pero preciosa. Emma, te presento al señor MacKade. Lo conociste hace tiempo, ¿recuerdas?

Emma se levantó del sofá, mirándolo con desconfianza. Rafe sabía que tenía cinco años. Era tan guapa como una princesa de cuento, y tenía el mismo pelo y los mismos ojos de su madre.

—Yo conocí a tu mamá cuando tenía tu edad —dijo.

Emma se apoyó en las piernas de Regan y lo miró. Rafe utilizó el viejo truco de la caja de bombones. La sacudió un poco y preguntó:

—¿Quieres un bombón? La niña sonrió de oreja a oreja, pero Regan le quitó el regalo.

—Antes de cenar, no.

—Vaya, hombre —protestó Rafe—. Aunque la comida huele muy bien.

—Cassie ha preparado pollo. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para convencerla de que no se marchara fuera a cenar, con los niños. Pero al final llegamos a un acuerdo y ha cocinado ella. Vamos, Emma, llevemos los bombones a la cocina.

Emma se agarró a los pantalones de Regan y se volvió para mirar al hombre que acababa de entrar.

La niña pensó que, aunque era corpulento, sus ojos no brillaban con maldad. A su corta edad, ya sabía distinguir las miradas. Se parecía bastante al sheriff, un hombre que a veces jugaba con ella y le regalaba caramelos de limón. Pero, de todas formas, observó con atención a su madre, para ver cómo reaccionaba ante él.

Cassie levantó la mirada del horno y sonrió.

—Hola, Rafe.

Rafe caminó hacia ella y la besó en la mejilla.

—¿Qué tal estás?

—Bien, muy bien —contestó, acariciando al niño que estaba a su lado—. Connor, ¿recuerdas al señor MacKade?

Rafe extendió una mano, que el rubio niño estrechó con timidez.

—Encantado de verte de nuevo, Connor. ¿En qué curso estás? ¿En cuarto o en quinto?

—En cuarto, señor.

Rafe arqueó una ceja y le dio la botella de vino a Regan. Rafe pensó que en tal caso debía tener ocho años. El niño hablaba con tanta tranquilidad como un cura.

—¿Sigue dando clases la señora Witt?

—Sí, señor.

—Cuando éramos pequeños la llamábamos la bruja —dijo, cogiendo una zanahoria de la ensalada—. Supongo que aún la llamaréis así.

El niño lo miró con absoluta sorpresa.

—Pues sí —confesó, mirando a su madre—. A veces.

Después, contuvo la respiración y dijo:

—Ha comprado la vieja casa de los Barlow, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Está encantada? Rafe sonrió.

—Desde luego que sí.

—Lo sé todo sobre la batalla y esas cosas. Fue el día más sangriento de toda la guerra de secesión, y nadie ganó, porque...

De repente se detuvo, avergonzado. Precisamente los amigos lo llamaban «pesado» en el colegio cada vez que abría la boca.

—Porque nadie se atrevió a lanzar el ataque final. Tal vez quieras venir algún día a casa, a echar un vistazo. Te aseguro que sé de alguien que lo sabe todo sobre esa batalla.

—Yo tengo un libro, con dibujos.

—¿Ah, sí? —preguntó Rafe, cogiendo la copa de vino que le ofrecía Regan—. Vamos a verlo.

Captar la atención del chico no le costó demasiado, por lo menos mientras discutieron sobre las estrategias llevadas a cabo durante la batalla de Burnside Bridge. Rafe tuvo ocasión de comprobar que era un chico brillante, al que le gustaban demasiado los libros como para que cayera bien entre los niños de su edad, y algo tímido.

La niña, que parecía un clon de su madre, nunca se alejaba de las mujeres. Comía muy despacio, y no dejaba de mirarlo con intensidad.

—Ed debería tenerte en la cocina, en lugar de dejar que sirvas las mesas —comentó Rafe, después de servirse un segundo plato—. Doblaría el número de clientes en un mes.

Cassie parpadeó, sorprendida. Nadie le había dicho un cumplido sobre su comida en muchos años.

—Me alegra que te guste. Si quieres, te daré lo que ha sobrado para que puedas llevártelo a casa y comértelo más tarde.

—Muchísimas gracias.

Cuando se levantó para quitar las cosas de la mesa, Regan levantó una mano y dijo:

—No. Tú has cocinado, así que yo limpio.

—Pero...

—Hicimos un trato. Y puesto que Rafe ha comido como dos hombres, no tendrá inconveniente en ayudarme.

Los tres Dolin se miraron entre sí. No estaban acostumbrados a que un hombre compartiera las tareas de la casa; tenían la impresión de que sólo se dedicaban a aflojarse el cinturón y ver la televisión.

—Papá dice que sólo las niñas limpian los platos —dijo Emma.

—¡Emma! —dijo su madre, palideciendo.

Rafe consideró la posibilidad de comentar algo sobre la escasa inteligencia y moral de su padre, pero decidió no hacerlo.

—No lo creas, Emma. Los hombres también tienen que responsabilizarse de las tareas de la casa. Además, si lo hago, es posible que consiga besar a Regan.

—¿Por qué?

—Porque sabe casi tan bien como la comida de tu madre.

Satisfecha con su explicación, Emma siguió comiéndose su bombón.

Cassie intervino entonces.

—Bueno, voy a bañar a Emma. Tengo que acostarme pronto porque mañana entro antes a trabajar.

—Muchas gracias por la cena. Cuando se marchó con los niños, Regan declaró:

—Has estado maravilloso. Probablemente era la primera vez en muchos años que se sentaban a una mesa con un hombre y tenían una conversación civilizada.

—Dolin no sólo es un canalla, sino también un estúpido —dijo, dejando los platos en la encimera—. Cualquier hombre sería feliz de tener una mujer y unos hijos tan encantadores.

Rafe no pudo evitar soñar al respecto. Pensó en una mujer que lo amara, en niños creciendo y hablando con él al final del día, en una familia sentada alrededor de una mesa, en los ruidos de la cocina.

Hasta entonces, nunca había pensado que pudiera desear aquellas cosas. O necesitarlas.

—Los has impresionado —dijo Regan, que se dedicaba a secar mientras él fregaba los platos—. Ver a un hombre inteligente y fuerte comportándose de manera inteligente y fuerte ha debido sentarles muy bien.

Lo miró, sonriendo. Pero su sonrisa desapareció enseguida. Estaba acostumbrada a que la mirara con intensidad, pero aquella mirada era distinta.

—¿Qué sucede?

—¿Cómo? —preguntó, regresando a la realidad—. Oh, nada, nada. Estaba pensando en el chico, en Connor. Es un chaval brillante, ¿no te parece?

Rafe se sintió algo avergonzado, como si lo hubiera pillado con las manos en la masa.

—Desde luego —contestó, tan orgullosa como si fuera su propio hijo—. Es brillante, sensible y dulce. Es decir, un objetivo perfecto para su padre. Le hacía la vida imposible.

—¿Lo maltrataba? —preguntó, asombrado.

—No lo creo. Cassie se dejó llevar por las circunstancias, pero es muy protectora con sus niños. Sin embargo, los abusos emocionales pueden ser tan graves como los físicos. En fin; ya se han librado de ese infierno. ¿Tu padre también fregaba?

—Sólo el día de acción de gracias —contestó—.

Buck MacKade era un hombre tradicional.

—¿Buck? Suena impresionante.

—Era un hombre duro. Nos miraba con ojos de acero cuando se enfadaba. Devin tiene los mismos ojos. Yo saqué sus manos —declaró, mirándose las palmas—. Recuerdo que cierto día me sorprendí cuando bajé la vista y vi las manos de mi padre al final de

mis brazos.

Por alguna razón, Regan se emocionó al ver que sonreía ante sus propias manos.

—¿Lo querías mucho?

—Sí, aunque no estuvimos juntos mucho tiempo.

—¿Cuándo lo perdiste?

—Yo tenía quince años. Un tractor lo atropello. Tardó una semana en morir.

Regan tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—¿Por eso odiabas tanto la granja?

—Sí, supongo que sí. Pero a él le encantaba la tierra. Tanto como a Shane.

Hasta entonces, nunca se había parado a pensarlo. O al menos, no había encontrado una explicación tan simple y directa. La granja había matado a su padre, y por eso odiaba la granja.

—¿Y qué sacó Jared de él?

—Su sentido para los negocios. En cierta forma, te has llevado lo mejor de la familia. | —Me alivia saber que es mi abogado —dijo, í secando otro plato—. Mi padre no ha fregado en toda su vida. Estoy segura de que mi madre se habría horrorizado si lo hubiera intentado, Para ella, la cocina es dominio de la mujer, y los dos están de acuerdo. Cada mañana le lleva el desayuno antes de que se vaya al hospital. Es cirujano.

—¿Qué tal te llevas con tu padre?

—Antes no me llevaba muy bien con él. Lo responsabilizaba por que mi madre se pasara el día limpiando la casa, sin hacer nada más. Pero después, me di cuenta de que algunas mujeres eligen hacerlo por su cuenta, y riesgo. Y si alguna vez ha deseado hacer otra cosa, no lo ha demostrado. Supongo que es por culpa de la educación que ha recibido, pero se contenta con ser la esposa del doctor Bishop.

Rafe empezaba a comprender que fuera tan estricta en lo relativo a llevar sus propios asuntos.

—Es posible que sea todo lo que desea.

—Al parecer, sí. Pero antes, me enfurecía el modo que tenía mi padre de tratarla. A mi madre le encantaba vivir en la capital, pero hace unos años, cuando él decidió marcharse a Arizona, ella hizo las maletas sin protestar —suspiró—. Sin embargo, son felices. Aunque no nos llevamos muy bien.

—Ya. Y supongo que te consideran una fracasada porque no tienes un marido rico, ni una enorme mansión, ni perteneces al club de campo.

—Hablas como si los conocieras —sonrió.

—En cierto modo —dijo, mirándola—. ¿Y bien? ¿Por qué no tienes todas esas cosas?

—Porque me gusta mi independencia. Quiero tener mi propio espacio, y por si fuera poco, detesto el golf —declaró, echándose el pelo hacia atrás—. De hecho, mi madre empezó a tener enormes esperanzas cuando conocí a Jared.

—¿Cómo? —preguntó asombrado.

—Vinieron a visitarme poco después de que abriera la tienda. Y tu hermano nos

Llevó a cenar.

—Jared —repitió—. Te llevó a cenar.

—Un par de veces, sí. A mi madre le gustaba la idea de que saliera con un abogado. En su escala de valores, es la siguiente ocupación más importante después de la de cirujano.

—Ya veo. ¿Saliste con Jared?

—Bueno, fuimos a tomar algo juntos varias veces, poco después de que se divorciara —contestó, arqueando una ceja al ver que no le pasaba más platos—. ¿Hay algún problema?

—¿Saliste con mi hermano?

—Creí que ya lo sabías —contestó, intentando no sonreír—. ¿No te ha dicho nada?

—No. Pero creo que me gustaría que me explicaras qué entiendes tú por «salir» con alguien.

Regan tuvo que hacer un esfuerzo por no estallar en carcajadas.

—¿Te refieres a que si me acosté con él? ¿Piensas partirle la cara? ¿Puedo ir a verlo, en ese caso?

Rafe pensó que no sabía lo cerca que estaba de hacer que metiera su cabeza en la pila llena de agua.

—Sólo era una pregunta.

—Rafe, estás muy tenso. Pero te pones muy guapo cuando te enfadas. Sin embargo, y para que estés más tranquilo, te diré que no me acosté con él. Aunque, en cierta ocasión, le di un beso de buenas noches —sonrió—. O más bien, un par de veces. Estoy en condiciones de decir que al menos el cincuenta por ciento de los hermanos MacKade besan maravillosamente.

—Pues piénsatelo mejor antes de intentarlo con el cincuenta por ciento restante —le aconsejó—. ¿Por qué no te acostaste con él?

Le pasó el último plato que quedaba por secar y acto seguido cogió su copa de vino.

—En primer lugar, no me lo pidió. Y en segundo lugar, yo no se lo pedí. Sólo éramos amigos. ¿Satisfecho?

—Es posible que lo pegue de todas formas, por una cuestión de principios.

Dejó la copa a un lado y la cogió por los hombros para que lo mirara. Cuando sonrió, apretó su cuerpo contra la encimera.

Entonces la besó, de forma apasionada y posesiva. El ronroneo de Regan lo excitó aún más. El beso se hizo más dulce y sensual, desatando la curva del placer en ambos.

Ella echó hacia atrás la cabeza, rendida, y Rafe se apartó.

—A partir de ahora, sólo recordarás esto de los MacKade.

—¿Cómo has dicho que te apellidas? —bromeó.

Rafe sonrió y le mordió el labio inferior.

—Te diré una cosa. ¿Por qué no nos olvidamos del sofá y nos damos una vuelta por el asiento trasero de mi coche?

—Una oferta muy interesante —contestó, fascinada—. Creo que aceptaré.

Rafe entró en la casa de los Barlow alrededor de la media noche. Reconoció el vehículo que estaba aparcado junto a la mansión, y no le sorprendió ver a Jared en el salón, tomándose una cerveza.

—¿Qué tal estás, abogado? En lugar de levantarse, Jared se limitó a mirar su cerveza.

—He puesto en venta mi casa hoy mismo. Y no me apetecía quedarme allí.

Rafe gruñó y se sentó en su saco de dormir para quitarse las botas. Comprendía el mal humor de su hermano, y sabía que debía animarlo si no quería que los dos acabaran igual de tristes.

—Nunca me gustó esa casa. Como no me gustaba tu ex esposa.

Su opinión fue tan fría y certera que Jared rió.

—Bueno, ha sido una gran inversión. Sacaré una buena tajada de la venta.

Rafe movió la cabeza en gesto negativo al ver la cerveza de su hermano.

—No saben tan bien sin fumar —declaró—. Por cierto, pensaba ir a verte.

—¿Por qué?

—Para darte una buena paliza —contestó, bostezando—. Pero tendré que esperar hasta mañana. Estoy demasiado cansado.

—¿Por alguna razón en particular?

—Tengo entendido que besaste a mi chica —contestó.

Rafe imaginó que aún le quedaban suficientes energías como para darle una buena lección.

—¿Eso hice? —preguntó Jared, sonriente—. Ah, sí. Oh, sí... Ahora lo recuerdo todo. ¿Y desde cuándo se ha convertido en tu chica?

Rafe se quitó los pantalones. Sólo llevaba puestos los calzoncillos y la camisa.

—Eso te pasa por vivir en la ciudad. Hace mucho que estás fuera de juego. Y ahora es mía.

—¿Ella lo sabe?

—Yo lo sé, y eso basta —contestó, tumbado y con los ojos cerrados—. Además, tengo intención de que siga siéndolo.

Jared rió mientras tomaba un trago.

—¿Quieres casarte con ella?

—Quiero quedarme con ella —espetó—. Y me gustaría que las cosas siguieran como hasta ahora.

La idea de casarse lo asustaba.

Jared encontró muy divertido todo el asunto. Divertido e interesante.

—¿Qué tal te va con ella?

—Muy bien —contestó, inhalando su olor en el saco de dormir—. Pero tendré que romperte la cara de todas formas. Compréndelo, es la costumbre.

—Lo comprendo —dijo, estirándose—. Aunque creo recordar que nunca me las pagaste por intentar ligar con Sharilyn Bester, la actual señora Fenniman.

—Me limité a curar su corazón roto después de que la abandonaras.
—Sí, pero es la costumbre. Rafe se frotó la cara, considerando la cuestión.
—Muy bien, tienes razón. Pero Sharilyn, por guapa que fuera, no es Regan Bishop.
—Nunca he visto a Regan desnuda.
—Gracias a eso sigues vivo —declaró, cruzándose de brazos—. En fin, supongo que estamos empatados.
—Bien, en tal caso, podré dormir tranquilo. Rafe sonrió con ironía.
—Siento mucho lo de tu casa. Si tú lo sientes.
—En realidad, no lo siento. Me recordaba demasiadas cosas. Por desgracia, me comporté tan mal como Bárbara. Todo habría sido más fácil si nos hubiéramos limitado a arrojarnos cosas o gritarnos el uno al otro —declaró, dejando la botella vacía en el suelo—. No hay nada más desmoralizador que un divorcio civilizado entre dos personas que ni se quieren ni se aprecian.
—Bueno, es mejor que tener roto el corazón.
—No lo sé. Creo que preferiría haber tenido esa oportunidad.
En aquel momento oyeron unos sollozos, que procedían del piso superior.
—Pregúntaselo a ella —sugirió Rafe—. Estoy seguro de que no estaría de acuerdo contigo.
—Tal vez deberías pensar en la posibilidad de realizar un exorcismo.
Rafe sonrió y cerró los ojos, dispuesto a dormir.
—No. Me gusta tener los fantasmas alrededor. Ya he estado demasiado tiempo solo.

Capítulo 9

RAFE NO recordaba casi nunca sus sueños. Por eso pensaba que no soñaba, y le gustaba decirse que tal vez su inconsciente prefería las ensoñaciones, para poder disfrutarlas más durante los periodos de vigilia.

Pero aquella noche soñó. O más bien, tuvo una pesadilla en la que el fuego se alzaba contra la luna, mientras nevaba.

En el sueño, corría desesperadamente mientras las llamas le daban alcance. Sus ojos le dolían por el cansancio y por el horror que había contemplado.

Los hombres volaban en pedazos antes de poder gritar siquiera. El suelo explotaba aquí y allá bajo el fuego de los cañones, y había sangre por todas partes. No podía quitarse de encima el olor de la muerte, y tenía la impresión de que nunca conseguiría librarse de él.

Echaba de menos el olor de las magnolias y las rosas, de las verdes colinas y de los fértiles campos de su hogar. De haber tenido lágrimas que derramar, habría llorado recordando el tranquilo devenir del río que atravesaba la plantación de su familia, la risa de sus hermanas y las canciones de los jornaleros.

Tenía miedo, un miedo profundo a que todo lo que había conocido y amado

desapareciera. Y sólo un deseo cruzaba su mente. El deseo de regresar y verlo por última vez.

Quería ver a su padre de nuevo, decirle que su hijo había intentado comportarse como un hombre.

La batalla rugía en todas partes. En los campos e incluso en su corazón. Muchos de sus camaradas del ejército del sur yacían muertos en aquellas pedregosas y olvidadas tierras de Maryland.

No sabía dónde se encontraba. Se había extraviado. No podía ver por culpa del humo, ni oír nada por el sonido de las armas y por los aterradores gritos de los hombres. De repente, se sorprendió a sí mismo corriendo para salvar su vida, corriendo como si quisiera encontrar un agujero profundo en el que esconderse.

Por desgracia, el miedo se mezclaba con una sensación de vergüenza por haber abandonado el campo de batalla. Había dado la espalda a su responsabilidad, y con ello había perdido también su honor. Ahora, de algún modo, tendría que recobrarlo.

Los bosques eran muy densos, y las hojas caídas cubrían el suelo, con colores dorados y rojizos. Nunca había estado tan al norte, y no había tenido la ocasión de oler la decadencia natural del otoño.

Sólo tenía diecisiete años.

De repente, alguien apareció. Sólo pudo ver un uniforme azul, el uniforme de los yanquis. Estaba tan asustado que disparó mal, y el enemigo lo hizo con más fortuna. La bala se alojó en su brazo. Llevado por el dolor y por el horror, gritó de rabia y cargó contra él con la bayoneta.

En aquel instante, habría deseado no ver nunca sus ojos, los ojos de un enemigo tan joven como él mismo. Sus bayonetas chocaron. Pudo oler la sangre y el miedo, juntos. Entonces, la hoja de su arma se clavó en el estómago del yanqui. Sintió una profunda náusea y cayó al suelo junto con el otro. Permaneció allí un buen rato, bañado en su propia sangre y en la del soldado al que acababa de herir.

El dolor lo estaba destrozando. Ya no podía pensar en nada, salvo en regresar a casa. Entonces, se levantó y vio un edificio en la distancia. Avanzó hacia él como pudo, tropezando con las rocas mientras caminaba entre flores y hojas secas, dejando un rastro sangre a lo largo de todo el recorrido.

Al cabo de un rato, tuvo la impresión de que alguien lo levantaba. Pudo oír voces, dulces, oír una suave voz que cantaba las canciones del sur que tanto amaba.

Aquella mujer tenía un rostro maravilloso, amable y triste al mismo tiempo.

—Tengo que ir a casa —le dijo, agonizando—. Tengo que ir a casa.

—Te pondrás bien —prometió ella—. Te irás a casa en cuanto he hayas recobrado.

La mujer apartó entonces la mirada, y su encantador rostro palideció de repente.

—No, no lo hagas. Está herido —oyó que decía—. Sólo es un niño, Charles. No puedes hacerlo...

En aquel momento, vio la figura de un hombre. Pudo contemplar su pistola y oír sus palabras.

—No permitiré que un canalla confederado invada mi casa. No permitiré que mi propia esposa cuide a un rebelde.

Rafe se despertó de golpe, con el sonido de un disparo en los oídos. Permaneció incorporado un buen rato, escuchando su eco, hasta que, al cabo de unos segundos, el sonido desapareció bajo la tranquila respiración de su hermano.

Estaba helado. Se levantó y añadió unos troncos al fuego. Después, volvió a sentarse y observó las llamas mientras esperaba el amanecer.

Regan dormía como un bebé. Los niños estaban en el colegio, y Cassie ya había salido para ir a su trabajo, de modo que se permitió el lujo de tomar una segunda taza de café. Le encantaba tener un poco de intimidad, pero había descubierto que tampoco le molestaba un poco de compañía.

Le agradaba ver a los niños en la casa, por la mañana, y obtener un beso de Emma o una de las raras sonrisas de Connor. Le gustaba descubrir a Cassie en la cocina, preparando el desayuno, con el pelo revuelto.

Nunca había soñado con la maternidad, pero empezaba a preguntarse si no lo desearía en el fondo. Tal vez podía ser una buena madre.

Cogió la tiza que Emma había dejado sobre la mesa y sonrió al olerla. Le resultó bastante divertido que en tan poco tiempo la casa hubiera empezado a oler a niños. Tizas, plastilina, chocolate y cereales. E igualmente divertido que ella misma se sorprendiera de vez en cuando deseando verlos cuando salía del trabajo.

Ausente, se guardó la tiza en el bolsillo. Ya era tarde, y tenía que abrir la tienda.

Dejó la taza en el fregadero, y después de mirar a su alrededor, abrió la puerta de la cocina y bajó las escaleras para empezar a trabajar.

Apenas había puesto el letrero de «abierto» y regresado al mostrador cuando apareció Joe Dolin.

Su primera reacción fue de alarma. Pero después se alegró de ser ella la que tuviera que enfrentarse a él, sobre todo porque Cassie no se encontraba cerca.

En los tres años transcurridos desde que lo conocía, había ganado bastante peso. Todavía resultaba un hombre musculoso, aunque la grasa lo rodeara. Imaginó que en el pasado debía haber sido un hombre atractivo, antes de que su rostro se redondeara y sus ojos marrones se hundieran bajo unas prominentes bolsas.

Tenía un diente roto, cortesía del joven Rafe.

Y una nariz partida cuyo responsable era la misma persona.

Recordó con disgusto que más de una vez había intentado tocarla. Y bastantes veces lo había descubierto observándola sonriente, con ojos lascivos.

Regan no se lo había dicho nunca a su amiga. Y no pensaba hacerlo.

Se abrazó a sí misma. Joe cerró la puerta con delicadeza, se quitó la gorra y la cogió con ambas manos, como un criado ante una reina.

—Siento molestarte, Regan.

Su educada voz y su tono suave estuvieron a punto de convencerla. Pero entonces, recordó las heridas que había sufrido Cassie.

—¿Qué quieres, Joe?

—He oído que Cassie vive contigo. Le alegró escuchar que no se refería a los niños.

—Es cierto.

—Imagino que ya sabes lo que ocurrió.

—Sí, lo sé. Le diste una paliza y te arrestaron.

—Estaba borracho.

—Puede que el juez lo considerara un eximente, pero yo no.

Joe entrecerró los ojos, pero mantuvo la cabeza baja.

—Me siento muy mal por lo que hice. No he hecho otra cosa durante estos días que pensar en ello. Ahora lo han arreglado todo para que no pueda acercarme a mi mujer para pedirle disculpas. Y he venido para pedirte un favor.

El hombre levantó la mirada entonces. En sus ojos se veía algo parecido a la tristeza.

—Cassie siempre ha respetado tu buen juicio.

—Y yo el suyo.

No pensaba dejarse engañar por las falsas lágrimas de aquel hombre. Era la típica actitud de todos los canallas y de todos los psicópatas. Intentaban convencer a los demás con buenas palabras y actitud sumisa, y, de vez en cuando, lo conseguían.

—Sí, bueno. Esperaba que hablaras con ella en mi nombre. Quiero que me dé otra oportunidad. No puedo pedírselo en persona, por culpa de esa injusta orden. Pero a ti te escucharé.

—Crees que poseo una influencia sobre ella que no tengo, Joe.

—Te escucharé —insistió—. Siempre hablaba sobre lo inteligente que eres. Le dijiste que fuera a vivir contigo y lo hizo.

Regan se apoyó en el mostrador.

—Si me hubiera escuchado como dices, te habría abandonado hace años. Joe se tensó.

—Mira, un hombre tiene derecho a...

—¿A torturar a su esposa, a humillarla? No es cierto. Ni a mis ojos ni a los ojos de la ley. Y no pienso pedirle que vuelva contigo. Si es todo lo que querías decir, será mejor que te marches.

Joe apretó los dientes y sus ojos brillaron con rabia. Su estrategia no había servido para nada y empezaba a mostrar su verdadero rostro.

—Siempre tan estirada y estúpida. Crees que eres mejor que yo.

—No, no es que lo crea. Es que soy mejor que tú. Sal de mi tienda de inmediato o haré que el sheriff MacKade te encierre por acoso.

—Una esposa pertenece a su marido —declaró, pegando un puñetazo sobre el mostrador—. Dile que será mejor que vuelva a casa si sabe lo que es bueno para ella. Y lo que es bueno para ti.

Regan tuvo miedo, pero se contuvo a duras penas. Cerró el puño sobre la tiza que llevaba en el bolsillo, como si fuera un talismán.

—¿Me amenazas? —preguntó con frialdad—.

No creo que a tu abogado le agradara mucho. ¿Quieres que lo llame para decírselo?

—Bruja asquerosa. No eres más que una bruja frígida que ni siquiera puede conseguir un hombre de verdad —dijo, deseando poder golpearla—. Si insistes en interponerte entre y mi esposa, recibirás tu merecido. Cuando termine con ella, vendré a por ti. Y entonces, veremos dónde acaba tu orgullo —se puso la gorra y se dirigió hacia la puerta—. Será mejor que se lo digas —continuó—. Dile que estaré esperando. Recomiéndale que pida a ese imbécil de MackKade que rompa la orden, y que vuelva a casa antes de la hora de cenar. Hoy mismo.

En cuanto cerró la puerta, de golpe, Regan tuvo que apoyarse de nuevo en el mostrador. Le temblaban las manos y estaba aterrorizada, una sensación que no le gustaba en absoluto. Cogió el auricular del teléfono, con la primera intención de llamar a Rafe para pedir su ayuda. Pero se detuvo.

Volvió a colgar. Habría sido un error, por muchos motivos. En cuanto lo supiera, destrozaría a aquel individuo. Probablemente, saldría herido de la disputa, y por si fuera poco, una pelea no resolvería las cosas.

Se irguió y respiró profundamente para tranquilizarse. Se preguntó dónde estaba su dignidad, su confianza. Siempre se las había arreglado para solucionar cualquier situación, y lo que sentía por Rafe no debía cambiar aquello. No podía permitirlo. De manera que haría lo correcto, lo práctico y lo necesario. Descolgó el teléfono de nuevo y marcó el número del despacho del sheriff.

Regan dejó la taza de té a un lado.

—Al principio, se comportó con mucha educación. Lo subestimé y creí que no podría engañarme, pero estuvo a punto de hacerlo.

Devin frunció el ceño al ver la grieta que había hecho en el mostrador, al dar el puñetazo. Pero se sentía aliviado en el fondo. Podía haber sido mucho peor.

—No pensaba que pudiera llegar tan lejos.

—Desde luego, no parecía borracho —explicó ella—. No creo que hubiera bebido, y su actitud era tan brutal como de costumbre. Por desgracia, no tengo testigos. Sólo estábamos él y yo.

—Denúncialo y actuaré contra él.

—Parece que estés deseando hacerlo.

—No sabes hasta qué punto.

—Lo denunciaré. ¿Pero qué hay de Cassie?

—Uno de mis ayudantes fue hacia la cafetería donde trabaja en cuanto me llamaste. Se quedará allí todo el día, tomando café a cuenta de la comisaría. He enviado otro agente al colegio.

—Los niños —dijo, atemorizada—. ¿Crees que intentará algo contra ellos?

—No lo creo. Seguramente no le importan en absoluto.

—Tienes razón —declaró, intentando sentirse aliviada—. No dijo ni una palabra sobre ellos, sólo sobre Cassie. Era como si sus hijos no existieran para él. Bueno, en tal

caso, cerraré e iré contigo, si es lo correcto.

—Cuanto antes lo hagas, mejor. Es probable que esté en su casa, bebiendo como un cerdo y esperando que regrese su esposa.

En cuanto presentó la denuncia, Regan caminó hacia el mercado. Tenía la impresión de que tanto ella como Cassie necesitarían tranquilizarse, y pensó que una buena comida les iría bien. Compró espagueti, albóndigas de carne y unos cuantos dulces.

Mientras esperaba a que le dieran las cosas, intentó no reír. La brigada de las cotillas se acercaba a ella, cuchicheando y mirándola de forma extraña.

La señora Metz, una individua bastante gorda, la saludó.

—Hola, Regan. Me pareció que eras tú.

—Hola —dijo, devolviendo el saludo a la más cotilla de todas—. ¿Crees que tendremos otra tormenta de nieve?

—Peor. Será de hielo —contestó, moviendo la cabeza—. Lo he oído en la radio. Ya estamos en febrero, pero el invierno no tiene intención de terminar nunca. Me sorprende verte aquí a estas horas.

—No hay muchos clientes —declaró, mientras pagaba sus compras—. Todo el mundo está hibernando.

—Sé lo que quieres decir. Pero creo que te has buscado un buen negocio en la vieja casa de los Barlow, ¿no es así?

—Sí —contestó, apoyándose la bolsa en la cadera—. La rehabilitación va bastante bien. Será un sitio precioso cuando hayamos terminado.

—Nunca pensé que vería el día en que alguien se molestara en arreglarla. Claro, que jamás pensé que Rafe MacKade regresara al pueblo —comentó, con ojos brillantes y llenos de curiosidad—. Supongo que las cosas le fueron bien en el sur.

—Al parecer.

—Nunca se sabe con los MacKade. Siempre la sorprenden a una. Recuerdo cuando Rafe se estrelló con una furgoneta cuando aún no tenía carnet de conducir. Eso fue poco después de que su padre muriera, si no recuerdo mal. Siempre fue un salvaje y siempre lo será. Perseguía a las chicas, buscaba peleas, y corría a toda velocidad con la motocicleta que se compró. Hubo un tiempo en que cada vez que había un problema, uno de los MacKade tenía algo que ver.

—Supongo que los tiempos cambian.

—No tanto, no —rió—. Lo he visto un par de veces desde que regresó, y sigue teniendo la misma mirada. Un pajarito me ha dicho que se interesa por ti.

—Pues tu pajarito tiene razón. Y yo también me intereso por él.

La señora Metz rió de buena gana.

—Tendrás que tener cuidado con él. No creo que siente la cabeza con facilidad. Los malos chicos se convierten en hombres peligrosos cuando crecen.

—Lo sé —sonrió—. Creo que es una de las

razones por las que me gusta. Todo saldrá bien, señora Metz.

—Seguro —rió.

La señora Metz se dirigió entonces al dependiente.

—Y tú, deja de mirarnos y atiéndeme. Nunca te convertirás en un hombre tan peligroso como para llamar la atención de mujeres así.

Encantada y divertida con su encuentro, Regan caminó calle abajo. Pensó que, a fin de cuentas, no era tan mal sitio, y saludó con la mano a un vecino que hizo lo propio desde el otro lado de la calle. Las aceras estaban mal cuidadas, resquebrajadas por los hierbajos y por el hielo; la biblioteca sólo abría tres días a la semana; y la oficina de correos cerraba por las tardes. Pero, a pesar de todo, o tal vez por ello, era un buen sitio. Aunque no creía que Rafe se hubiera dado cuenta.

Al llegar a la esquina, torció por la calle principal. El hijo pródigo había regresado, sin que lo recibieran con fanfarrias y vítores. Y cuando se marchara de nuevo, lo haría igualmente en silencio. No despertaría nada, salvo algún comentario en la oficina de correos o unas cuantas palabras en la casa de algún vecino. Pero la vida seguiría igual que siempre.

Sólo esperaba que ella también.

Se dirigió hacia la tienda y se dijo que era mejor vivir el presente, disfrutar mientras pudiera. No debía pensar en un hipotético futuro. Siempre habían sido sus normas, y quería mantenerse fiel a ellas. Sólo tenía que seguirlas. Y si encontraba una buena excusa para dejarse caer por su casa más tarde, mejor que mejor.

Sacó las llaves del bolsillo, contenta con la idea, y subió las escaleras cargada con la compra.

Si no hubiera estado perdida en sus pensamientos, si no se hubiera dejado llevar por sus ensoñaciones con Rafe, tal vez se habría dado cuenta. Demasiado tarde vio que habían arrancado la puerta de cuajo, aunque alguien la había dejado en su lugar. Y la sorpresa hizo que permaneciera allí, sin hacer nada, durante unos segundos preciosos.

Justo en el preciso instante en que se daba la vuelta para salir corriendo, Joe apartó la puerta y la arrojó al suelo. Acto seguido la cogió del cuello.

—Me preguntaba qué bruja llegaría antes. Y has sido tú. Hacía tiempo que deseaba ponerte las manos encima.

Su aliento olía a alcohol barato.

Apretó los labios contra su oreja, excitado por su resistencia.

—Voy a enseñarte cómo es un hombre de verdad. Te arrancaré esa ropa sin estilo y haré que tengas una experiencia maravillosa.

Con la mano que tenía libre, empezó a acariciarle los senos. Regan estaba tan asustada que durante unos segundos el miedo la cegó.

—Creo que voy a probar lo que ya ha probado ese bastardo de Rafe MacKade. Y después, te destrozaré la cara, para que nadie pueda llegar a pensar que una vez fuiste una mujer bonita.

La arrastró hacia el interior de la casa. El horror de lo que podía suceder la asaltó con fuerza. Intentó resistirse. Todo lo que había comprado se esparció por el suelo, y sus tacones resbalaron sobre la superficie de la puerta.

—Si Cassie se presenta, haré lo mismo con ella. Pero primero pienso divertirme

contigo.

Le tiró con fuerza del pelo, y cuando ella se quejó, él sonrió. Le gustaba causar dolor.

Entonces, Regan recordó que aún llevaba las llaves en la mano. Agarró la más larga con fuerza y echó el brazo hacia atrás con tanta rapidez como pudo, esperando clavárselas.

Joe gritó como un perro herido y aflojó su presa. Ella aprovechó la oportunidad para salir corriendo escaleras abajo, en la certeza de que podía volver a capturarla en cualquier instante. Poco antes de llegar abajo tropezó y cayó sobre sus rodillas. Miró hacia atrás, atemorizada.

Entonces lo vio en la escalera, con una mano en la cara mientras la sangre corría entre sus dedos. Regan se levantó como en trance y caminó lentamente hasta que llegó a la cafetería. Respiró profundamente, presa del pánico, y entró. Después, cerró la puerta a sus espaldas, sin darse cuenta de que una de las mangas de su abrigo estaba rota, sin ser consciente de los desgarrones y de la sangre que manchaba sus pantalones.

Cassie dejó caer la bandeja que llevaba en las manos, tirándolo todo al suelo.

—¡Regan! ¡Dios mío!

—Creo que deberías llamar a Devin —acertó a decir, con lentitud—. Joe está en la escalera de mi casa. Creo que lo he herido. Tengo que sentarme...

Ed, que lo había escuchado todo, corrió hacia Regan para ayudarla.

—Llama a Devin ahora mismo. Vamos, Regan, tranquilízate. Respira profundamente. Así, buena chica.

Después, miró con irritación a los seis vecinos que se encontraban en el local y dijo:

—Y bien, ¿a qué estáis esperando? Que alguien vaya a coger a ese canalla y que se lo entregue al sheriff. Tú, Horacio, levanta el culo y trae un vaso de agua para la chica.

Las firmes órdenes de Ed pusieron a todo el mundo en movimiento. Satisfecha, siguió tranquilizando a Regan. Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo y lo encendió con una cerilla de cocina. Después de aspirar una larga bocanada, sonrió y dijo:

—Bueno, ya tienes mejor color. Espero que le hayas hecho mucho daño, cariño.

Cuando se encontró sentada en el despacho del sheriff, calentándose las manos con el café que Shane le había preparado, Regan pensó que ya había pasado lo peor. Todo había ocurrido tan deprisa que apenas había tenido tiempo de pensar en ello. Pero el miedo había desaparecido, y había regresado su buen juicio.

A su lado se encontraba Cassie, sentada y sin decir nada. Shane caminaba de un lado a otro, como un boxeador preparado para la pelea. En cuanto a Devin, se encontraba en su escritorio, rellenando un informe con frialdad.

—Siento tener que pedirte que me lo cuentes todo otra vez, Regan —dijo—. Cuanto más clara sea tu narración de los hechos, más fácil será encerrarlo.

—No te preocupes. Ya me encuentro mucho mejor. Me gustaría dejarlo claro de una vez. Puedo...

De forma inconsciente, se llevó las manos a sus destrozados pantalones. Las rodillas le escocían bastante, tanto por el antiséptico que le había aplicado Ed como por su duro encontronazo con el suelo.

Dejó de hablar al ver que la puerta se abría. Durante unos segundos no vio nada salvo el rostro de Rafe. Un rostro pálido, duro como una roca. Sus ojos verdes brillaban con odio, como si estuviera dispuesto a asesinar a alguien.

Su corazón empezó a latir más deprisa. Y antes de que pudiera levantarse, Rafe llegó a su altura, la levantó y se fundió con ella en un largo abrazo que a punto estuvo de triturar sus costillas.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás herida? Su voz sonaba rota. Ni siquiera podía pensar. Desde el momento en que supo que la habían atacado, el terror lo dominó. Cuando la abrazó, su cuerpo estaba helado por la tensión. Y tal vez por ello, Regan comenzó a temblar.

—Estoy bien, de verdad. Yo...

No pudo terminar la frase. De hecho, de haber podido le habría gustado hacer el amor con él.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó, acariciando su pelo—, ¿Te ha puesto la mano encima?

Regan no era capaz de contestar. Se limitó a apretar la cara contra su hombro.

Rafe miró a Devin, con ojos ardientes como antorchas.

—¿Dónde está?

—Bajo custodia.

Rafe miró hacia las celdas, que se encontraban en la parte de atrás.

—No está aquí —dijo el sheriff, con tranquilidad—. No podrás encontrarlo.

—¿Crees que puedes impedírmelo? Jared se dirigió a su hermano Rafe y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Por qué no te sientas?

—Déjame en paz.

—Ahora, es problema de la ley —explicó Devin.

—Pues que la ley se vaya al infierno, y tú con ella. Quiero saber dónde está.

Shane sonrió con malicia, preparado para la acción.

—A mí tampoco me importaría ponerle la mano encima. Siempre detesté a ese canalla.

—Cállate —murmuró Jared, mirando a Cassie.

—Sigue con tus estúpidas leyes —dijo Shane—. En este asunto, apoyo a Rafe.

—No necesito tu ayuda —dijo Rafe—. Y en cuanto a ti, Devin, será mejor que te apartes de mi camino.

—No pienso hacer tal cosa. Y ahora, siéntate o tendré que encerrarte.

Todo ocurrió tan deprisa que Regan apenas tuvo tiempo de apartarse cuando Rafe se levantó como impulsado por un resorte y cogió a su hermano por la camisa.

Hasta entonces siempre se había considerado una persona fría y capaz de controlar cualquier situación, pero estaba equivocada; y por si fuera poco, era consciente de que la sangre podía correr en cualquier momento.

—Basta —dijo, en voz apenas audible—. ¡Basta! ¡Basta de una vez!

Esta vez, el sorprendente tono de su voz hizo que Rafe se detuviera antes de golpear a su hermano. Cuatro hombres la miraron al unísono, como estatuas en mitad de una batalla.

—Os estáis comportando como niños. Peor que niños. ¿Qué bien haréis pegándoos? Qué típico —dijo, disgustada—. Es el típico comportamiento de una panda de cretinos. Vaya héroes. No pienso quedarme aquí mientras os dedicáis a destrozaros.

Acto seguido, cogió su abrigo.

—Siéntate, Regan —dijo Rafe—. Siéntate. Oh, Dios mío, te has destrozado las manos...

Rafe la llevó a la silla de nuevo y besó sus palmas. Aquel gesto cariñoso tranquilizó al resto de los MacKade.

—¿Qué esperas que haga? —preguntó él, frustrado—. ¿Cómo quieres que me sienta?

—No lo sé —contestó, puesto que ni siquiera ella misma sabía lo que sentía—. Sólo quiero terminar de una vez con esto. Por favor, deja que Devin me diga qué tengo que hacer para poder marcharme.

—Muy bien —la soltó—. Haz lo que consideres adecuado.

Regan aceptó la taza de café que le ofreció Jared. Devin empezó a hacer preguntas, que contestó. Rafe escuchó con atención y después,

se marchó sin decir una sola palabra, un acto que Regan comprendió sin dificultad.

—Devin, ¿puedes decirme qué debo esperar a partir de ahora?

—Mi ayudante te llamará cuando terminen de curar a Joe en el hospital. Lo transferirán a otro lugar. Ha roto su palabra y quebrantado la orden, así que esta vez lo condenarán.

Devin miró a Cassie y se dijo que no era una gran satisfacción. La mujer no había dicho nada en más de treinta minutos.

—Ahora tendrá que enfrentarse a acusaciones adicionales —continuó el sheriff—. Allanamiento de morada, agresiones e intento de violación, sin contar los daños a la propiedad. Es posible que haya un juicio y que tengas que testificar.

—Lo haré.

—Bajo las actuales circunstancias, cabe la posibilidad de que su abogado le recomiende que se declare culpable y pida clemencia.

—Yo lo haría, desde luego —dijo Jared.

—Sí, bueno —dijo Devin, al que tampoco le gustaba aquella situación—. En cualquier caso, estará bastante tiempo encerrado. Imagino que de tres a cinco años. No volverá a molestaros a ninguna de las dos.

—Magnífico —respiró aliviada Regan—. ¿Podemos irnos a casa?—Claro. Estaremos en contacto.

Por primera vez desde que entró en el despacho, Cassie habló para decir, en voz muy baja:

—No puedo ir contigo.

—Por supuesto que puedes.

—¿Cómo?— preguntó, mirándola con sus suaves ojos grises—. ¿Cómo podría después de lo que te ha hecho?

—Ha sido él, no tú. Tú no eres responsable de nada.

—Sí que lo soy —respondió, mirándola—. Sé muy bien lo que podría haberte sucedido si no te hubieras resistido a él. Te habría hecho lo que tantas veces me hizo a mí. Y eres la mejor amiga que he tenido en toda mi vida.

—En tal caso, deja que siga siéndolo. —Sé que ya me has perdonado.

—Cassie, no hay nada que perdonar. No sigas con ese discurso— murmuró Regan, cogiéndola de la mano.

—Tengo que hacerlo, porque ahora tendré que aprender a perdonarme a mí misma. Me llevaré a mis hijos a casa e intentaré darles la vida que se merecen. Tengo que aprender a cuidar de ellos y de mí. Necesito hacerlo.

—Espera unos días.

—No. Es mejor que empiece ahora —dijo, cerrando los ojos antes de mirar a Jared—. ¿Puedes ayudarme?

—Por supuesto que sí. Haré lo que tú quieras. Hay muchos programas de ayuda que...

—No, no me refería a eso —declaró con firmeza—. Quiero iniciar los trámites de divorcio hoy mismo. Necesito que me digas lo que debo hacer.

Jared pasó un brazo por encima de sus hombros.

—Muy bien. ¿Por qué no vienes conmigo? Nos encargaremos de todo.

En cuanto se marcharon, Shane murmuró:

—A buenas horas. Todos sabemos de sobra que debió librarse de ese canalla hace años. Devin lo miró de forma recriminatoria.

—Nadie lo duda —dijo Regan, sorprendida con su propio nerviosismo—. Pero ha sido muy duro para ella. Y seguirá siéndolo.

—No se habría atrevido si no hubiera hecho daño a otra persona —gruñó el sheriff—. Necesitaba que ocurriera algo así para reaccionar.

—En tal caso, me alegro de que me haya atacado. Y me alegro de haberle hecho daño

—declaró Regan, respirando profundamente—. ¿Le di en el ojo?

Llevaba un buen rato deseando preguntarlo.

—No lo sé. Pero si quieres, te lo diré cuando me hayan informado.

—Hazlo. Has estado maravilloso, Devin. Sé que Rafe estaba muy enfadado, pero no tenía razón con sus acusaciones. Has hecho todo lo que has podido. Y lo has hecho bien.

—Si lo hubiera hecho tan bien como dices, nada de esto habría sucedido.

—Sabes de sobra que no es así. En fin, me voy a casa. Tomaré una aspirina y me meteré en la cama durante unas horas. Por favor, llámame cuando sepas algo.

—Lo haré. ¿Shane?

Shane ya había recogido el abrigo de Regan, y estaba ayudándola a ponérselo.

—Siempre me adelanto a tus ideas. Te llevaré a tu casa y arreglaré la puerta.

—Gracias —sonrió ella, antes de besarlo en la mejilla—. Aunque tengáis mal genio, los MacKade no sois tan malos.

—Pequeña, te equivocas. Lo somos. Hasta luego, Dev.

Pasó un brazo alrededor de su cintura, y, cuando entraron en su furgoneta, añadió:

—Rafe se tranquilizará. Sólo necesita desfogarse con algo.

—¿Ésa es la solución?

—Suele funcionar.

—Pero tú habrías ido con él a buscar a Joe.

—Todos habríamos ido —dijo, mirando por el retrovisor antes de dar la vuelta—. Dev y Jared habrían insistido un rato con el discursito de la ley y el orden, pero al final habríamos acabado con él. Y debo decir que habría sido divertido.

—Divertido—repitió. A punto estuvo de reír.

—Nadie puede meterse con la chica de un MacKade.

—¿Ah, sí? ¿Así que ya entro en esa categoría? Shane se dio cuenta de que había metido la pata.

—Bueno, sólo quería decir que... como sales con Rafe... En fin, mejor no digo nada. Cuando llegaron a la base de las escaleras, Shane miró hacia arriba y declaró:

—Me temo que ya no tengo nada que hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Que creo que alguien ha arreglado la puerta.

Subieron las escaleras para asegurarse.

—En efecto. Está arañada, pero han vuelto a colocarla en su sitio. Un buen trabajo. Supongo que habrá sido Rafe.

—Ya veo. Tendré que darle las gracias, ¿no te parece?

—Sí —contestó, haciendo ademán de marcharse—. ¿Estarás bien? ¿Quieres que haga algo por ti, que me quede cerca?

—No, no, no es necesario. Estoy bien. Muchas gracias por acompañarme.

Le costó bastante sacar las llaves del bolsillo, pero lo hizo.

—De nada.

Mientras regresaba a la camioneta, Shane pensó que su hermano Rafe tenía un buen problema. Y pensando en él, no dejó de sonreír durante todo el camino de vuelta.

PODER GOLPEAR algo le hacía sentirse mejor, aunque sólo fuera un clavo. En cualquier caso, y con la intención de no hacer daño a nadie, o de no hacérselo a sí mismo, se había encerrado en el dormitorio del ala este. El brillo de sus ojos había mantenido alejados a los trabajadores, que sabían que debían mantener las distancias si querían conservar los dientes en su sitio.

Los golpes de la obra resonaban con fuerza, como perfecto contrapunto a su mal humor. Rafe cogió el martillo y golpeó con rabia el clavo. Cada vez que clavaba uno, en su imaginación descargaba un puñetazo en el rostro de Joe Dolin.

Cuando la puerta se abrió a sus espaldas. Rafe habló sin darse la vuelta.

—Largo de aquí. Márchate o te despido.

—Bueno, hazlo si quieres —dijo Regan, cerrando la puerta—. En tal caso, podría decir lo que he venido a decir sin dañar nuestra relación profesional.

Rafe se volvió y la miró durante unos segundos. Notó de inmediato que se había cambiado. No se trataba de los nuevos pantalones, sino de todo lo demás. Se había cambiado de camisa, y hasta de joyas. De los pies a la cabeza, su aspecto era pulcro y elegante.

Pero aún recordaba cómo la había visto. Aterrorizada, frágil, pálida, con su ropa destrozada y llena de sangre.

—No creo que sea buena idea que hablemos ahora —dijo Rafe.

—Tal vez tengas razón, MacKade, pero estoy aquí.

Regan había tenido que ducharse, y hasta que frotarse con energía allá donde Joe la había tocado. Pero ya se había recuperado, y se encontraba dispuesta a enfrentarse con Rafe.

—Me gustaría saber qué diablos ocurre contigo.

Rafe pensó que, si se lo decía, se reiría en su cara. Y era lo único que necesitaba para que su paciencia estallara de una vez.

—Estoy ocupado, Regan. El mal tiempo me ha costado todo un día de trabajo.

—No me vengas con ésas. Y mírame cuando hables conmigo, maldita sea. ¿Por qué te has marchado del despacho de tu hermano de ese modo?

Rafe se dio la vuelta, por fin, y ella lo miró con los brazos en jarras.

—Tenía cosas que hacer.

Como para ilustrar la opinión que tenía sobre ello, Regan pegó una patada a la caja de herramientas.

—Y supongo que tendré que darte las gracias por haber arreglado mi puerta.

—Si quieres, te cobraré el trabajo.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —preguntó—. No he hecho nada que...

Rafe cogió el martillo que tenía entre las manos y lo lanzó con mal humor contra una pared que acababan de arreglar.

—No, no has hecho nada malo. Sólo conseguiste que te hirieran, que te empujaran, que te golpearan y que estuvieras a punto de ser violada. Y todo porque no quisiste llamarme. ¿Para qué ibas a hacerlo? —preguntó con amargura.

Regan pensó que era mejor que alguno de los dos se tranquilizara un poco. Y a

tenor de su mirada, parecía más fácil que fuera ella.

—Sé que estás enfadado por lo que ha sucedido.

—Sí, lo estoy. Y bastante. Por favor, márchate de aquí.

—No lo haré —insistió, levantando la barbilla—. Venga, gran hombre, sigue arrojando cosas. Cuando hayas terminado, podremos mantener una conversación civilizada.

—Será mejor que te metas en esa obtusa cabecita que tienes que no hay nada civilizado en mí.

—Oh, vaya. ¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Pegarme un tiro? Eso demostraría que eres más hombre que Joe Dolin.

Los ojos de Rafe se clavaron con ella, con una mezcla de rabia y dolor que la avergonzó por haber sido tan injusta. Levantó ambas manos y dijo:

—Lo siento. No te merecías un comentario tan desafortunado. No lo decía en serio.

Rafe aprovechó para hablar antes de que continuara.

—No, no me vengas con ésas. En general, dices lo que piensas. Muy bien, ¿quieres tener una conversación? Pues la tendremos.

Caminó hacia la puerta y la abrió. Entonces, se asomó al pasillo y gritó:

—¡Fuera todos! ¡Vamos, fuera, ahora mismo!

Cerró la puerta de golpe, satisfecho al oír que los trabajadores huían a toda velocidad.

—No era necesario que detuvieras las obras —dijo ella—. Estoy segura de que sólo tardaremos unos minutos.

—A veces las cosas no salen como se piensa.

—No sé qué quieres decir.

—No, supongo que no.

Rafe abrió la puerta de nuevo y gritó:

—¡Que alguien me dé un maldito cigarrillo!

Pero no había nadie que pudiera escucharlo, de modo que volvió a dar otro portazo.

Regan lo observó, fascinada, mientras caminaba de un lado a otro, maldiciendo y jurando. Llevaba subidas las mangas de la camisa, y se había puesto un cinturón para sujetarse las herramientas en la cintura. Parecía un bandido que estuviera a punto de robar algo o matar a alguien.

Una situación bastante ridícula para empezar a excitarse.

—Podría hacer café —dijo ella, que se arrepintió de inmediato al ver su mirada—. O no. Rafe...

—Cállate.

—No me gusta que me hablen de ese modo.

—Pues tendrás que acostumbrarte. Ya me he contenido demasiado contigo.

—¿Contenido? —preguntó, asombrada—. ¿Contenido? Me gustaría saber cómo te comportas cuando no te contienes.

—Estás a punto de averiguarlo —gruñó, mascullando—. ¿Te molestó que me marchara? Muy bien, ahora averiguarás cómo te habría tratado si me hubiera quedado.

—No se te ocurre tocarme —espetó, cerrando los puños—. Ni se te ocurra.

Rafe cogió uno de sus puños y la arrastró hacia la puerta.

—Lo siento, cariño. Te di la oportunidad de marcharte y no la has aprovechado.

—No me llames «cariño» con ese tono de voz.

Rafe soltó su mano y se alejó. Era mejor para ambos.

—Dios mío, eres insufrible. Quieres saber por qué me marché, ¿verdad? Ésa es la pregunta del año. ¿Y para eso has venido hasta aquí?

—Sí.

—Pero no viniste esta mañana cuando te amenazaron. Ni viniste a mí cuando te golpeó —dijo con amargura.

—Tenía que contárselo a Devin.

—Sí, claro. ¿Sabes que leí tu declaración, Regan? Dolin fue esta mañana a tu tienda, tal y como pensé.

—Y supe arreglármelas sola. Tal y como te dije.

—Sí, por supuesto. Eres magnífica resolviendo problemas. Te amenazó. Te aterrorizó.

—Sí, es cierto, me asustó. Por eso llamé a Devin.

Regan estaba aún más asustada por el camino que llevaba la conversación.

—Exacto. No me llamaste a mí, sino al sheriff, para presentar cargos.

—Claro. Quería que arrestaran a Joe.

—Qué bien. Y luego te fuiste tan tranquila de compras.

—Yo pensé que... Pensé que Cassie se entristecería y quería... Bueno, creía que una buena comida haría que nos sintiéramos mejor.

—Tuviste tiempo de ir al mercado, de ver a Devin y de regresar a tu casa, pero no tuviste tiempo para llamarme. Ni siquiera se te ocurrió, ¿verdad?

—Yo... Pensé en ello. Fue mi primera reacción, pero me tranquilicé y preferí no llamarte.

—¿Te tranquilizaste?

—Sí. Me di cuenta de que era mi problema, y de que debía resolverlo yo sola.

Su sinceridad lo atravesó como una espada, dividiéndolo en dos partes, una irritada y enfadada y la otra destrozada y triste.

—Y después de que te atrapara, de que te pusiera las manos encima, de que te hiriera y de que intentara...

Rafe no pudo decirlo. Si lo hacía, se hundiría del todo.

—Tampoco me llamaste entonces —continuó—. Tuve que enterarme por Shane, porque se encontraba con Devin cuando llegaste y supuso que me interesaría.

Regan empezaba a darse cuenta de que lo había herido con su comportamiento. No había sido su intención, pero había demostrado una terrible falta de confianza.

—Rafe, no pensaba lo que hacía. Estaba demasiado nerviosa. Cuando por fin empecé a pensar, ya estaba en el despacho de Devin. Todo sucedió muy deprisa —dijo

aceleradamente, intentando excusarse—. Era como si no fuera real.

—Pero te enfrentaste a ello.

—Tenía que hacerlo. No habría servido de nada que me hundiera.

—Desde luego, eres muy buena haciendo sola las cosas —espetó, recogiendo el martillo—. Sin contar con nadie. O más bien, sin contar conmigo.

—Tenía que hacerlo, porque...

—Porque no quieres ser como tu madre.

De repente, Regan se dio cuenta de lo estúpida, sencilla y exacta que era aquella explicación.

—De acuerdo, tal vez. Para mí, es importante ser independiente, pero eso no tiene nada que ver con este asunto. Si no te llamé, fue sólo porque...

—Porque no me necesitabas —declaró, observándola con intensidad—. No me necesitabas.

Una nueva clase de pánico iba creciendo en el interior de Regan.

—No es cierto.

—Oh, claro —sonrió con frialdad—. A ti sólo te interesa el sexo. Si he llegado a sentir algo por ti, es asunto estrictamente mío, ¿no? No te preocupes, no volveré a cometer el mismo error.

—No se trata de sexo.

—Por supuesto que se trata de sexo. Supongo que es todo lo que tenemos en común tú y yo. Muy bien, pues ya sabes dónde encontrarme cuando estés caliente. Regan palideció.

—Eso que acabas de decir es horrible.

—Son tus reglas, cariño. Y no demasiado complicadas, por otra parte.

—No quiero que las cosas sean así entre nosotros.

—Pues ahora yo sí. Lo tomas o lo dejas.

Rafe se sacó otro clavo del cinturón y lo clavó en la madera. No pensaba darle otra oportunidad para que le hiciera daño. Ninguna mujer lo había dañado tanto en toda su vida.

Regan abrió la boca para decir algo. No sabía qué hacer. Estaba a punto de llorar. Tal vez era el peor momento de todos para descubrir que estaba enamorada de él.

—¿Eso es lo que realmente sientes?

—Yo también intento decir lo que pienso. Regan se tragó las lágrimas, negándose a dejar que la humillara.

—Y todo esto, sólo porque te has enfadado por lo sucedido. Por la manera que he tenido de enfrentarme a ello.

—Digamos que has dejado bien claras las cosas. No quieres que nadie se interponga en tu vida.

—No, yo...

—Pues bien, yo tampoco. Tengo mi orgullo. Y no me gusta que vayas a pedir la ayuda de mi hermano en lugar de pedir la mía. Como dijiste, estaba fuera de mí. Las cosas se quedarán tal y como estaban entre nosotros. Tal y como son.

Regan no se había dado cuenta hasta entonces de que prefería su mal humor a su calculado desinterés.

—No estoy segura de que sea posible. No puedo contestarte en este momento.

—Ya lo has hecho, y muy bien.

—Si quieres suspender nuestra relación profesional, puedo darte la dirección de otros decoradores de la zona.

—No te preocupes —dijo, dándose la vuelta para mirarla—. No es necesario.

—Muy bien, en tal caso, me encargaré de arreglar las cosas.

Regan se dio la vuelta y alcanzó el pomo de la puerta. Se sentía hundida, pero consiguió salir con rapidez. No empezó a correr hasta que llegó al exterior, con el viento golpeando sus mejillas.

Cuando oyó que la puerta se cerraba, Rafe se sentó en el suelo. Al escuchar los sollozos del fantasma, se llevó las manos a la cara.

—Sé muy bien cómo te sientes —murmuró.

Era la primera vez en toda su vida que alguien se las había arreglado para partírle el corazón. Sólo lo animaba pensar que sería la última.

Por fin llegó la tormenta de hielo que habían predicho, y pasarían varios días antes de que la temperatura volviera a ascender. Cada noche, los termómetros se congelaban y alcanzaban mínimos aún más terribles.

Pero a Rafe no le importaba en absoluto. El mal tiempo le daba una perfecta excusa para permanecer donde se encontraba, trabajando veinticuatro horas al día. Con cada clavo que clavaba, cada pared que arreglaba, la casa era más y más suya.

Cuando no podía dormir, incluso después de un día agotador, paseaba por la mansión como el resto de los fantasmas.

Estaba demasiado ocupado como para pensar en Regan, o, al menos, era lo que quería creer. Y cuando la recordaba, trabajaba con más ahínco.

Devin encendió un cigarrillo y observó a su hermano mientras colocaba la barandilla recién pintada.

—Tienes mal aspecto. ¿Recuerdas El retrato de Donan Gray? Pues bien, tú eres como el cuadro y la mansión como el viejo Dorian.

—Echa un vistazo o cállate.

—Es un bonito color —dijo, echando la ceniza en una taza vacía—. Si te gusta el rosa.

—¿Estás intentando algo?

—Sólo tener una conversación. Han transferido a Joe desde el hospital esta misma mañana.

Los ojos de Rafe brillaron.

—No es asunto mío.

—No ha perdido el ojo, pero llevará un parche durante una buena temporada. Aún no saben si tendrá secuelas permanentes.

—Tendría que haberle clavado las llaves entre las piernas.

—Sí, es una lástima que no lo hiciera. Supuse que querrías saberlo. Se ha declarado culpable de los cargos de allanamiento de morada y agresión, con la intención de que la acusación de intento de violación no siga adelante y pueda evitar el juicio. Pero no creo que lo consiga.

—¿Cuántos años le caerán?

—Imagino que tres. Pero antes de que digas que no basta, debes saber que pienso asistir mañana a la vista, para que tenga más testigos en su contra. Y cuando dentro de un año o algo así se revise su situación, añadiré más cargos para que esté más tiempo encerrado.

—Insisto. No es asunto mío. ¿Qué tal está Cassie?

—Supongo que bien. Jared le lleva todo el asunto del divorcio. Teniendo en cuenta que están demostrados tanto los malos tratos como el adulterio, no tardarán en concedérselo. Joe no está en posición de oponerse. Cuanto antes consiga separarse de él, antes podrá comenzar una nueva vida —explicó, apagando el cigarrillo—. ¿No vas a preguntarme por Regan?

—No.

Devin se sentó, con las piernas cruzadas.

—Da igual, te lo diré de todas formas. No parece que duerma muy bien últimamente.

—Yo tampoco.

—Ed dice que no ha ido a comer en mucho tiempo, de modo que también ha perdido el apetito. Podría imaginar que todo se debe a la terrible experiencia que sufrió con Joe, pero tiendo a pensar que la razón es muy diferente.

—Se las arreglará. Es muy buena cuidando de sí misma.

—Me alegro. Aunque aquel día le habría podido suceder algo terrible. Supongo que alguien se habría dado cuenta de que la puerta estaba arrancada, o se habría sobresaltado al escuchar los ruidos, pero mientras tanto la habría destrozado.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sé lo que podría haberle hecho?

—Sí, sé que lo sabes. Creo que te está comiendo por dentro, y lo siento. ¿Estás dispuesto a escucharme?

—No.

Devin observó que tras su negativa no había demasiada verosimilitud, de modo que continuó.

—Los testigos de la cafetería dijeron que pensaban que estaba borracha cuando la vieron entrar, cuando entró caminando como si estuviera ida. Habría seguido andando de no ser porque Ed la detuvo.

—No veo por qué quieres contarme todo esto.

—Necesitas oírlo. Cuando fui a buscarla, estaba fuera de sí. Estuve a punto de llevarla a urgencias, pero se recuperó un poco. La observé y debo decir que su recuperación fue impresionante.

—Es muy dura. Pero no me estás diciendo nada que no sepa.

—Muy bien. Pero imaginé que no sabrías cómo se encontraba cuando entró en mi

despacho. Mantuvo la compostura porque ella es así, supongo. Entonces, entraste tú. Y te aseguro que un hombre podría pasarse toda la vida sin recibir una mirada como la que tú recibiste.

—No me necesita.

—Tonterías. Puede que seas estúpido, pero deberías saber que eso no es cierto.

—Fui tan estúpido como para preocuparme por ella, como para dejar que me importara lo que pensara de mí o lo que quisiera de mí. Pero no estoy dispuesto a repetir el mismo error —dijo, levantándose—. Yo tampoco la necesito.

Devin suspiró y se levantó a su vez.

—Estás enamorado y lo sabes.

—No, no lo estoy. Me encapriché de ella durante cierto tiempo, pero todo ha pasado.

Su hermano apretó los labios y decidió que sólo había una forma de enfrentarse a aquel asunto.

—¿Estás seguro?

—Acabo de decirlo, ¿no te parece?

Devin sonrió.

—Supongo que eso aclara las cosas. Pensé que la querías, y no tenía intención de intervenir. Pero, teniendo en cuenta que no estás interesado en ella, no te importará que intente estimular su apetito, ¿verdad?

Devin esperaba el puñetazo, que impactó en su mandíbula. Se lo tomó con filosofía y se acarició la barbilla, asombrado de que no estuviera rota.

—Sí, ya veo que no te importa —continuó.

—Si quieres, te golpeo de nuevo —dijo Rafe, entre dientes.

Le enfurecía que su hermano le hubiera ganado la partida.

—Yo no lo haría. Ese puñetazo ha sido gratis, pero el siguiente no te lo perdonaré. Caramba, Rafe, aún tienes una buena pegada con la derecha —dijo, moviendo la mandíbula.

Rafe dobló sus doloridos dedos, casi divertido.

—Y tú sigues teniendo una cara dura como una roca. Maldito canalla.

—Yo también te quiero —sonrió—. ¿Te sientes mejor ahora?

Pasó un brazo por encima de los hombros de su hermano, que contestó:

—No. Bueno, tal vez.

—¿Quieres ir a buscarla para solucionar de una vez por todas vuestros problemas?

—No pienso humillarme ante ninguna mujer —murmuró.

Devin pensó que lo haría, más tarde o más temprano.

—Bueno, en tal caso tengo la noche libre. ¿Quieres emborracharte y divertirte un rato? Rafe empezó a subir las escaleras.

—Sí, por qué no. Te veré en la taberna a las diez en punto.

—Me parece bien. Veré si Shane y Jared se unen a nosotros.

—Como en los viejos tiempos. Cuando DuíT nos vea, le va a dar un...

Rafe dejó de hablar. Regan se encontraba al pie de la escalera, erguida, con mirada fría.

—He traído las cosas que pediste —declaró, con tono neutro—. Tu mensaje decía que estarías preparado a eso de las tres.

—Sí, claro. Puedes subirlo cuando quieras. Su repentina llegada lo había afectado más de lo que quería admitir.

—De acuerdo. Hola, Devin.

—Hola, Regan. Me marchaba en este preciso instante. Te veré esta noche, Rafe.

—De acuerdo —dijo, sin dejar de mirar a Regan—. ¿Algún problema en la carretera?

—No, ya han quitado la nieve —contestó—. Pude conseguir el colchón de plumas que querías para la cama con dosel. Me gustaría ponerlo para ver si te gusta.

—Muy bien, te lo agradezco. No te molestaré. Tengo... trabajo. Pégame un grito cuando hayas terminado e iré a verlo.

Regan quiso decir algo, cualquier cosa, pero no pudo porque Rafe ya se había marchado. Entonces, intentó mantener la compostura y regresó a la entrada principal para dar las órdenes necesarias a los trabajadores.

Casi eran las cinco cuando terminó de prepararlo todo, tal y como quería. No se había dado cuenta de la tranquilidad que se respiraba en el ambiente. Cuando empezó a oscurecer, encendió la lámpara de pantalla rosada que había junto a la silla que había colocado cerca de la chimenea.

Aún no estaba arreglada, y el fuego no ardía en su interior. Hasta olía a pintura, pero ya podía sentir la vida, renaciendo en su interior.

Y el olor a rosas permanecía, como siempre.

Pasó una mano por la cama y se dijo que era una preciosa cama de bodas. Había colocado unas cuantas almohadas de encaje para que fueran a juego con la colcha, y las sábanas despedían un ligero aroma a lavanda.

En definitiva, ya había dado los últimos toques. Sólo faltaban unas cortinas en las ventanas y un cepillo de mango de plata sobre la chimenea.

Quedaría perfecta. Maravillosa.

Pero, en aquel momento, deseó no haber visto nunca aquella casa, ni haber conocido a Rafe MacKade.

Precisamente, él se encontraba en el umbral, observándola en silencio mientras se movía por la habitación, pausada y elegante como un fantasma.

Sin embargo, Regan se dio cuenta de que no estaba sola y se dio la vuelta para mirarlo. Los segundos pasaron como una eternidad hasta que alguien rompió el silencio.

—Acabo de terminar —acertó a decir ella.

—Ya lo veo —dijo, sin moverse—. Está preciosa.

—Me gustaría colocar algún objeto de plata sobre la chimenea, cuando la hayas arreglado. Un simple detalle más.

—Muy bien.

Su frialdad la incomodaba.

—He notado que has hecho bastantes progresos con la habitación de al lado.

—Sí. Y dos más están preparadas para pintar.

—Trabajas deprisa.

—Sí, eso es lo que siempre he dicho —dijo, sacando un talón del bolsillo—. Toma. Siempre pago a tiempo.

—Gracias.

Deliberadamente cogió su bolso, lo abrió y metió el talón en el interior con la intención de mandarlo al infierno.

—En tal caso, me voy —continuó. Sin embargo, Rafe se interpuso en su camino, impidiendo que saliera.

—Perdóname, pero no me dejas pasar.

—Exacto. Tienes mal aspecto.

—Muchas gracias.

—Tienes ojeras.

—He tenido un día muy largo y estoy cansada.

—¿Cómo es que has dejado de comer en el local de Ed?

En aquel momento, Regan odió vivir en un lugar pequeño, donde las noticias volaban.

—A pesar de lo que pienses, y de lo que piensen otros habitantes de este pueblo, lo que haga durante la hora de la comida es asunto mío.

—Dolin está encerrado. No volverá a molestarte.

—No tengo miedo de él —mintió—. Creo que me compraré una pistola.

—No digas barbaridades. Yo lo pensaría mejor.

Regan estaba de acuerdo en que hacer algo así habría sido una barbaridad. Precisamente, el índice de asesinatos en su país era de los más elevados del mundo porque la posesión de armas de todo tipo era legal. Pero le molestó que se atreviera a darle órdenes.

—Sí, claro, olvidaba que tú eres la única persona que puede defenderme. Apártate, MacKade. Ya he terminado aquí.

Cuando la cogió del brazo, ella se volvió sin pensar y le dio una sonora bofetada. Sorprendida por lo que había hecho, y avergonzada, dio un paso atrás.

—Mira lo que he hecho por tu culpa —se atrevió a decir, a punto de llorar—. No puedo creerlo. No había pegado a nadie en toda mi vida.

—Pues has hecho un buen trabajo en tu debut —observó—. Pero la próxima vez, aprovecha para rematar la faena, porque sino no te serviría de gran cosa.

—No habrá próxima vez. A diferencia tuya, no me dedico a pegar a la gente. Lo siento.

—Si vuelves a dirigirte hacia la puerta, tendré que impedírtelo de nuevo, y empezaremos otra vez.

Regan dejó a un lado el bolso que había cogido.

—Muy bien. Obviamente, quieres decir algo.

—Si sigues comportándote de forma tan estirada, conseguirás sacarme de quicio.

Estoy intentando ser civilizado. Es lo que querías. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bastante bien. ¿Quieres un café, o una cerveza?

—No, muchas gracias. No quiero ni un café ni una cerveza.

Se preguntó quién sería aquel hombre, capaz de intentar hablar con ella sobre temas normales y corrientes cuando en su interior estaba destrozada.

—¿Qué es lo que quieres entonces, Regan? Acababa de salir el verdadero Rafe. Un simple tono subido en su voz lo había despertado.

—Quiero que me dejes en paz.

Rafe no dijo nada. Se limitó a apartarse de su camino.

Una vez más, ella cogió su bolso, y una vez más lo dejó.

—Eso no es cierto.

Por fin había entrado en razón, lo suficiente como para olvidarse de su orgullo y decir lo que pensaba.

—Sabes que no habrías llegado a esa puerta —dijo él, con tranquilidad.

—No lo sé. No sé nada, salvo que estoy cansada de pelearme contigo.

—No estoy peleándome contigo. Estoy esperando.

Regan asintió, y comprendió. Si era todo lo que podía darle, estaba dispuesta a aceptarlo. Se quitó los zapatos y empezó a desabrocharse la chaqueta.

—¿Qué estás haciendo? Dejó la chaqueta a un lado y empezó con la camisa.

—Contestar a tu ultimátum de la semana pasada. Dijiste que o lo tomaba o lo dejaba. Pues bien, lo tomo.

Capítulo 11

RAFE NO esperaba que los acontecimientos tomaran aquel giro. Cuando por fin fue capaz de decir algo, Regan se había quitado todo salvo su ropa interior de seda negra. La sangre se le subió a la cabeza.

—¿Así como así?

—Siempre ha sido así como así, ¿no es verdad, Rafe? Química, pura y simple.

Regan pensó que la deseaba, que nunca había dejado de desearla. Empezó a caminar hacia él, con lentitud.

—Tómalo o déjalo, MacKade —dijo ella—. Porque yo voy a tomarte ahora mismo.

Acto seguido, cogió su camisa por los lados y tiró, descosiendo todos los botones, mientras lo besaba apasionadamente. Rafe la cogió por la cintura con suavidad.

—Tócame —dijo ella—. Quiero que me toques.

—Espera.

A pesar de todo, la pasión ya había estallado en el interior de Rafe, que obedeció. Su corazón también estaba destrozado, y no tenía defensa alguna contra el deseo que sentía. Contra ella.

Se quitó la ropa y la cogió en brazos. Antes de que llegaran a la cama ya la había

penetrado.

Fue un acto apasionado, rápido y ciego. El contacto de la carne contra la carne, con respiraciones entrecortadas y gemidos, con uñas que se clavaban, labios unidos, caricias y vueltas y más vueltas sobre las sábanas.

Ambos se habían rendido en aquella batalla. Los dos querían mucho más, pero se contentaban con mucho menos. Y mientras tanto, el olor a rosas llenaba toda la habitación, con su triste perfume.

Regan se dejó llevar por el hambre que sentía. Necesitaba verse transportada de nuevo a las cotas de placer que había alcanzado a su lado. Sólo entonces se sentiría viva.

Tenía que saber que, al menos, allí Rafe se sentía tan impotente como ella, tan incapaz de resistirse como ella, tan devorado por la necesidad como ella. Podía sentir la intensidad de sus emociones, saborearla cada vez que la besaba con pasión sin freno.

Su corazón deseaba que la amara, pero su cuerpo se contentaba con que echara unas cuantas astillas a su fuego, para alimentarla.

No había lugar para el orgullo, ni para el cariño.

Rafe se colocó sobre ella y volvió a entrar en su cuerpo. No podía respirar, ni pensar; sólo podía dejarse llevar. Necesitaba entrar en ella, vaciarla, llenarse de ella del único modo que parecía dispuesta a aceptar. Le apartó el cabello de la cara. En aquel instante, era vital que la viera. Debía saborear el gesto de placer de su rostro, cada temblor de sus labios.

El amor que sentía lo estaba quemando por dentro.

—Mírame —dijo él—. Mírame.

Regan abrió los ojos, aunque la pasión le impedía ver con claridad. Rafe sintió las contracciones de su cuerpo y vio que echaba la cabeza hacia atrás.

No pudo evitar deshacerse en su interior. Y la maldijo y se maldijo a sí misma cuando cayó al abismo.

No le parecía posible poder sentirse tan exilado y tan vacío al mismo tiempo. Nunca había comprendido la relación directa que había entre el sexo y lo emocional, hasta entonces. Y ahora, mirando el techo mientras su amante descansaba a su lado, sabía que no podría separarlos nunca más.

Al menos, no con ella.

Y sólo la deseaba a ella.

Regan había conseguido destruir algo que le había costado mucho levantar. Su autoestima. Tampoco se había dado cuenta de ello hasta entonces, y sabía que no podría perdonarse nunca.

En cuanto a ella, necesitaba que la tocara, que la abrazara como había hecho siempre. Aquella situación era demasiado fría, demasiado solitaria, aunque, al igual que él, aún sintiera los coletazos del amor.

Sin embargo, no podía dar el primer paso para deshacer el malentendido, porque había sido ella la que había aceptado mantener una relación exclusivamente sexual. En

sus términos. Cerró los ojos bajo la luz rosada y se dijo que, al menos, había regresado con ella.

—Bueno, hemos conseguido hacer el amor en la cama por una vez —declaró Regan, sentándose y dándole la espalda—. Siempre tiene que haber una primera vez.

Podía encontrar las fuerzas suficientes como para hablar con cierta firmeza, pero no las suficientes como para mirarlo.

—Sí —dijo él—. Alguna vez deberíamos intentarlo debajo de las sábanas.

—¿Por qué no? Hasta podríamos utilizar unas cuantas almohadas y hacer como si nos quisiéramos un poco. Sólo por cambiar.

Regan se levantó y recogió su ropa interior.

Los ojos de Rafe brillaron con furia cuando vio que se ponía el sujetador. Se levantó, herido, y se puso los vaqueros.

—No me gusta el fingimiento.

—Oh, claro —dijo, mientras se ponía la camisa—. Todo debe ser directo y claro contigo.

—Pero, ¿qué te ocurre? Has conseguido lo que querías.

—No sabes qué es lo que quiero —contestó, asustada—. Y yo tampoco.

—Fuiste tú la que te quitaste la ropa —declaró, con voz demasiado suave—. Y eres tú quien te la pones ahora para poder marcharte.

—Sí, pero has sido tú el que se ha apartado de mí en cuando hemos terminado de hacer el amor. Solo te ha faltado dejar un billete de veinte dólares sobre la mesita de noche.

Cuando terminó con los pantalones, Regan empezó a ponerse los zapatos.

Habría tenido una oportunidad si lo hubiera mirado, pero no lo hizo. Rafe se movió con rapidez, y la cogió en brazos antes de que pudiera darse cuenta.

—No digas eso. Nunca te he tratado de ese modo, y nunca lo haré.

—Tienes razón. Lo siento, Rafe. He dicho algo falso e injusto.

Por alguna razón, su declaración la tranquilizó bastante. Al menos, impidió que se comportara de manera completamente idiota.

Lentamente, la dejó de nuevo en el suelo y apartó las manos.

—Puede que haya actuado demasiado deprisa, pero ten en cuenta que me has cogido con la guardia baja.

—No. Yo empecé, y mostré mi acuerdo con tus condiciones.

Regan alcanzó su chaqueta y se la puso muy despacio. Debía hacerlo, porque, si la tocaba de nuevo, no sabía lo que podía suceder.

—Mis condiciones...

—Son claras y aceptables. Supongo que el problema radica en que ambos tenemos personalidades algo volátiles bajo determinadas circunstancias. En cualquier circunstancia en tu caso; y en el mío... bueno, he pasado unos días bastante difíciles. Pero eso no quiere decir que te culpe.

—¿Tienes que ser siempre tan razonable?

—No, pero lo intento —sonrió con tristeza—. No sé por qué nos peleamos, cuando

hemos encontrado la solución perfecta. Una simple relación física. Es perfecta porque no compartimos nada más. De modo que te pido disculpas por haber empezado la pelea. Estoy un poco cansada y no me encuentro muy bien.

Regan se puso de puntillas y lo besó con suavidad.

—Si quieres venir mañana a mi casa, después del trabajo, te lo demostraré.

—Sí, puede ser. Te llevaré.

Rafe se preguntó por qué no podía leer en sus ojos. Era algo extraño, porque siempre había sido capaz de hacerlo.

—No es necesario. He traído mi coche. Estoy muy cansada. Necesito acostarme pronto.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo de allí.

Rafe deseaba abrazarla con fuerza e impedir que se marchara.

—Como quieras. De todas formas, tengo que ver a mis hermanos dentro de unas horas, en la taberna.

—En tal caso, tal vez nos veamos mañana.

Regan caminó hacia la puerta con cierta dignidad. Rafe no se despidió, y ella tampoco dijo nada. Por fortuna, su abrigo rojo estaba colgado en la entrada; de lo contrario, se habría marchado sin él. Se lo puso y lo abrochó con cuidado.

En cuanto salió, entró en el coche, arrancó e intentó concentrarse en la conducción como si su vida dependiera de ello. Torció en dirección a la ciudad y siguió así durante un kilómetro. Entonces, aparcó a un lado de la carretera y apagó el motor. Segundos después, empezaba a llorar como una niña.

Veinte minutos más tarde, agotada, apoyó la cabeza en su asiento. Estaba helada, pero no tenía las fuerzas suficientes para girar la llave de contacto y conectar la calefacción.

Intentó pensar que era una mujer fuerte y madura. Todo el mundo lo decía. Era brillante, muy organizada, tenía éxito y mucho sentido común. Pero no comprendía cómo era posible que, poseyendo tantas virtudes, hubiera convertido su vida en un verdadero desastre.

Rafe MacKade era el responsable, por supuesto. No había tenido un solo día de paz desde su regreso. Era arrogante, rebelde y malhumorado. Muy malhumorado. Pero también encantador, hasta extremos increíbles. Siempre la sorprendía con su intensa dulzura.

Sabía que no debía haberse enamorado de él. Ni creer que podría mantener una relación y conservar al tiempo su objetividad.

Sin embargo, recordó que él tenía problemas semejantes. También había sentido algo, antes de que ella lo estropeará todo. Si le hubiera demostrado un poco de confianza, si no se hubiera empeñado en hacer las cosas siempre a su modo y en salirse siempre con la suya, no se habrían encontrado en aquella situación. Y hasta cabía la posibilidad de que se hubiera enamorado.

Intentó apartar aquellos pensamientos de su cabeza y dio un puñetazo al volante. Su obsesión la llevó a pensar que aquel tipo de razonamiento era típico de su madre.

Todo debía ser perfecto y maravilloso para su hombre. Debía alimentar su ego y lamer sus heridas. Jugar su juego y ganar el premio.

Pero no estaba dispuesta a hacer algo así. Le sorprendía que hubiera considerado, siquiera por un momento, la posibilidad. Por desgracia, no se daba cuenta de que aquello no tenía nada que ver con ser independiente o no, sino con tener en consideración los sentimientos de los demás. Interpretaba que la situación amenazaba su personalidad, y en consecuencia, se decía que no aceptaba tener que rendirse ante un hombre sólo para conseguir que la amara.

Sin embargo, se dijo que aquello era, exactamente, lo que había hecho al hacer el amor con él en aquella habitación.

Se apoyó en el volante y se llevó las manos a la cabeza. Ya no estaba segura de nada, salvo de que lo amaba. Lo amaba, y, en su obsesión por no comportarse como su madre, había herido sus sentimientos y se había humillado a sí misma.

Se había comportado de forma estúpida.

Introducir unos cuantos cambios en su forma de funcionar no era nada malo. Él mismo lo había hecho.

Recordó que lo había herido, que había conseguido enfurecerlo. Pero, en lugar de pelearse con ella, prefirió marcharse para desfogarse con unos cuantos clavos. No podía culparlo por ello. Sabía que había demostrado una imperdonable falta de confianza al negarse al llamarlo, por cobardía. Rafe no había intentado nunca dominar su vida, ni sus ideas; no había intentado nunca cambiarla. Le había dado cariño, afecto y pasión. Y ella había reaccionado a la defensiva.

Se preguntó cómo podía haber sido tan egoísta como para no pensar también en sus sentimientos y en su orgullo. Ya era hora de que empezara a hacerlo. A fin de cuentas, ser flexible no resultaba tan difícil. Llegar a un compromiso no significaba capitular. Con un poco de suerte, tal vez no fuera demasiado tarde. No podía serlo.

La idea que le vino a la cabeza fue tan simple y tan ridícula, que supo que era correcta. Sin pensárselo dos veces, arrancó y dio media vuelta. En pocos minutos, se encontraba en la casa de Cassie.

—Regan —dijo ella, pasándose una mano por el pelo—. Estaba... Oh, has estado llorando. ¿Es que Joe...?

—No, no. Lo siento. No quería asustarte. Necesito ayuda.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. ¿Qué sucede? Dejó que entrara y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Cómo se juega al billar? —preguntó.

—¿Qué? No te entiendo.

—No sé cómo se juega al billar. Ni sé dónde encontrar a estas horas de la noche una falda roja, corta y de cuero.

Cassie permaneció pensativa durante unos momentos, mientras se secaba una mancha de agua que había caído en su jersey, cortesía del baño de Emma.

—Si eso es lo que quieres, tendremos que llamar a Ed.

—Contén la respiración, cariño.

—Ya lo estoy haciendo.

Valientemente, Regan obedeció y apretó los dientes mientras Ed intentaba subir la cremallera de la diminuta falda.

—El problema estriba en que tú tienes curvas y yo huesos. En fin, ya está. Pero si yo fuera tú, no me movería demasiado ni de forma demasiado brusca.

Ed se apartó y se sentó en la cama de Cassie, triunfante.

—De todas formas, no creo que pueda moverme con ella.

Regan intentó dar un paso para probar. La falda, peligrosamente corta, se subió un poco más.

—Ten en cuenta que soy más pequeña que tú —declaró Ed, divertida, mientras encendía un cigarrillo—. Si fuera un poco más corta, Devin tendría que meterte en la cárcel por escándalo público.

Regan se acercó al espejo de Cassie, pero no podía verse por debajo de la cintura.

—No puedo mirarme.

—No es necesario que lo hagas, cariño. Acepta mi palabra. Él se fijará, no lo dudes.

Cassie entró en aquel momento, después de meter a los niños en la cama. Al verla, abrió la boca de golpe, asombrada.

—Oh, Dios mío...

—Es un buen numerito —convino Ed.

La última vez que se la había puesto, en un baile, a los hombres se les salían los ojos de las órbitas. Tal y como le quedaba a Regan, suponía que se abalanzarían sobre ella.

—Pruébate ahora estos zapatos —le ordenó—. Les he metido un poco de algodón en la punta para que te queden bien.

Regan apoyó una mano en la cómoda mientras se calzaba los tacones de diez centímetros.

—Esta altura me marea.

—Tú sí que causarás mareos —rió Ed—. Ahora, vamos a probar las pinturas de guerra.

Feliz, vació su enorme bolso en la cama.

—No estoy segura de poder seguir adelante con esto. Es una locura.

—No te echas atrás ahora —dijo Ed, rebuscando entre la enorme variedad de cosméticos—. Te interesa ese hombre, ¿no?

—Sí, pero...

—Entonces, siéntate y deja que me encargue de ti. Este rojo es matador —murmuró mientras abría una barra de labios.

—No me puedo sentar —anunció Regan, después de un intento—. Me provocaría una hemorragia interna.

—Entonces, quédate de pie.

Después de elegir los productos adecuados, Ed se levantó y empezó a trabajar. En sus cuarenta y dos años, que, en realidad, eran cuarenta y cinco, jamás había visto una mujer a la que no pudiera imaginar poniendo tiza a un taco de billar. Regan Bishop era la excepción.

—¿Has jugado al billar alguna vez, cariño?

—Sólo al billar a cuatro bandas, con tres bolas. Con mi padre. Varias veces.

—¿Tres bolas? Eso no es nada. Jugar con nueve bolas es la segunda cosa mejor que se puede hacer en una mesa de billar —rió cuando Cassie se sonrojó—. Ahora, escúchame. Te voy a explicar cómo funciona.

Cuando Rafe disparó, las bolas chocaron entre sí. La que llevaba el número cinco se introdujo en el agujero de una esquina.

—Has tenido suerte —murmuró Jared, poniendo tiza a su taco.

—Voy a golpear la nueve con la seis para meterla en el lateral —dijo Rafe a modo de respuesta, mientras se colocaba.

—Nunca he conseguido vencer a Rafe al billar.

Más interesado en la pelirroja de la barra que en el juego, Shane se apoyó en la mesa. La mujer estaba sola, y le apetecía abrazarla más que a una almohada nueva.

—¿La habías visto alguna vez por aquí? —preguntó a su hermano Dev.

Devin alzó la vista para mirarla.

—Es la sobrina de Holloway, de Mountain View. Tiene un novio gigantesco que te partiría por la mitad si te acercaras a ella.

Era el reto que Shane necesitaba. Se acercó, se apoyó en la barra, y activó todos sus encantos.

Devin sonrió resignado. Si aparecía el novio, tendría que utilizar su placa. Y aquello estropearía su noche.

—Ya está —dijo Rafe, tendiendo la mano para que Jared le entregara los diez dólares que le debía—. Te toca, Dev.

—Necesito una cerveza.

—Invita Jared —dijo Rafe, sonriendo a su hermano mayor—. ¿Verdad?

—Ya he pagado la última ronda.

—Y has perdido el último juego.

—Pues sé un buen ganador —respondió Jared, mirando al camarero mientras levantaba tres dedos.

—¿Y yo qué?

Jared miró a Shane. La pelirroja empezaba a caer en sus redes.

—Tú tienes que conducir.

—No necesariamente.

—A cara o cruz.

Jared se sacó una moneda del bolsillo.

—¿Qué te pides?

—Cara.

Lanzó la moneda al aire y la atrapó en su caída.

—Cruz —anunció, mostrándola—. Tú conduces.

Shane se encogió de hombros, con filosofía, y se volvió hacia la pelirroja.

—¿Es necesario que se pegue a la primera cosa con faldas que vea? —murmuró Rafe, mientras Devin tiraba.

—Sí. Alguien tiene que desempeñar tu papel, ya que tú lo has dejado —Devin se echó hacia atrás, eligiendo un taco—. Como ahora estás ocupado...

—Nadie dice que lo haya dejado. Tenemos una aventura, pero no es nada serio.

Como si quisiera demostrarlo, dedicó una larga mirada a la voluptuosa pelirroja. Era atractiva, pero no sentía el menor deseo de acercarse a ella. Pensó en Regan y su corazón se hizo añicos.

—Lo han pillado —dijo Jared, bebiendo un trago de su cerveza—. Por más que intente negarlo, no tiene nada que hacer.

Rafe pensó que no estaba dispuesto a morder el cebo. Ya era bastante tener el corazón destrozado, y no le hacía gracia que su familia tuviera que observarlo mientras intentaba recomponer los fragmentos.

—¿Te quieres tragar el taco? —preguntó, tirando.

Sonrió al ver que dos bolas se metían en los agujeros.

—Hoy a ido a la casa —comentó Devin—. Y tendrías que haber visto a Rafe. La miraba como una trucha dispuesta a tragarse una mosca. Creo que hasta se le dibujaron corazones en los ojos —Devin miró fijamente a Rafe—. Sí, estoy seguro.

—A este paso, pronto empezará a afeitarse todos los días y ponerse camisas planchadas —dijo Jared, sacudiendo la cabeza—. Entonces sabremos que lo hemos perdido.

—A partir de ahí —intervino Devin—, su mundo consistirá en subastas de antigüedades, conciertos de música clásica y recitales de poesía.

Casi había dado en el blanco. Sobresaltado, Rafe disparó mal y no consiguió dar a la bola. No estaba dispuesto a pensar en ella.

—Seguid así y encontrarán vuestros cadáveres por ahí.

—Mira cómo tiemblo —dijo Devin, apoyándose en la mesa para tirar—. ¿Te has puesto colonia, enamorado?

De un golpe certero, introdujo una bola.

—Nunca he usado... —contuvo la respiración—. Sólo tienes envidia porque pasas todas las noches solo, en un camastro de la comisaría.

—Libre como un pájaro. Cada vez más divertido, Jared introdujo unas monedas en la máquina de música.

—¿A qué hora tienes que fichar, Rafe? No queremos que te impongan un castigo por no haberte atendido al toque de queda.

—¿Cuánto hace que eres un canalla profesional? —preguntó Rafe, satisfecho de ver que Duff los miraba con inseguridad—. ¿Cuál es la condena por romper un par de sillas?

En las venas de Devin, la nostalgia se mezclaba con la cerveza. Si no contaba las

disputas que había mantenido con sus hermanos, y ninguna de ellas era seria, no había tenido una pelea decente en cinco años.

—No te puedo permitir que lo hagas —dijo con cierta tristeza—. Llevo una placa.

—Quítatela —le dijo, sonriente—. Y vamos a dar una paliza a Shane. Por los viejos tiempos.

Jared golpeaba la mesa con los dedos, al ritmo de la música. Miró a su hermano pequeño, que sin duda progresaba con la pelirroja. Aquella era razón suficiente para darle unos cuantos puñetazos.

—Tengo bastante para pagar la fianza —les comunicó—. Y aún me sobra un poco para sobornar al sheriff, si es necesario.

Devin suspiró y se enderezó. Contempló con cariño a su hermano Shane, que no sospechaba nada.

—De todas formas, antes de que acabe la noche estará metido en un buen lío, si sigue jugando con esa chica. Así que será mejor que nos adelantemos.

—Seremos más humanos —convino Jared.

El dueño del local vio que los tres avanzaban juntos, y reconoció la expresión de sus ojos.

—Aquí no. Vamos, Devin, tú eres la ley.

—Sólo cumplo con mi deber como hermano.

—¿Qué pretendéis?

Previendo las complicaciones, Shane se apartó de la barra. Miró a sus hermanos, que lo rodeaban lentamente.

—¿Tres contra uno? —preguntó sonriente, mientras los clientes se apartaban—. Adelante.

De repente, se quedó inmóvil, mirando la puerta que se abría. Se quedó boquiabierto, olvidando por completo a sus hermanos.

—No nos pongas las cosas tan fáciles —protestó Rafe—. ¿No te puedes defender un poco?

La falda apenas tapaba lo imprescindible. No era simplemente ajustada; simplemente, parecía una segunda piel, como si no llevara sus anchas caderas cubiertas. Se notaba que iba vestida por

el intenso tono rojo de la prenda. Las piernas parecían interminables. Rafe bajó la vista por ellas hasta llegar a los altísimos tacones del mismo color.

Cuando consiguió levantar los ojos, vio que el top era tan delgado y ajustado como la falda, moldeando a la perfección sus firmes senos. Tardó al menos diez segundos en llegar a su rostro.

Llevaba los labios pintados de rojo intenso, y sonreía con aire desafiante. A su lado, el pequeño lunar era una promesa de sexo. Llevaba el pelo cardado, y los ojos cargados de sombra oscura. Parecía una mujer que acabara de salir de la cama y estuviera dispuesta a volver a ella inmediatamente.

—¡Vaya! —exclamó Shane—. ¿Es ésa Regan? ¡Qué tía!

Rafe no se sintió con fuerzas para enfadarse con él. Cuando consiguió ponerse en

pie y avanzar hacia la puerta se sentía mareado, como si lo hubieran golpeado.

—¿Qué haces?

Regan se encogió de hombros, circunstancia que aprovechó su top para bajar un poco.

—He pensado que podía echar una partida de billar.

—¿Billar? —repitió Rafe con dificultad, como si tuviera algo en la garganta.

—Sí —se acercó a la barra y apoyó un codo—. ¿Me vas a invitar a una cerveza, MacKade?

Capítulo 12

REGAN PENSÓ que, si Rafe seguía mirándola, acabaría perdiendo los papeles. Ya estaba tan nerviosa que le costaba mantenerse de pie junto a la barra.

Como había decidido hacer una entrada triunfal, se había dejado el abrigo en el coche. Sólo el calor provocado por la vergüenza impedía que se pusiera a temblar de frío.

En cuanto a sus pies, la estaban matando.

Al ver que Rafe no contestaba, miró a su alrededor e intentó que no le afectaran las miradas. Hizo un esfuerzo y sonrió al dueño del bar. Ni siquiera Duff salía de su asombro.

—Tomaré lo mismo que él.

Cuando le dio la cerveza, se volvió. Nadie movió un solo músculo. No podía hacer nada salvo seguir con el juego o salir corriendo, de modo que tomó un poco de su bebida, aunque odiaba la cerveza.

—Bueno, MacKade, ¿vas a empezar a jugar o tendré que hacerlo yo?

—Yo empiezo —acertó a decir Jared.

Las manos aún le temblaban un poco, pero ya empezaba a recobrase de la impresión. La cara de Rafe casi merecía tanta atención como la voluptuosa figura de Regan.

Cuando oyó el sonido de las bolas del billar, Rafe volvió en sí.

—¿No habías dicho que querías acostarte pronto?

—He cambiado de idea. De repente, me sentí muy energética —dijo, caminando hacia la mesa de billar—. ¿Quién quiere jugar, entonces?

Caminó lentamente, haciendo esfuerzos para que la falda no subiera más aún. Su voz sonaba más baja de lo normal, pero no por el nerviosismo, sino por lo mucho que le apretaba la ropa.

Media docena de hombres se aproximaron. Pero Rafe soltó algo parecido a un gruñido para defender lo que era suyo, y todos los hombres se retiraron de repente, decidiendo que tal vez no querían jugar.

—Supongo que bromeas, ¿no?

Regan aceptó el taco que le ofrecía Devin y sonrió. Alguien gimió.

—No. Sólo me apetecía un poco de acción. Eso es todo.

Pasó su botella de cerveza a Jared. Al menos, sabía cómo jugar al billar. Se inclinó ligeramente sobre la mesa con la intención de golpear la bola. Al hacerlo, la falda de cuero ascendió unos milímetros y crujió peligrosamente.

Rafe dio un codazo a Shane.

—Deja de mirar lo que estás mirando o te dejaré ciego durante una semana.

—Tranquilízate, Rafe —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos—. Cualquiera miraría.

Regan abrió la partida bastante bien, e incluso consiguió meter una bola en un agujero. Recordó las normas que le había enseñado Ed y rodeó la mesa con la intención de decidir cuál debía golpear. Pero tuvo que detenerse, porque Devin se encontraba en su camino.

—Sheriff, me impides el paso.

—Oh, sí, claro, lo siento.

Devin se apartó y su mirada se cruzó con la de Jared. Los dos sonrieron como dos adolescentes con una nueva motocicleta.

Una vez más, se inclinó sobre la mesa y consiguió meter otra bola. La posición que tenía

era tan comprometedora que la vista de la zona trasera de sus caderas resultaba más que perfecta. A sus espaldas, Jared se llevó la mano al corazón, con humor, como si fuera a sufrir un infarto.

—Vuelve a pensar lo que estabas pensando y te romperé las costillas —protestó Rafe en un murmullo.

Esta vez, Regan falló y se pasó la lengua por los labios, pintados de rojo.

—Lástima —dijo, dirigiéndose a Rafe—. Te toca. ¿Quieres que te ponga un poco de tiza en el taco?

Los presentes en el local estallaron en silbidos y comentarios de aprobación. Incluso uno se atrevió a hacer una sugerencia algo soez que se ganó otra amenaza por parte de Rafe.

—Ya basta.

Cogió el taco, se lo dio a Devin, cogió a Regan por la mano y se la llevó hacia la puerta.

—Pero si aún no hemos terminado la partida —protestó ella.

Rafe cogió su chaqueta y se la puso por encima de los hombros.

—Ponte esto antes de que me vea obligado a matar a alguien —ordenó. Devin suspiró.

—Es un hombre muerto.

—Sí —dijo Shane, pasándose una mano por el estómago—. ¿Te has fijado en su...? Jared consiguió que se callara dándole un certero golpe con el taco.

Cuando salieron a la calle, Regan protestó y dijo:

—Tengo mi propio coche.

—Da igual, sube al mío. Le abrió la puerta.

—Podría seguirte, si quieres.

—Sube. Ahora.

—De acuerdo.

Entrar en el coche no le resultó tan fácil. La falda se subió de nuevo y le costó bastante mantener cierta dignidad.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Te llevaré a tu casa —dijo, una vez dentro—. Y si eres inteligente, no abrirás la boca.

Regan era inteligente, de modo que obedeció. Cuando Rafe aparcó frente a su casa, permaneció en el sitio. No podía salir del pequeño deportivo sin ayuda.

Rafe la ayudó, aunque de un tirón que nadie habría considerado demasiado amable.

—Las llaves—gruñó.

Regan se las dio y empezaron a subir las escaleras.

—Supongo que piensas entrar, de modo que...

No pudo terminar la frase. Rafe la empujó contra la puerta y empezó a besarla con una furia desmesurada. Gracias a los altísimos tacones se encontraba casi a su altura; sus cuerpos se aplastaron el uno contra el otro, cálidos. Rafe la acariciaba y tocaba con absoluta posesividad. Sólo podía pensar en una cosa. Hacerla suya.

Cuando se apartó, su respiración sonó acelerada. No quería que Regan se saliera una vez más con la suya y lo hiciera víctima de sus propias necesidades.

Le quitó la chaqueta y dijo:

—Quítate esa ropa.

Regan se llevó una mano a la cremallera de la falda.

—Oh, no, aquí no, no quería decir... Pretendía decir que agradecería que te pusieras otra cosa, por favor.

Si se atrevía a desnudarse delante de él, estaba perdido.

—Yo creí que...

—Sé muy bien lo que has creído. Venga, cámbiate para que podamos hablar.

—De acuerdo.

Rafe supo que era un error contemplarla mientras caminaba hacia el dormitorio, pero al fin y al cabo era humano.

En cuanto estuvo en la habitación, Regan se libró de la falda, el top y los zapatos, contenta de poder respirar de nuevo. Le habría gustado encontrarse de buen humor, pero por desgracia se sentía estúpida. Había dado todo un espectáculo público, y a cambio de nada.

Sin embargo, intentó convencerse de que no era cierto. Lo había hecho por él, aunque no tuviera la suficiente sensibilidad como para apreciarlo.

Cuando regresó al salón, con la cara lavada, el pelo peinado como siempre, un jersey color marfil y unos pantalones negros, Rafe estaba paseando de un lado a otro.

—Me gustaría saber qué estabas pensando —dijo, sin preámbulos—. ¿En qué estabas pensando cuando decidiste ir a la taberna vestida de ese modo?

—Fue idea tuya.

Por desgracia, Rafe no la escuchó. Andaba perdido en sus propios pensamientos.

—Cinco minutos más y habríamos tenido una terrible pelea. Y la habría empezado yo mismo.

A partir de ahora, todo el pueblo sabrá cómo eres cuando estás desnuda.

—Dijiste que querías...

—No me importa lo que digan de mí, pero no pienso permitir que te denigren. ¿De dónde has sacado esa falda?

—Bueno, en realidad...

—Es igual. Y mira que inclinarte sobre la mesa de billar, de modo que todo el mundo contemplaba tu...

Regan entrecerró los ojos.

—Vigila tus palabras.

—Ahora tendré que pelearme con todos mis hermanos por lo que estarán imaginándose.

—Bueno, eso te gusta.

—Ésa no es la cuestión.

—Cierto.

Regan cogió su jarrón preferido y lo arrojó con fuerza al suelo, para llamar su atención de una vez. Pero, en lugar de romperse, botó y rodó sobre la alfombra. Sin embargo, consiguió su objetivo.

—Me he humillado en público por ti. No sabes lo que me costó ponerme esa falda; creo que he destrozado mis intestinos para siempre. Es posible que nunca consiga quitarme el maquillaje. Me duelen los pies, y no creo que vuelva a recobrar mi dignidad. Así que espero que estés satisfecho.

—Pero...

—Cállate. Esta vez, cállate. Querías que lo hiciera, de modo que lo hice. Y ahora, no eres capaz de hacer otra cosa que refunfuñar y preocuparte sobre las hablaturías. Pues bien, ¡vete al infierno!

Regan se dejó caer sobre una silla. Los pies le dolían terriblemente.

Rafe la observó mientras se los frotaba.

—¿Lo hiciste por mí?

—No, lo hice porque me gusta ponerme tacones de tres metros de altura y andar medio desnuda en pleno invierno. ¿Tú que crees?

—Lo hiciste para conseguirme. Regan cerró los ojos.

—Lo hice porque estoy loca por ti. Tal y como dijiste. Y ahora, márchate y déjame en paz. Tendrás que esperar a mañana para agarrarme del pelo y arrastrarme por ahí. Ahora estoy demasiado cansada.

Rafe la observó durante unos segundos. Después caminó hacia la puerta, salió y la cerró con suavidad.

Regan no pudo moverse. Ni siquiera tenía ganas de llorar. Se había comportado de forma ridícula. Lo había hecho por él y ni siquiera había conseguido nada. Y, sin

embargo, sabía que no dejaría nunca de amarlo.

Entonces la puerta se abrió de nuevo. Pero no abrió los ojos.

—Estoy muy cansada, Rafe. ¿No podrías volver mañana?

Algo cayó en su regazo. Abrió los ojos y miró asombrada el ramo de lilas.

—No son de verdad —dijo él—. No es posible obtenerlas aquí en febrero. Las he tenido en la camioneta durante unos días, así que están heladas.

—Son maravillosas —dijo, acariciando los pétalos de seda—. Unos días...

—Sí, unos días —gruñó, con las manos en los bolsillos.

Sabía que tenía algo que hacer. Pero era una de las cosas más difíciles a las que se había visto obligado en toda su vida. Sin embargo, se arrodilló.

—¿Qué estás haciendo?

—Cállate —advirtió—. Y si te atreves a reírte, lo pagarás.

Mortificado, se pasó una mano por el pelo y empezó a hablar.

—Cuando me levanté y vi el alba, suspiré por ti.

—Rafe.

—No me interrumpas —dijo, avergonzado—. Ahora tendré que empezar de nuevo.

—Pero no es necesario que...

—Regan...

Regan respiró profundamente y se preguntó si alguna otra mujer en el mundo habría experimentado la sensación de que un hombre citara a Shelley de rodillas ante ella, mirándola con ojos de asesino.

—Lo siento. ¿Qué estabas diciendo?

—Cuando me levanté y vi el alba, suspiré por ti. Cuando se levantó el sol y se disipó el rocío, y... Oh, vaya, ahora no me acuerdo —frunció el ceño, intentando recordar—. Ah, sí. Cuando el mediodía descansó pesadamente sobre las flores y los árboles y el maduro día se fue a descansar, nostálgico como un huésped no deseado, suspiré por ti.

Rafe suspiró de verdad y añadió:

—Es todo lo que sé. Tardé una semana en memorizarlo, y con todo he hecho unos cuantos cambios. Pero si le dices a alguien que...

—No lo haría jamás —dijo, emocionada—. Ha sido maravilloso.

—Te lo merecías, Regan. Pienso en ti día y noche, constantemente. De modo que si quieres que te recite otra cosa romántica...

—Oh, no —dijo encantada, acariciando su mejilla—. No, no es necesario, Rafe.

—Sé que no he sido muy romántico contigo. Y ahora, sólo te doy un ramo de flores de pega y te recito un poema de otra persona.

Contemplando sus ojos, llenos de amor, supo que había sido un error imperdonable no tratarla con más sensibilidad.

Regan empezó a llorar, pero fueron lágrimas de alegría.

—Me encantan las flores, y el poema. Pero no son necesarios. No quiero que cambies por mí. No hay nada en ti que quiera que cambies. Te dije que te quiero tal y como eres, y sigo pensándolo.

—Yo también te quiero tal y como eres, Regan. Aunque debo admitir que estabas impresionante con la faldita de cuero.

—Estoy segura de que Ed volverá a prestármela.

—¿Ed? —preguntó riendo, con asombro—. No me extraña que te estuviera tan apretada. Oh, por Dios, no llores, cariño. Por favor, no llores.

—En realidad, no estoy llorando. Sólo estoy algo emocionada por el poema que me has recitado. Por que hayas sido capaz de hacer algo así por mí —dijo, abrazándolo—. Supongo que ambos hemos ganado la apuesta, o perdido, depende de cómo se mire. Aunque, desde luego, tú no lo has hecho en público.

—Si crees que voy a dar un recital de Shelley en la taberna, olvídale. No saldría con vida. Regan respiró profundamente.

—Creo que deberíamos seguir siendo como somos. Me gustas tal y como eres, Rafe, y te necesito más de lo que crees. Te necesitaba cuando Joe vino a la tienda y me asustó, pero no quería que lo supieras. Temía que pudieras saber que te necesito.

Rafe cogió su mano y la besó.

—No debías temer.

—Ahora ya lo sé. Pero no dejaba de imaginarme cosas.

—A mí me ocurría algo parecido —sonrió—. Pero me encanta cómo eres, Regan. Me gustas incluso cuando te enfadas conmigo. Me gusta tu estilo.

Ya no se sentía tan ridículo estando de rodillas.

—Y a mí el tuyo. En fin, creo que necesitaré algo para meter las flores.

Se inclinó sobre él y lo besó con suavidad. Rafe cogió el jarrón del suelo y preguntó:

—¿Qué te parece esto?

—Vendrá bien —contestó, mientras lo colocaba con las flores, sobre la mesa—. No puedo creer que lo haya arrojado al suelo.

—Ha sido una noche llena de emociones. Hasta ahora.

Regan lo miró y sonrió.

—Desde luego. ¿Quieres quedarte y ver qué pasa después?

—Ya estamos como siempre. ¿Sabes una cosa? Creo que tenemos más cosas en común de las que ambos creemos. Tú juegas muy bien al billar y a mí me gustan las antigüedades.

Se levantó, nervioso, y pasó una mano por una figurilla de porcelana antes de continuar.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Mmmm. Creo que ya lo preguntaste una vez. Pero no sé si funcionaría, porque odio el béisbol.

—Olvídate del béisbol. Lo digo en serio. Regan se dio la vuelta, asombrada, y se golpeó la mano con la mesita.

—¿Cómo has dicho?

—Mira, no hemos hablado en mucho tiempo, pero resulta evidente que hay algo entre tú y yo. Sé que dijimos que manteníamos una simple relación física, pero

acabamos de confesar que nos gustamos.

Caminó hacia ella. Regan lo miraba como si acabara de perder el juicio. Y Rafe pensó que tal vez fuera cierto.

—Rafe, no puedo...

—Me gustaría que me dejaras continuar —declaró con tranquilidad—. Sé que te gusta llevar una vida independiente y hacer las cosas a tu modo, pero lo menos que puedes hacer es intentar ver las cosas desde mi punto de vista durante un simple instante. Para mí no es una simple cuestión de sexo, y nunca lo ha sido. Estoy enamorado de ti.

Regan miró sus brillantes y furiosos ojos mientras escuchaba la frase que tanto había esperado. Sintió que su corazón se abría como una rosa en primavera.

—Estás enamorado de mí —repitió: A pesar de lo difícil que le resultaba, Rafe insistió de nuevo. Una cosa era decir que se quería a alguien sin sentirlo y otra muy distinta hacerlo con sinceridad. Las palabras parecían arañar su garganta, como cuchillas.

—Estoy enamorado de ti. Creo que me enamoré cinco minutos después de verte por primera vez, o cinco minutos antes. No lo sé. No me había sucedido nunca.

—A mí tampoco —murmuró. Rafe no la oyó. Sólo podía oír el murmullo de su cabeza.

—Nadie me ha necesitado nunca, y nunca quise que me necesitaran. Resulta molesto. Pero quiero que tú me necesites. Tengo que pedírtelo —dijo, intentando mantener la calma—. Aunque odio tener que pedir las cosas.

—Lo sé, y no es necesario que lo hagas —lo tranquilizó, caminando hacia él—. Rafe, no tienes que pedírmelo.

Regan cogió su cara entre las manos, y él la cogió por las muñecas.

—Si me dieras una oportunidad, creo que podría funcionar. Lo conseguiríamos. Vamos, Regan, arriésgate. Vivamos peligrosamente.

—Sí.

Rafe soltó un poco sus muñecas.

—¿Sí, qué?

—¿Por qué nos cuesta tanto entendernos? Escucha —ordenó, besándolo—. Sí. Me casaré contigo.

—¿Así como así? ¿No quieres pensarlo?

—No.

—Bien, Magnífico, En tal caso, podemos...podemos ocuparnos de eso mañana. Ya sabes, la licencia y esas cosas. ¿Quieres un anillo o algo así?

Rafe dio un paso atrás, mareado.

—Sí, claro. Rafe, estás tartamudeando.

—No, no es cierto —dijo, dando otro paso atrás al ver que se acercaba—. Es que no esperaba una contestación tan rápida.

—Si intentas cambiar de opinión, olvídale. ¿Ha sido por la falda?

—¿Qué falda? —preguntó, confuso. Ninguna otra respuesta la habría agradado

más.

—Creo que deberías decirme otra vez que me amas. Creo que deberías acostumbrarte a decírmelo.

Antes de que pudiera alejarse más, pasó los brazos alrededor de su cuello y entrecruzó los dedos por detrás.

—Te amo.

—¿Y estabas enamorado de mí aquella primera noche, cuando estábamos solos en la casa de la colina?

—Supongo que sí.

—No lo sabía. No tenía ni idea. Me pregunto si la casa lo sabría. Recuerdo la tranquilidad que se respiraba aquella noche, la quietud que nos rodeaba.

—¿Quieres que vayamos, esta noche? —propuso.

—Sí —contestó, apoyando la cabeza en su frente—. Me gustaría mucho.

—Hay algo que debo decirte primero, Rafe. Algo que creo que servirá para aclarar las cosas entre nosotros.

—Regan, si vas a empezar con más normas y obligaciones...

—Creo que debo decírtelo —interrumpió—. Me sentía tan atraída por ti, y me excitabas tanto, que me habría acostado contigo aunque no te amara.

—Lo sé.

—Lo habría hecho porque eres el hombre más increíblemente atractivo que he conocido en toda mi vida. Pero, de ningún modo, me habría puesto la ridícula ropa que he mostrado esta noche a no ser que estuviera loca, estúpida y completamente enamorada de ti —dijo con ojos brillantes, sonriendo—. ¿Te parece bien?

—Dilo otra vez. Mírame directamente a los ojos y dilo otra vez.

Rafe cogió su rostro entre las manos.

—Te amo. Te amo tanto, Rafe... No hay nada que desee tanto como amarte y necesitarte durante el resto de mi vida.

La emoción del momento atravesó a Rafe, hasta que la sensación se aposentó en él, cálida y sencillamente.

—Espero que tú también te acostumbres a decirlo.

—Aprendo con mucha rapidez. Te amo—murmuró contra su boca.

Entonces, convirtió las palabras en un beso.

Rafe la atrajo hacia así para abrazarla. Sólo para abrazarla.

—Va a ser complicado. Será difícil. Regan cerró los ojos y apretó la mejilla contra la de su amante.

—Eso espero. Oh, eso espero. ¿Por qué tenía tanto miedo? —preguntó en un susurro—. ¿Por qué temía tanto que lo supieras?

—Probablemente por la misma razón que yo—dijo, echando hacia atrás la cabeza—. Todo pasó muy deprisa, y nos importaba demasiado. Siempre será así.

—Siempre.

Más tarde, cuando estaban abrazados sobre el grueso colchón de plumas, Regan posó una mano sobre el corazón de Rafe y sonrió.

—Me alegro muchísimo de que hayas regresado al pueblo, MacKade. Bienvenido a casa.

La casa descansaba a su alrededor, tranquila. Y durmió cuando ellos se durmieron.

**Nora Roberts - Serie Los hermanos MacKade 1 - Recordando el ayer
(Harlequín by Mariquiña)**